

VOLUMEN

54

Isaac J. **Pardo**

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

María Ramírez Ribes



EL NACIONAL

BANCARIBE 

María Ramírez Ribes

María Ramírez Ribes, española por nacimiento y venezolana por elección. Vive en Caracas desde hace cuarenta años. Es egresada de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y posee una maestría en literatura latinoamericana contemporánea de la Universidad Simón Bolívar. Es Miembro del Consejo del Futuro de la UNESCO; Miembro Activo del Club de Roma; Fundadora y actual presidente del Capítulo Venezolano del Club de Roma; Segundo Vice Presidente del Parlamento de Culturas. Ha publicado: "De la hidalguía en la Plaza de España a la sonrisa en la tierra del sol amada" en *El Quijote en Tierra de Gracia*, Fundación para la Cultura Urbana, 2006; *La utopía contra la historia*, Fundación para la Cultura Urbana, 2005; *Gobernanza, Laberinto de la democracia, Informe del Capítulo Venezolano del Club de Roma*. Compilación y prólogo, 2005; "España: La huella familiar de la inmigración en Venezuela durante el siglo XX" en *Las inmigraciones a Venezuela durante el siglo XX*, Fundación Herrera Luque, 2005; *Diálogos Transatlánticos*, Editorial Jorale, México 2004; *¿Cabemos todos? Los desafíos de la inclusión. Informe del Capítulo Venezolano del Club de Roma*. Compilación y prólogo, 2004; *Venezuela Repeticiones y Rupturas. La reconquista de la convivencia democrática, Informe del Capítulo Venezolano del Club de Roma*, compilación, prólogo y autoría de uno de los capítulos, 2003; *Las Plumas del Camaleón, Máscaras y Testimonios Hispanoamericanos*, Comala, 2002; *El Otoño luminoso de Isaac Pardo*, Monte Ávila, 1999; *Conversaciones con Rafael Cadenas*, Pequeña Venecia, 1997; *La imagen, el color y la forma*, Colección Pequeño formato, Galería de Arte Nacional, 1997; *¿Para qué sirve la literatura?* Monte Ávila 1995; *Un amor por el diálogo: el Inca Garcilaso de la Vega*, Monte Ávila 1992.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Isaac J. **Pardo**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnór

Coordinación de Nuevos Productos:

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo El Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If 7892007920308

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-108-4

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Isaac J. Pardo

(1905-2000)

María Ramírez Ribes

Isaac, el hijo **de la risa**



¿Pueden el humor y la inteligencia definir a un hombre? Dejo el interrogante en el aire. Definir, en el caso de Isaac José Pardo Soublette, es quizá mucho decir por la complejidad de este insigne venezolano comprometido en el arduo proceso de construir una nación desde tan diversos frentes. Este destacado médico, político, escritor, intelectual y pensador cubre de manera polifacética el siglo XX venezolano. La vida y la obra de Isaac J. Pardo constituyen un ejemplo de integridad dentro del feliz matrimonio de humor e inteligencia que acompañó sus pasos, incluso en los momentos más dramáticos de su vida.

He insistido en el humor y ¿por qué no pensar en el nombre? Al acercarse a lo que él llamó su “Cédula de Identidad”, y al hablar del nombre de Isaac (Yizhac en hebreo), nos recuerda que “Isaac significa la risa: la risa de Dios, la risa de Abraham y de Sara, el hijo de la risa”. Y no hay que olvidar que la risa constituye la característica más propiamente humana y el símbolo de la libertad. El nombre de Isaac se repite en su familia cinco veces en nueve generaciones, no sé si con tan feliz acierto como en este “hijo de la risa” que tantas y tan felices huellas ha dejado en la vida pública venezolana.

Sus antepasados

Isaac José Pardo Soubllette nace en una Venezuela rural que ni sueña que acabará siendo un país petrolero, ni imagina los cambios que dicha realidad producirá en el contexto social. Nace en la casa número 64 entre las esquinas de Municipal y Reducto en la ciudad de Santiago de León de Caracas el 14 de octubre de 1905. En ese momento Caracas apenas contaba con alrededor de unos 93.000 habitantes, ya se había iniciado la expansión hacia la zona del Paraíso y el país vivía todavía la etapa de los caudillos. Un año antes, el 22 de febrero de 1904, el Tribunal de la Haya había firmado el Laudo que dio una solución definitiva al conflicto que se planteó a raíz del bloqueo de Alemania, Italia y Gran Bretaña contra Venezuela, y Juan Vicente Gómez, como Vicepresidente de Cipriano Castro, ejercía ya el poder como Presidente de facto.

El abuelo paterno de Isaac provenía de la comunidad israelita portuguesa de Hamburgo y había llegado a La Guaira el 3 de diciembre de 1841 donde ya vivía su hermano Michel Pardo. Se dedicaron al comercio representando a la firma *Michel Pardo* de Hamburgo. Isaac Pardo cuenta que en ese momento la comunidad israelita de Caracas era muy pequeña y no se podía comparar con las que había en Maracaibo o en Coro por el intercambio y cercanía con las Antillas Neerlandesas. La religión católica tampoco permitía entonces el matrimonio mixto, por lo que al decidir casarse con María de Jesús Monsanto, el 21 de junio de 1846, el abuelo de Isaac tomó la decisión de recibir las aguas bautismales. Anteriormente, ese mismo año, el 2 de marzo de 1846, había adquirido la nacionalidad venezolana. Además de la casa de comercio *Pardo & Cía.*, su abuelo funda el primer *Banco de Venezuela*, cuyas actas se encuentran en los archivos del Banco Central. Formó parte de la Comisión codificadora creada por Guzmán Blanco “para poner al día el arcaico sistema jurídico del país”. Isaac recordaba a su abuelo como un hombre culto, que intervino en la instalación del telégrafo de Venezuela, del teléfono, y en la construcción del Teatro Caracas que se incendió y quedaba de Veroes a Ibarra; éste fue el primer

gran teatro de Caracas hasta que Guzmán Blanco construyó el Teatro Municipal. Su abuelo era masón y fundó la Logia Esperanza, a la cual Isaac Pardo donó un retrato suyo.

Cuenta también Isaac J. Pardo que su abuelo “cultivó amistad con el general José Antonio Páez, que visitaba la casa” y relata el entusiasmo que sentía cuando oía algún familiar decir: “una vez me dijo Páez...”, a la vez que confiesa la gran emoción que esto le producía: “era como si yo recibiese un mensaje de Páez por intermedio de una sola persona, casi directamente, como si el gran guerrero estuviese detrás de la puerta”. Entre los allegados al abuelo se encontraba también “Diego Bautista Urbaneja, nieto del Diego Bautista Urbaneja de la Independencia”. Sobre él recuerda haber encontrado “un billetito, que seguramente se relacionaba con la cuestión del Código, que decía: Amigo Pardo, véngase por aquí para que tengamos una conversación de chinchorro, su afectísimo Diego Bautista Urbaneja de tal fecha”. Y, ante tal hallazgo, a él se le ocurrió enviárselo a Diego Bautista Urbaneja con otra notita que decía: “Diego Bautista Urbaneja le escribió a Isaac J. Pardo esta notica el día tal de mil ochocientos y tanto, e Isaac J. Pardo tiene el placer de obsequiársela a Diego Bautista Urbaneja el día tal de mil novecientos...”

Con quien el abuelo tuvo una relación íntima y familiar fue con el general Carlos Soublette y con sus hijos. Él acabó siendo el apoderado del General y, como testimonio, conserva el original de una hoja escrita que alude a la llamada que le hizo el General ante una muerte inminente: “Amigo Pardo yo me estoy muriendo y quiero confiarle a usted mis últimas voluntades...” El General recomendó a sus hijos varones: “váyanse de Venezuela y no regresen nunca más porque esto no tiene composición”. Eso fue durante el gobierno de los Monagas. Uno de ellos –Evaristo– se fue a Chile, allí se radicó, “y formó una familia. Cuando Jacobo, hijo de Isaac Pardo, viaja a Chile, Isaac Pardo se lo recomienda a Evaristo Soublette”, y allí Jacobo conoce a Amelia Soublette con quien se casa. Jacobo Pardo y Amelia Soublette fueron los padres de Isaac José Pardo Soublette, biznieto del general Soublette.

Por el lado de los Soublette, Isaac José Pardo está emparentado con la madre del Libertador Simón Bolívar. Los Soublette fueron “originarios de una pequeña población de los Bajos Pirineos llamada Itxasou”. Antonio Soublette y Piar viajó a Venezuela y “se casó en Caracas con Teresa Jerez de Aristiguieta y Blanco, prima de doña María de la Concepción Palacios y Blanco, madre de Simón Bolívar, El Libertador”. De ese matrimonio nació Carlos Valentín Soublette el 15 de diciembre de 1789 y siete hermanos más. Soledad, una de ellas, casó con Daniel Florencio O’Leary, edecán del Libertador. Por lo que, como él mismo ha hecho notar, el apellido Soublette “está estrechamente vinculado con la guerra de la Independencia”.

Del matrimonio de Carlos Soublette con doña Olalla nacieron seis hijos, uno de ellos Evaristo que se casó en “Chile con Margarita Marín y Varas (la *Mamita Maiga*), padres de Amelia Soublette Marín”, madre de Isaac J. Pardo. Con su bisabuelo no llegó a tener contacto pero sí lo tuvo con su hija Teresa (la *Tía Teté*), quien por una fractura de fémur permanecía en una silla de ruedas en su habitación frente a “un busto en yeso de su padre”. En el recuerdo de aquella época, Isaac J. Pardo dice que aunque era muy niño, recuerda vivamente las visitas a la tía Teté de la mano de su madre y dice que no se le borró nunca de la mente la imagen de “la anciana, la silla de ruedas, la cómoda y el busto,” por lo que llegó a decir, ya más crecido, “que la tía Teté oficiaba en el altar de su padre”. También recuerda que ella iba a misa todas las mañanas en la Iglesia de Altagracia y luego desayunaba en la casa de sus padres “que vivían entre las esquinas de Maturín y Las Ibarras”.

El cultivo y la disciplina de la memoria **desde la infancia**

El Deutsche Schüle

Tuve el privilegio de conocer de cerca a Isaac J. Pardo en los últimos años de su vida y una de las cosas que me maravilló siempre fue su memoria. En las largas conversaciones que sostuvimos me contó sobre su etapa escolar en el colegio alemán que hoy se llama el colegio Humboldt y que, en la época, se llamaba el *Deutsche Schüle*. Me contó cómo, desde la primaria, leían capítulos del *Quijote* y aprendían de memoria a “Goethe y a Schiller y a los principales poetas alemanes y españoles”. Recuerda que tuvieron que aprender de memoria la *Oración por todos*, de Andrés Bello, y que él fue uno de los que recitó una de las partes en un cumpleaños del Káiser. “Los ejercicios memorísticos en poesía eran obligatorios” desde la primaria, en donde también aprendió de memoria “algunos fragmentos de la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*”. A sus ochenta y tantos años podía recordar las representaciones teatrales realizadas en el *Kindergarten* y citar todavía en alemán algunas de las estrofas de *Guillermo Tell*. El cultivo de la memoria fue para Isaac J. Pardo un hábito que lo acompañó durante toda su vida. Yo le escuché recitar durante veinte minutos partes de la *Leyenda de El Cid* de Zorrilla, sin titubear, y tengo entendido que lo

podía recitar íntegro de memoria. Creo que ese entrenamiento le vino de la disciplina escolar que, además de obras literarias, le obligaba a aprender “de memoria distritos y municipios de Venezuela con sus respectivas capitales”, cosa que a él le parecía absurda por considerarlos nombres vacíos. Pero quizá también le vino de las lecturas que su madre, Doña Amelia, le leía desde niño y le hacía leer. Entre ellas, “los cuentos en verso de Rafael Pombo: ‘El renacuajo paseador’, ‘La pobre viejecita’ y ‘El gato bandido’”. Y ya, en la adolescencia, le transmitió su afición por la poesía romántica. Le solía leer y le obligaba a leer a “Andrés Bello, Zorrilla, Bécquer, Campoamor, Pérez Bonalde”. Confiesa que *La Leyenda del Cid* de Zorrilla lo marcó, creó en él “un apego y un entusiasmo por El Cid Campeador” que le duró toda su vida, y que le valió la dedicatoria que le puso Menéndez Pidal en un ejemplar del *Poema de El Cid*, en los años sesenta. La dedicatoria decía: “A don Isaac Pardo agradecido por su devoción cidiana”. No hay duda de que su interés literario y el desarrollo de la memoria nacieron en esa primera etapa de su vida.

Aunque en general los recuerdos de la primaria en el Deutsche Schule los evoca con un gran afecto hacia la institución y sus maestros, le sorprendía el énfasis que ponía la escuela en el espíritu bélico bismarckiano. “Nos enseñaron cantos bélicos, nos estimulaban el espíritu de agresividad, de preparación para la muerte, como una obligación”. En una época en la que “la mayor gloria de un alemán era ser soldado”, él sentía la extrañeza de la obligación de “cantar a la violencia”, de “cantar a la muerte”. La libertad del hombre para aquella mentalidad “era ser soldado, lo cual –decía– era un disparate tremendo”. Afortunadamente, además de la disciplina germana, el colegio contó también con profesores de castellano de la talla de “José Antonio Ramos Sucre, uno de los creadores de mayor prestigio del siglo XX venezolano”.

En el colegio alemán concluyeron la educación “preparatoria, la *Oberstufe*”, ocho personas de su familia. El colegio sólo tenía primaria, el bachillerato lo estudió en el Liceo Caracas, que acabó siendo

posteriormente el Liceo Andrés Bello. Pero la nota de humor e irreverencia que siempre lo acompañó se manifestaba ya desde el segundo grado de la primaria (*Unterstufe B*) cuando un fin de semana le enviaron una amonestación en la boleta que decía: “Isaac lee en clase *Tirabeque y Pelegrin*”. Este era “un tabloide precursor de las tiras cómicas, editado en Caracas”. Confiesa que la tendencia a salirse del carril, a despistarse, lo ha acompañado siempre. Pero yo añadiría que, no en demasía y siempre de manera selectiva, como podremos apreciarlo en numerosos ejemplos a lo largo de su vida.

Esos tabloides pudieron distraer la atención ante una clase que podía no ser de su agrado, pero no constituyen la base de su iniciativa de lector que empieza con la serie de cuentos para niños editada en España por Saturnino Calleja. Sigue con las aventuras fascinadoras de los personajes de Emilio Salgari. Continúa, en explicable sucesión, con Julio Verne y Alejandro Dumas, y desemboca, por entonces, “en las narraciones espeluznantes de Edgar Poe, las hazañas del famoso Sherlock Holmes y los cuadernos anónimos editados por montones sobre las aventuras del detective Nik Carter y el semi-fabuloso conquistador del Far West, Búfalo Bill”.

Erika y la Quinta María de los Teques

Su infancia fue feliz tanto en el *Deutsche Schule*, en donde a los siete años conoció a su primer amor, una niña suiza que se llamaba Erika, como en la Quinta María de los Teques, en donde pasaba las vacaciones con la familia y conoció la libertad plena. Para él, aquella quinta representaba el campo en toda su inmensidad: cuando ya de mayor pasó un día por la propiedad, no podía creer que aquel espacio reducido y la casa pudieran ser los mismos. Desde sus ojos de niño “aquello era una inmensidad” en donde las matas de mango, de pomarrosa o de guayaba no sólo ofrecían el manjar de sus frutos sino el cobijo de sus ramas; entre ellas pasaba el niño Isaac buena parte del día. Recuerda las gruesas mantas con las que se cubrían, el frío y la escarcha mañanera y a Juanita Delgado, a la que él llamaba Juanita

Lelalo, la hija de unos campesinos que vivían frente a la casa y a los que les compraban las arepas de la mañana que –según él– eran deliciosas. Le contaron que, de niño, estaba muy apegado a Juanita para quien él era como un juguete vivo. Muchos años después Juanita, ya nonagenaria, les fue a visitar e Isaac le contó a su hijo la historia de Juanita y su hijo, al ir a saludarla, le dijo: “Yo sé quien es usted señora, usted es Juanita Lelalo”. Ella lloró de la emoción.

El burrito del alfondoque que llevaba dos cajas de alfondoques fue, según él, “el último pregón cantado que hubo en Venezuela”; su canto decía: “alfondoques de queso y ajonjolí/ de Elvira el alfondooo...”. La hacienda *La Elvira* se encontraba en el este de Caracas y allí se hacían los mejores alfondoques, que eran dulces fabricados con papelón y anís, además de otras cosas. Al oír el pregón, Isaac y otros muchachos corrían “con un centavo en la mano a comprar”. Era el evento y la alegría de una vida provinciana en donde imperaba la sencillez y el aprecio por las pequeñas cosas que ofrecía la vida de la Caracas de entonces.

Los toros y la formación católica

En el inicio de la adolescencia, su madre y su hermana Lola, “dos personas extremadamente religiosas, me dieron una educación católica intensa”. En las conversaciones que sostuve con Isaac J. Pardo antes de que falleciera, me contó que para hacer la primera comunión encargaron a una prima suya fastidiosísima, Angelinita, para que le guiara. “Allí empecé mis primeros traumas con respecto a la religión”, me comentó. Además, le pidieron a un fraile de Las Mercedes, fray Florencio de Artalia, que se constituyera en su guía espiritual. Aunque comprensivo, el fraile tampoco era divertido, le prestaba “libros edificantes pero muy fastidiosos”, aunque tenía la virtud de conseguir que su madre le permitiera ir a los toros porque pensaba que era mejor ir a los toros que ver “esas indecencias de los cines”. Quizá empezó allí la afición de Isaac Pardo por la fiesta taurina, que tan buenas corridas le hizo ver.

De *El libro de las mil noches* y una noche al vino del Marqués del Real Tesoro

La curiosidad del investigador

En 1918, a los trece años, en plena era gomecista, termina la educación preparatoria en el Colegio Alemán en donde, además del idioma, ha adquirido conocimientos sólidos y una disciplina de trabajo y estudio que le será muy útil a lo largo de su vida. También le ha abierto el panorama hacia otra cultura, otra visión del mundo y otra mentalidad y ha desarrollado la curiosidad por continuar ampliando sus horizontes en el futuro. Curiosidad que irá siempre acompañada del amor por la libertad, por la sensualidad y por los beneficios del humor. Fue, por tanto, consecuente con lo que había sido la trayectoria de su vida su confidencia en torno a la primera lectura de *El libro de las mil noches y una noche*. Con humor relata que sinceramente:

Ni de niño ni después de la niñez me sentí atraído por la literatura pornográfica, que venía de España en cuadernos económicos muy solicitados por mis contemporáneos. En cambio tuve la suerte de disfrutar de algunos de los muchos volúmenes de El libro de las mil noches y una noche, sensacional traducción directa del árabe por el orientalista Mardrús, cuya versión al español no había sido escogidamente trozada, ni expurgada, ni almibarada, lo que le daba un encanto imponderable. En esa etapa sentí admi-

ración por los amplios conocimientos de un señor, oculto tras las modestas iniciales de N. del T., que anotaba cuanto libro caía en sus manos.

Esa admiración por las N. del T. denotaba ya la vena de investigador literario que tan excelentes frutos ha legado al patrimonio literario venezolano.

Al terminar sus estudios en el Colegio Alemán se ve obligado a cursar la educación primaria venezolana por el sistema de libre escolaridad, de manera de poder tener acceso a la secundaria que estudiará en el Liceo Caracas. Entre 1918 y 1921 está dedicado a esa faena y una vez obtenido el certificado de sexto grado se inscribe en un curso de radio-telegrafía “que se dictaba por primera vez en el país bajo los auspicios del Ministerio de Educación”. Esa novedad no le duró mucho, pero el entusiasmo que lo motivó en el inicio demuestra la curiosidad inquieta por todo lo relacionado con innovaciones tecnológicas, así como con la ampliación de nuevos horizontes en todo lo concerniente al saber, que siempre lo acompañó. Según una nota aparecida en la edición de *Fuegos bajo el agua*, publicada por Biblioteca Ayacucho, “Años más tarde llegó a interesarse por la Cosmografía y la Astronomía hasta el punto de que le apasionaba explorar el cielo de Caracas con un pequeño telescopio”.

Isaac J. Pardo fue un humanista en todo el sentido de la palabra, que supo combinar su interés por las ciencias con el que tuvo por las humanidades, por las artes y las letras. A raíz de la consternación que produjo en el mundo la explosión de la primera bomba atómica, decidió investigar el átomo para comprender de manera más amplia la base de la física nuclear. También incursionó en las artes plásticas, al intentar empezar a pintar al óleo con la ayuda de un manual de instrucción. en la misma nota antes aludida de *Fuegos bajo el agua*, se dice: “Abandonó este pasatiempo al darse cuenta que lo estaba absorbiendo en demasía”. Con esa misma espontaneidad, curiosidad y pasión, pero con una dedicación inusitada, se entregó muchos años más tarde a comprender los antecedentes de la utopía. Pero no por iniciar

una investigación de tamañas dimensiones descuidó otras curiosidades; también los juegos de *origami* despertaron su interés y los cultivó hasta el final de sus días.

Rómulo Gallegos y el Liceo Caracas

Cuando ingresó en el Liceo Caracas en 1921 ya había aceptado su primer trabajo como “escribiente en el Congreso de la República, durante los tres meses que duran las sesiones”. Rómulo Gallegos entra a dirigir el liceo en 1922. Isaac Pardo guarda recuerdos muy vivos de la relación que tuvo con Gallegos cuando era alumno del liceo. Cuando se encontraron por primera vez, Isaac Pardo tenía 17 años y Rómulo Gallegos 38. “Los muy indóciles alumnos del Liceo Caracas estaban agazapados en cautelosa expectativa ante el rostro áspero, la voz fuerte y el gesto autoritario de un nuevo director con fama de literato y de experimentado profesor”. No se les ocurrió a los alumnos otra cosa que intimidar al nuevo director introduciendo sulfuro de carbono que tiene “un olor abominable, a huevo podrido, en una de las aulas como instrumento de prueba”, pensando que con certeza nadie acudiría al aula y se suspenderían las clases. Lo que no imaginaron los alumnos es que ante tal panorama el director decidió cerrar las ventanas y las puertas y obligar a todo el mundo a tragarse su propio veneno durante cuarenta minutos.

Rómulo Gallegos había ganado la partida y su autoridad en el liceo no sufriría ya provocaciones ni desacatos mayores. La imagen que prevaleció entonces –el ceño amenazador y el carácter, como el rostro, todo aristas– fue la de un personaje casi intratable.

Esa primera percepción se fue transformando a lo largo del tiempo. Primero fue la intuición de que detrás de aquel rostro amenazador se escondía el hombre bondadoso y cordial, “pronto a desbordarse por las vías de la emoción y del afecto” y, años más tarde, la comprensión y aceptación de que “la compleja personalidad de Gallegos estuviese hondamente marcada por la timidez. Al tímido se le hizo necesario una caparazón protectora erizada de abruptas reacciones”. Isaac Par-

do, al hablar de las tres dimensiones del espacio caracterológico de Rómulo Gallegos, menciona: “la dureza a veces impetuosa, la bondad generosa y la timidez”.

De aquellos años en el Liceo Caracas Pardo guarda muchos episodios y anécdotas que denotan la personalidad de ambos. Haré referencia a dos concretamente sobre las cuales él dejó un testimonio escrito en *Visión personal de Rómulo Gallegos. El hombre que yo conocí*. Una se refiere a la manera como Pardo intentó taladrar una mampara para introducir la traducción del texto a los alumnos de la clase de alemán, valiéndose de su conocimiento del idioma. Había logrado obtener copia del texto que estaba en el pizarrón, lo tradujo rápidamente en un papel, se fue a una carpintería que estaba cerca para que le prestaran el taladro y cuando estaba en el proceso de taladrar la mampara apareció Rómulo Gallegos que le preguntó:

“¿Qué estás haciendo ahí?”. Me levanté con el taladro en la mano y le dije: “Abriendo un hueco en la mampara”, “¿Y eso para qué?”, “Para introducir esta copia”. Él no dijo nada, me quitó el taladro y se fue. Yo estaba seguro de que me iba a expulsar, pero no sucedió así. La segunda fue en mi examen escrito de Latín. Ahí el que se copiaba era yo. Tenía mi chuleta en el asiento, oculta con el muslo, cerca de una ventana, uno de cuyos postigos estaba abierto. De pronto me di cuenta de que, por ese postigo, Gallegos me miraba fijamente. Con una audacia increíble lo miré yo a él y le dije: “¡Viva y deje vivir!” Gallegos se retiró rápidamente de la ventana. Más tarde comprendí que se había retirado para no reír.

Pero la cosa no quedó ahí. Aunque de inmediato no hubo ninguna sanción porque Gallegos no formaba parte del jurado examinador, dos días después, en la prueba oral, Gallegos sustituyó a uno de los examinadores que falló. “Me dije: ahora me las va a cobrar todas, y así fue”. Con la facultad que le otorgaba su puesto le hizo cambiar de tema y recorrer una buena parte del programa:

A duras penas logré pasar el examen. No me suspendió. Me pregunté muchas veces por qué no recibí castigo en ninguna de las dos ocasiones. La primera creo que me lo

valió el no haber tratado de inventar ninguna excusa. Mi franqueza le hizo reaccionar favorablemente y la segunda vez, durante la prueba escrita, él no tenía por qué intervenir puesto que en ese momento, aún siendo el director, no era el responsable de ese examen, quizá esa es la razón por la que no lo hizo. Pero durante la prueba oral trató de medir mis conocimientos de la materia.

Al terminar el bachillerato se interrumpió el contacto entre Gallegos y yo. Me fui a la universidad, a la Escuela de Medicina. Entre nosotros no había quedado más que una relación de alumno a director del plantel. Una relación muy distante entre un jovencito y el director Gallegos y no hubo ocasiones para que volviéramos a vernos.

Ni profesor ni alumno llegaron a imaginar, en aquellos años del Liceo Caracas, la amistad entrañable y los numerosos vínculos que los unirían muchos años más tarde.

Esparcimiento y Carnavales

Los momentos de esparcimiento y distracción de Isaac Pardo, como los de la mayoría de los jóvenes adolescentes de aquella Caracas de la década de los años veinte, se reducían a reuniones que ellos organizaban de manera muy modesta. “Para Carnaval preparábamos unos bailes con nuestras amigas; era la época en que las jóvenes se sentaban en las ventanas y uno iba a conversar con ellas por la ventana”. Con los pocos centavos con que contaban contrataban a unos tres o cuatro músicos de los que siempre se encontraban en la esquina de Catedral, uno tocaba el arpa, el otro la guitarra, otro el violín, otro las maracas y otro cantaba y acudían a casa de alguna familia que disponía de una casa amplia y estaba dispuesta a recibirlos. Los dueños de la casa les ofrecían “unos pequeños sándwiches, unos dulces y una tisana. Nunca bebíamos licor”. Pero cuenta Pardo que “una vez un señor ya de bastante edad que vivía solo en una casa nos recibió para hacer el baile y nos ofreció vino tinto”. Ese fue el gran acontecimiento. “Era un vino español que se llamaba Marques del Real Tesoro. Y nosotros nos preguntábamos: ‘Oye chico, ¿éste será el vino que toma el Rey de España?’”.

El despertar del amor por la literatura

La pasión por la lectura

Isaac J. Pardo tuvo el privilegio de haber tenido cerca, desde la más temprana edad, a insignes escritores venezolanos. No hay que olvidar que José Antonio Ramos Sucre fue su profesor de castellano en el Colegio Alemán. La admiración desde las aulas le indujo quizá al “experimento de transcribir en versos libres, guiándose por su ritmo interior, algunos de los poemas en prosa (o *prosemas*), del celebrado autor de *La torre de Timón*, *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*”. La pasión por la literatura y la lectura se acrecentaron durante los años del Liceo Caracas. La lista de los autores que dice haber leído durante esa etapa es larga e incluye tanto autores venezolanos como extranjeros.

El crítico literario Julio Planchart, “compañero generacional y amigo íntimo de Gallegos”, fue su profesor de literatura en el Liceo Caracas. El profesor Planchart debió imponerles ciertas lecturas de rigor que ayudaron a desarrollar el gusto por la lectura y, seguramente también, el gusto por lo que acabaría siendo su vocación literaria, entre las muchas vocaciones que tuvo. En esos años lee una bibliografía de autores venezolanos fundamentales. “Recuerda las novelas de Manuel Díaz Rodríguez y de Rufino Blanco Bombona, los ensayos de Pedro

Emilio Coll, los relatos de Rómulo Gallegos y de José Rafael Pocaterra”. También atrajo especialmente su atención los poetas de la Generación del 18: “Fernando Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Enrique Planchart, Jacinto Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol y Antonio Arráiz”.

La pasión por la lectura provenía de la infancia y del contacto con la voz familiar de su madre, que fue en un principio la que ejerció de intermediario entre el calor materno y el vuelo de la imaginación a través de las palabras.

En la relación que él mismo hizo sobre sus lecturas de esa época, y que aparece en la nota biográfica de la edición de *Fuegos bajo el agua* de la Biblioteca Ayacucho, menciona entre otros: “*Los Miserables* y *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo. “Comenta que Pierre Loty le agradó de manera momentánea y lo mismo le pasó con Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), así como con Rabindranat Tagore. De éste último lo que más le impresionó fue “su majestuosa figura” cuando lo encontró en París en 1930. Sin embargo, las obras del valenciano Blasco Ibáñez, *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*, *Sangre y Arena*, *El Papa Mar*, *Los muertos mandan* o *Mare Nostrum* dejaron en él una huella imborrable. A Anatole France le dedica un recuerdo especial, lo mismo que a Eça de Queiroz, “cuya obra fue leída por mí con verdadera fruición. Pierre Benoit, *La Atlántida*; Barbuse, *El fuego*; Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*; Bernard Shaw, *Santa Juana*; Stephan Zweig y André Maurois eran altamente apreciados”.

El francesismo de la época

El gusto afrancesado, que marcó prácticamente todo el siglo XIX y principios del XX en toda América Latina, estuvo también presente en Venezuela, tanto en la arquitectura, como lo muestra lo realizado por Guzmán Blanco, como en la ideología, el pensamiento y la cultura en general. París fue el centro cultural para muchas generaciones de latinoamericanos y los proyectos sociales y políticos franceses, el ejemplo a imitar, como ocurrió al otro día de la Independencia de la América Hispana en la redacción de las Cartas constitucionales de la mayoría de

las jóvenes republicas. Isaac Pardo confiesa que su generación fue quizá “la última verdaderamente *afrancesada*, lo que Queiroz llamó *francesismo*, que comenzó con los Enciclopedistas y la Revolución Francesa”.

A ese gusto por la cultura francesa del que hace gala Pardo hay que añadir, según sus propias afirmaciones, el entusiasmo por los poetas modernistas y el influjo ideológico de Rodó. “Para mi generación – recuerda Pardo– la lectura de *Motivos de Proteo*, *Ariel* y *El mirador de Próspero*, de José Enrique Rodó, no sólo se hizo cosa obligatoria, sino que constituyó un *test* para saber si un joven merecía ser tenido por culto”. Esas obras, así como las de Rubén Darío y Amado Nervo, tuvieron una gran influencia, no sólo entre la generación de Isaac Pardo en Venezuela, sino en casi toda la América española.

Regreso a los clásicos

Los estudios de Medicina y el exilio obligado luego de los acontecimientos de la Semana del Estudiante en 1928, interrumpen la disciplina de lectura. A su regreso al país en 1936, y luego de hacer las equivalencias de sus estudios en el exterior, regresa de nuevo a un régimen de lecturas ordenadas que tienen como centro a los clásicos antiguos y a los clásicos españoles. Lee a Homero, Hesíodo, los trágicos griegos; Virgilio, Ovidio, Horacio, quizá como una premonición del interés que despertarían años mas tarde algunas de estas obras en relación con la investigación que hizo en torno a los antecedentes de la utopía.

Pardo cuenta también que estando preso en el Castillo de Puerto Cabello tuvo acceso a la pequeña biblioteca que allí había en donde se encontró con autores y obras desconocidas por él hasta entonces. Tomó contacto con Dostoyevski, Gorki, Turgueniev, entre otros. Y confiesa que fue allí en donde se inició e hizo sus primeras lecturas sobre la revolución social.

Su estadía en España durante el exilio lo acerca a la cultura española y a la gran literatura del Siglo de Oro español. Aunque Valle Inclán ya había sido uno de sus ídolos desde su juventud, y lo mismo podría-

mos decir del Cid Campeador. El mundo de los esperpentos y las hazañas heroicas del Cid fueron una compañía inseparable de su mundo adolescente. Durante los seis años que estuvo, principalmente en Barcelona, se acerca a la obra de “Unamuno, Azorín, Pérez Galdós, Pío Baroja, Pérez de Ayala”. Se mete en la atmósfera de *La montaña mágica* de Thomas Mann y disfruta del teatro de don Jacinto Benavente, sin dejar de lado “la vena humorística: Fernández Flores, Julio Camba, Jardiel Poncela”.

A su regreso en 1936 retoma la obra de Cervantes que había quedado en la memoria desde los años del Colegio Alemán en donde José Antonio Ramos Sucre, el profesor de castellano, les hacía leer *El Quijote*. También lee a Góngora, a Garcilaso de la Vega, a Lope de Vega, a Calderón, a los integrantes de la Generación del 98 y a los poetas del Modernismo español. Lee a Pedro Salinas y a Antonio Machado, con quien sintió afinidad y cercanía.

Se interesó por el Vanguardismo, aunque admitía que sus gustos cambiaron de dirección de acuerdo a las preferencias del momento y las circunstancias. Su espíritu inquieto y curioso le conducía de una lectura a otra, cuando la dinámica del proceso mismo de lectura le guiaba hacia territorios nunca antes explorados. En este sentido, su pasión por la lectura estuvo en él acompañada por su vena de investigador literario, por su interés por la historia y por todo lo relacionado con la creación humana.

La Semana del Estudiante y la prisión en el Castillo **de Puerto Cabello**

El cierre de la Universidad

La huelga general convocada por el Consejo Central de la Asociación de Estudiantes de Venezuela condujo a que el general Juan Vicente Gómez cerrara la Universidad Central de Venezuela por un periodo de diez años, de 1912 a 1922. El problema surgió en un principio por conflictos con el Rector Felipe Guevara Rojas y con algunos profesores y estudiantes a los que expulsó. “El resto de los estudiantes se declararon en rebeldía y el General Gómez disolvió la universidad.” Las escuelas siguieron funcionando en sitios separados. En aquel momento había sólo cinco cátedras, las principales eran las de Medicina y Derecho que absorbían el mayor número de alumnos, después venía Ingeniería y, con muchos menos estudiantes, seguía Farmacia y Odontología. Economía, Letras, Historia y otras no estaban incluidas en la universidad. Cualquiera que estuviera interesado en esos campos debía investigar por su cuenta.

Para 1922, la población de Caracas giraba en torno a unos 120.000 habitantes y el número de estudiantes de la Universidad Central de Venezuela era apenas “un puñito de gente”, en palabras del propio Pardo. Cuando se abre la universidad en 1922 él está todavía en el liceo

pero consigue a través de su tío político, David Lobo, quien fuera nombrado Rector, un trabajo de escribiente en la universidad. Allí se desempeña junto con Manuel Planchart y José Tomás Jiménez Arráiz, que ya había empezado a estudiar Medicina. “Rectorado y Secretaría tenían un espacio pequeño. Todo estaba cerca”. Comenta que estaban “todos metidos ahí como en una casa de vecindad”. Se hizo amigo de numerosos estudiantes de Medicina que lo invitaban a que los acompañara al hospital. Fue así como, sin haber terminado el bachillerato, empezó a ir al hospital y conoció a los mejores médicos del momento. Se hizo amigo de Félix Lairret, que le permitía que se pusiera un gorro blanco y una bata y estuviera en el quirófano. “Fue mucha la operación que yo vi pegado así del codo del doctor Córdoba, que era la estrella de la cirugía en Venezuela junto con el doctor Toledo Trujillo, que murió a los cien años”. La práctica médica lo entusiasmó y, cuando terminó el bachillerato y logró cupo en la universidad, se inscribió para estudiar Medicina.

La Federación de Estudiantes y Araira

Termina el bachillerato en 1925, pero tuvo que esperar un año para entrar en la universidad. En ese lapso sigue como escribiente en la universidad y se dedica a estudiar anatomía por su cuenta, a la vez que continúa sus visitas al hospital. Su estadía en la universidad se ve interrumpida por los acontecimientos que tuvieron lugar entre el 6 y el 19 de febrero del año 1928, conocidos en la historia de Venezuela como la Semana del Estudiante. Estos hechos estuvieron muy vinculados al esfuerzo que Isaac Pardo y otros compañeros suyos hicieron ya desde 1926 para reconstruir la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV), de la que Pardo era secretario y Raúl Leoni Presidente, y lograr fundar posteriormente la Casa del Estudiante, a imagen y semejanza de la Residencia de Estudiantes de la capital española, “que era una hermosa combinación de albergue y ateneo. Su revista se llamaba ‘Residencia’”. La de la FEV se llamó “Universidad”. Esta bella iniciativa no se llegó a dar por la manera cómo se desencadenaron los acontecimientos de la Semana del Estudiante.

El Rector era en ese momento Diego Carbonell, quien apoyó todos los actos en relación a esa iniciativa, dio la charla inicial a la que acudió en frac, “lo cual nos pareció una muestra de alta distinción para nuestra iniciativa. La segunda charla estuvo a cargo de Manuel Díaz Rodríguez”. Además de charlas hubo otras actividades, se hicieron algunos eventos sociales para recaudar fondos y no faltaron los actos políticos. Algunos incluían manifestaciones de repudio al régimen, como fueron “un desfile desde la Universidad al Panteón Nacional, los discursos pronunciados por Rómulo Betancourt, Jóvito Villaba, Joaquín Gabaldón Márquez”.

Muchos de los festejos que estaban programados se transformaron “en una protesta estudiantil contra la tiranía de Juan Vicente Gómez, a la cual se sumó el pueblo de Caracas con una huelga de brazos caídos”. Las fuerzas del orden público intervinieron y fueron detenidos centenares de estudiantes, entre ellos, Isaac J. Pardo. A algunos los llevaron presos y a otros, a campamentos de trabajo. De estos campamentos, unos fueron trasladados al Llano y otros a la Colonia de Araira. Pardo estuvo en Araira. Allí se les obligaba a construir carreteras a pico y pala: “Nos dividieron en grupos. Cada grupo tenía que escoger un capitán, que era el que tenía la lima, porque las piquetas para trabajar en la carretera había que limarlas. Un grupo me escogió a mí como Capitán y me entregaron la lima con la que tenía que afilar la punta del pico. Un día decidieron trasladarnos a todos a Puerto Cabello. Al llegar al Castillo de Puerto Cabello, a todos nos pusieron grillos”.

En ese Castillo permaneció hasta noviembre de 1929, cuando finalmente lo ponen en libertad.

El exilio

Esponsales y partida. Primera etapa: Francia

En 1929, cuando Isaac Pardo sale de la cárcel, su padre ya había muerto. Y el padre de su novia, don Manuel Segundo Sánchez, “sintió como su obligación tratar de llenar el vacío que dejaba mi padre”. Tanto él como doña Gertrudis, su esposa, se preocuparon por la situación de Isaac, trataron de convencerlo y le pidieron a Mercedes, su hija y la novia de Isaac, que insistiera para que se fuera de Venezuela. Uno de los hermanos de Mercedes, Manuel Enrique, estaba preso en la Rotunda de Caracas. Y a otros de sus compañeros los volvieron a llevar a la cárcel y estuvieron presos entre cuatro y cinco años.

En diciembre de 1929 tomó la decisión de salir para Trinidad y de allí a Francia en donde residía un tío suyo, una hermana y un hermano casados. En las numerosas conversaciones que sostuvimos, Pardo me comentó que, antes de partir, don Manuel le dijo a Mercedes: “Él no debe irse solo; ustedes deben casarse”, a lo que Mercedes respondió: “¿Con qué nos vamos a casar? Él no me ha dicho que se quiere casar”. “Díselo tú”, sugirió don Segundo. Por eso Isaac dice que fue Mercedes la que pidió su mano. Antes de abandonar Venezuela fijaron esponsales y él dejó un poder para que su hermano Arturo reali-

zara el matrimonio en su nombre cuando ya estuviera asentado en París.

Huelga en La Sorbona

Llegó a París el 5 de enero de 1930, y Mercedes el 13 de mayo. Para ese momento él ya había ingresado en La Sorbona a estudiar Medicina pero con la mala suerte de que estalló una huelga de estudiantes en el mes de junio o julio, cuando ya estaban en exámenes. Las clases se suspendieron y él perdió el curso, cuando había logrado calificar bien en el *patois* que él hablaba. Este hecho le produjo una fuerte depresión. La situación en París se le fue complicando, por lo cual tomó la decisión de irse a Barcelona a investigar la situación. En un principio se fue solo. Allí tenía amigos, estaban José Tomás Jiménez Arráiz, Simón Gómez Malaret y Jesús Lavié, todos muy satisfechos estudiando Medicina, y Nelson Himiob, Derecho. Planteó su situación a la universidad de Barcelona y fue aceptado. Regresó a París y le dijo a Mercedes: “Vámonos para España”.

Su experiencia francesa fue un tanto traumática, quizá más por las expectativas que había alimentado su fervor por la cultura francesa. Sin embargo, al llegar encontraron un país xenófobo que despreciaba al extranjero y se lo hacía notar. En lo que él creía era una “cumbre del saber y de la ciencia”, se encontró a un jefe del departamento quirúrgico que “era una bestia y me trató a mí y a muchos de la manera más canallesca”.

La decisión por la tuberculosis

En el tiempo que estuvo en París se reunió con los venezolanos que estaban allí desterrados. En esas tertulias, que luego continuaron en España, en donde se encontraba Rómulo Gallegos, el interrogante sobre qué podían hacer ellos por el porvenir de Venezuela era el eje de la discusión. Y una de las conclusiones a las que llegaron era olvidarse de los alzamientos y las armas. “No era por las armas que había que modificar a Venezuela. El problema de Venezuela iba más allá del derro-

camiento de Juan Vicente Gómez”. De lo que se trataba era “de adquirir la máxima capacitación para servir a Venezuela”. Sólo la capacitación la podía unir. Ahí decidieron todos dar al máximo en función de esa preparación. “Esa era la doctrina central del grupo y eso fue lo que me hizo cambiar de rumbo. Por eso sacrifiqué mi tendencia a la cirugía para dedicarme a la tuberculosis”. La labor que llevaba a cabo Arnoldo Gabaldón en materia de paludismo era la enseñanza que había que asimilar. La importancia del cirujano se centraba en la relación de médico a paciente, pero no tomaba en cuenta el conjunto social, por lo que Pardo le escribió al Dr. José Ignacio Baldó, quien estaba comenzando la lucha contra la tuberculosis en Venezuela, para informarle sobre sus reflexiones.

El período convulsionado en España

A España llega en octubre de 1930 con Alfonso XIII y sale a finales de 1936 bien entrada la Guerra Civil. En Barcelona, en su Facultad, toma contacto con el jefe del Dispensario Antituberculoso de Barcelona, así como con el doctor Luis Sayé del Hospital Clínico en donde él se formó. En la ciudad condal se gradúa de Medicina y allí nace su primer hijo, Arturo, el 15 de febrero de 1931. Los recuerdos de los seis años que pasaron allí son muy gratos. “Vivíamos contando el céntimo y fuimos extraordinariamente felices”. El estallido de la Guerra Civil trunca ese gran idilio. “A mí no me pareció decoroso, después de haber vivido seis años en Barcelona y haber estudiado allí, salir corriendo al otro lado de la frontera en un momento tan dramático para España”. En el hospital se puso a la orden y el profesor Sayé le encomendó la tarea de “desocupar los hospitales de enfermos y transformarlos en hospitales de guerra” y reubicarlos en otra parte.

Tanto Rafael Vegas, quien trabajaba en un manicomio, como él, vivieron momentos muy difíciles propios de las tensiones de la guerra. El hospital para enfermos mentales en donde trabajaba Rafael Vegas estaba atendido por monjitas, y, dado que en algunos conventos se encontraron armas, las órdenes religiosas estuvieron perseguidas.

Rafael Vegas “colaboró para sacar a las monjas disfrazadas. Eso fue muy doloroso. Unas mujeres trajeron ropas, les arrancaron las cejas, se las pintaron más finas, las maquillaron” y las fueron sacando poco a poco. Un día llegó la tropa cuando ya las monjas no estaban, “levantaron los pisos de madera y encontraron todo un arsenal metido debajo de los pisos. Por supuesto, esa fue la razón por la cual los conventos y los internados religiosos fueron eliminados y convertidos en hospitales”. A la tarea de esta transformación se abocó Isaac Pardo hasta que una circunstancia, que puso en peligro su vida, y principalmente la dificultad de mantener su *modus vivendi*, le obligó a salir de España y regresar a Francia. La ayuda en dólares que recibía de un hermano y de un tío para sobrevivir se vio disminuida ante las exigencias cambiarias del estado de guerra. Esta realidad hizo insostenible su situación. El propio Sayé y sus compañeros fueron a despedirles a la estación. En Francia terminó la especialización en Medicina torácica.

El regreso a Venezuela y la entrega a la **Medicina pública**

1936: López Contreras y la transición

El 17 de diciembre de 1935 fallece el general Juan Vicente Gómez. Al día siguiente, el Gabinete inviste con la Jefatura Suprema al que fuera Ministro de Guerra y Marina, el general Eleazar López Contreras. Militar y tachirense como su antecesor, parecía ser el hombre idóneo para proseguir la “paz gomecista” en una Venezuela que ya había descubierto el petróleo y que empezaba a abandonar su carácter rural. López Contreras, en un inicio, con el mismo gabinete ministerial de Gómez, se enfrenta a la difícil tarea de preparar la transición hacia la democracia. Poco a poco incluye entre sus colaboradores a personas deseosas de dejar atrás las represiones, las mazmorras y la autocracia. El 26 de diciembre de 1935 es ratificado en el período que concluye en abril. Ahí será reelegido para el septenio 1936-43, aunque la Constitución que él propicia en 1936 reduce el período de gobierno a cinco años, a la vez que prohíbe la reelección.

Venezuela empieza a vivir una etapa de optimismo y civilidad. La sensación de un nuevo renacer se mezcla con la paradoja de la costumbre y todavía, a veces, con la persistencia de tantos años de militarismo caudillista. El civilismo se hace sentir tanto en los cambios pro-

gresivos del gabinete como en la vida social de los ciudadanos; muchos, por primera vez, se ven expuestos a una prensa sin censura y con la posibilidad de participar en comicios electorales, aunque todavía limitados. También, de manera simbólica, Caracas se transforma. En donde estaba la “Rotunda” se erige la plaza de la Concordia y los “grillos” de las torturas se lanzan al mar.

Un desembarque frustrado

Con la euforia de llegar a una tierra sin tirano luego de seis años de exilio, la familia Pardo regresa a Venezuela a finales de 1936. “Yo llegué a La Guaira con mi mujer, mi hijo y dos dólares en el bolsillo, que ni propina le podía dar a la gente del barco”. Se encuentra con la sorpresa de que se le impide descender a tierra porque el general Elbano Mibelli, entonces Gobernador de Caracas, sospecha que Isaac Pardo no había regresado a Venezuela a la muerte de Gómez porque se había inscrito en la Legión Extranjera. Esta sospecha no la llega a saber Pardo sino un tiempo después. En ese momento, gracias a la intervención del padre de Mercedes, Manuel Segundo Sánchez, quien se desempeñaba como Viceministro de Relaciones Exteriores y estaba en el puerto esperándoles, se logró el permiso para que bajaran en horas de la tarde. El barco había atracado en el puerto en la madrugada.

Durante el lapso que duró el malentendido Mibelli los tuvo vigilados y un espía seguía cuidadosamente los pasos de Isaac Pardo. El espía acabó siendo parte de la familia. Conversaba a través de la ventana con Arturo, el hijo de Isaac y Mercedes, y durante las largas caminatas que ambos solían hacer al anochecer, la sombra del espía les seguía a veces desde la casa de la madre de Isaac que vivía de “Santa Teresa a Cruz Verde”, continuaban hasta la iglesia de Santa Teresa en dirección por el Sur hacia El Paraíso, “pasábamos por la Plaza de La República donde está Páez, subíamos por Angelitos y llegábamos a la casa. Y atrás de mí, el hombre. Yo le decía a Mercedes: ‘Esperate, no vayas tan ligero, que el pobre va con la lengua afuera’. Y un día cometimos la canallada de irnos hasta la Puerta de Caracas y volver”.

Esta situación complicó la posibilidad de incorporarse de inmediato al centro en donde el doctor José Ignacio Baldó le asignó un puesto para trabajar con él. Pardo estaba necesitado de trabajo porque había tenido que contraer una deuda de tres mil bolívares para financiar los pasajes del barco y el viaje de regreso pero temía que, de incorporarse sin haber revalidado el título, Mibelli hubiera podido tomar represalias.

La reválida de sus estudios

Una vez completada la reválida en la Universidad Central de Venezuela en 1937 con el título de Doctor en Ciencias Médicas, Pardo se incorpora de lleno a la lucha antituberculosa. Ese mismo año se funda la Sociedad de Tisología de Venezuela de la que fue miembro fundador. De su experiencia en España y Francia traía dos innovaciones: “No eran invenciones mías pero eran cosas muy ignoradas en Venezuela, como un instrumental para ciertas operaciones que no se practicaban en Venezuela”. Además de ese equipo que adquirió en Francia, quería también poner en práctica lo aprendido en Barcelona en torno a la Medicina Social. “Consistía en anticipar la enfermedad, en no esperar a que la enfermedad viniera, sino en ir a descubrir dónde estaba, examinando masas de personas”. Esta innovación dividía a los pacientes en “dos partes: amenazantes y amenazados. Los amenazantes eran los tuberculosos ignorados porque todavía la enfermedad no había dado manifestaciones”. Esta prevención de tipo social “tenía la ventaja de impedir la propagación del mal. Cuando se descubría la tuberculosis en esa etapa inicial había muchas posibilidades de curación, que se perdían cuando ya la tuberculosis estaba muy avanzada”. Pardo llegó a dominar todo lo relacionado con la medicina del tórax, incluyendo la parte de radiología. Él mismo hacía las radiografías y las interpretaba. Durante su estadía en el Ministerio de Sanidad desarrolló todo lo aprendido en España en relación a epidemiología. Allí inició una campaña para examinar a los niños que hubieran podido estar infectados por sus padres. A los maestros se les hacía exámenes radiológicos y, si se detectaba alguna sospecha, se les examinaba en

profundidad. Eso mismo lo llevó a las fábricas y a los cuarteles en donde el contagio por la convivencia podía ser factible. La labor de Pardo fue reseñada ampliamente en la revista que publicaba el Ministerio de Sanidad. En medio de todas estas labores, el 23 de mayo de 1939 nace Cristina, su segunda hija.

El Algodonal

La Medicina de servicio público fue su gran pasión. A ella le dedicó la mayor parte de su tiempo. Él fue uno de los médicos fundadores del Sanatorio Simón Bolívar de El Algodonal en Caracas, dependiente de “la División de Tuberculosis del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social”. Éste fue un hospital modelo durante varias décadas. Según cuenta Pardo: “Tenía seis servicios en un principio, tres de mujeres y tres de hombres. Después se fue expandiendo paulatinamente. Los dos primeros servicios fueron de Baldó y Elías Toro, la segunda etapa estuvo a cargo de Criollo Rivas y a mi cargo, y la tercera etapa, a cargo de Ángel Larralde y César Rodríguez pertenecientes ya a la tercera generación”.

Él inició junto a Elías Toro la cirugía del tórax y de los pulmones en Venezuela, pero nunca ganó grandes fortunas con ello porque las diez o doce horas que le dedicaba al hospital, que era lo que más le interesaba, no le dejaban casi tiempo para una posible clientela privada. Elías Toro tuvo en un momento dado que abandonar la práctica por una artritis reumatoide y, durante un tiempo, él tuvo que operar en su servicio y en el que le correspondía al doctor Toro. Ángel Larralde y César Rodríguez, dos cirujanos jóvenes y competentes que se habían formado en los Estados Unidos, se incorporaron a su equipo hasta que posteriormente llegó una tercera generación, como el “doctor Adrianza que fue Ministro de Sanidad con Lusinchi”. Cuenta que pasó los últimos años en El Algodonal en el quirófano. “Allí llegué a lo que yo quería y siempre me gustó. Con eso percibí ya redondeada la esfera de mi dominio de la especialidad, en la clínica, en epidemiología, en el dispensario”. Muchas de las innovaciones de El Algodonal en ese en-

tonces las propuso él. Pero cuando ya todas estaban implementadas, su espíritu inquieto y creador no quiso seguir machacando “sobre hierro frío” y buscó en el Ministerio de Sanidad la “investigación masiva de la tuberculosis”. Sus esfuerzos en el campo de la Medicina pública se extendieron durante más de veinte años y abarcaron desde dispensarios y sanatorios hasta escuelas municipales, pasando por la Maternidad de Caracas. También fue “Instructor de la Cátedra de Tisiología en la Escuela de Medicina de la Universidad Central de Venezuela”. Por esas fechas publica varios “trabajos científicos relativos a su especialidad en Tisiología”, y en “1940 representa al país en el V Congreso Panamericano de Tuberculosis realizado en Buenos Aires”. Una de sus grandes satisfacciones fue la placa de reconocimiento con su nombre colocada en el servicio para mujeres en El Algodonal.

Isaac Pardo, por sugerencia de José Ignacio Baldó, llegó también a ser Jefe Médico de todo el hospital además de continuar en sus labores de cirujano. Recuerda que cuando el doctor García Maldonado le dio la noticia, añadió que ese era un cargo ad-honorem. Pardo le expuso de qué manera ese nuevo compromiso le “acortaba la posibilidad de ganar algo más” fuera del hospital. García Maldonado reconoció el punto y tres días más tarde le dijo: “‘Ya está resuelto, te vamos a pagar cien bolívars más’. De modo que llegué a ganar mil cien bolívars en El Algodonal”. El cálculo anual del impuesto sobre la renta era motivo de chiste, pero la devoción y el entusiasmo con que todos hacían el trabajo no decayó nunca.

Congresos y viajes científicos

En 1940, como ya se mencionó, Isaac Pardo representa a Venezuela en el V Congreso Panamericano de Tuberculosis en la ciudad de Buenos Aires y escribe varios trabajos científicos sobre su especialidad en Tisiología. Su afán de conocimiento e investigación lo llevó a ocuparse de la biblioteca y de la actualización de las suscripciones de revistas especializadas. Así tuvo conocimiento de los nuevos fármacos que Hoffmann Laroch estaba desarrollando, entre ellos una nueva droga que

estaba ya siendo utilizada en periodo de prueba en algunos centros con excelentes resultados. El doctor José Ignacio Baldó le encargó que fuera a los Estados Unidos a pedir a Hoffmann Laroch que incluyera El Algodonal en el programa y les concedieran la droga *Isomacia* (así llamada), luego de la cual aparecieron otras más eficaces. Ya Pardo había previsto que en cuestión de tiempo la droga definitiva contra la tuberculosis estaría en el mercado. Esta realidad le hizo reflexionar y darse cuenta de que cuando esto sucediera su especialidad perdería importancia. El grupo de médicos cirujanos que trabajaban en El Algodonal en la cirugía del corazón lo invitaron a que se uniera a su equipo, ya que tenía experiencia en cirugía del tórax, pero él reconsideró la oferta y prefirió no hacerlo. Él había sido un especialista total de acuerdo a las exigencias del momento. Dominó todas las distintas etapas de la especialización porque para eso se preparó, había asistido a congresos y trabajado con los mejores cirujanos del momento. Su vida había sido la Medicina de servicio público en el combate contra la tuberculosis, que representaba la amenaza del momento. Tampoco había tenido tiempo de hacerse una clientela privada. Con el humor que siempre lo acompañó le decía a su adjunto: “si usted algún día me ve dirigiendo un circo de caballitos, no le sorprenda”. Se reía pero pensaba, “Caramba, ¿en qué podría trabajar?”.

El Morrocoy Azul o el humor **llevado a la página**

Medina Angarita y la conquista de las libertades ciudadanas

Isaías Medina Angarita toma posesión de la Presidencia el 5 de mayo de 1941. A la apertura iniciada con el gobierno de López Contreras se añade ahora, entre otras cosas, la legalización de todos los partidos políticos. Venezuela empieza también a experimentar un crecimiento económico considerable que se hace sentir en todos los aspectos de la sociedad. Además, la tolerancia política se observa en la convivencia dentro del gobierno de legados del gomecismo con representantes de la “Generación del 28”.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial traen al país a numerosos inmigrantes europeos. Ya anteriormente, durante el gobierno de López Contreras, habían llegado los republicanos españoles. Venezuela se moderniza y empieza a sentir un cambio considerable en todos los ámbitos de la vida social, económica, política, intelectual, académica, en relación a seis años atrás. Con Medina Angarita, Venezuela logra lo que no había tenido antes en su historia: el pleno respeto a las garantías ciudadanas. Este aspecto favorece la libertad de

pensamiento, acción y expresión. Y favorece por tanto publicaciones en donde nadie pueda escapar a la crítica jocosa y burlesca.

La posibilidad de reír sin miedo

La coyuntura venezolana de ese entonces permitió la creación de una publicación en donde fuera posible reír sin miedo, e Isaac Pardo no podía permanecer ajeno a ella, a pesar de trabajar a tiempo completo en el hospital. “Yo tenía una energía, un dinamismo casi incansable”, decía todavía a sus ochenta y pico de años con entusiasmo. Las pruebas no faltan. Le dedicó veinte años a la Medicina de servicio público sin nunca decaer, pero este hecho no le impidió encontrar tiempo para reír, para aprender, para escribir. Esa pasión por la vida que siempre los acompañó, a él y a Mercedes, le llevó en 1941 a ser uno de los iniciadores y colaboradores principales del semanario humorístico *El Morrocoy Azul*. Incluyo a Mercedes, su esposa, por esa sinergia que desprendían ambos y que constituyó uno de los motores de empuje a todo lo que Isaac Pardo emprendía. Y en el caso del humor, la sonrisa de Mercedes y sus ojos vivarachos no podían quedarse de lado. Además, independientemente de las colaboraciones realizadas en *El Morrocoy Azul*, la vena humorística de Isaac Pardo constituía en él una manera de relacionarse con su entorno más cercano. Isaac, el “hijo de la risa”, no olvidó nunca su nombre ni el efecto sanador y regenerador que engendra el humor. Él fue el inventor de la “chapa” que aparecía en *El Morrocoy Azul*. La chapa “era una condecoración que se le otorgaba a una persona, que sobre todo en materia política había dado motivos para hacerle alguna broma pesada”. Tenía que ver siempre con la actualidad política del momento y la “conclusión o decreto de otorgamiento de la chapa se hacía en latín y terminaba siempre: ‘Di magna chapa morroquos azulis concedemus’”.

El Morrocoy Azul lo funda Miguel Otero Silva en 1941, inspirado en el semanario catalán *El Be negre*, (la oveja negra). Cuenta Pardo que durante la estadía de Miguel Otero en Barcelona, que coincidió con la de él y Mercedes, Miguel tuvo problemas con la policía política por

estar vinculado a los republicanos de izquierda y haber participado en una manifestación “en donde se gritaba: ‘Abajo el Alfonso, muera el Alfonso’”. La Guardia Civil arremetió contra los manifestantes con disparos. “Miguel salió en carrera y fue a parar al apartamento de nosotros asustadísimo. Luego lo expulsaron de España”. Pardo intercedió con la Federación de Estudiantes para que le brindaran apoyo, aunque en realidad Miguel en ese momento no estaba estudiando, más bien vivía en París y viajaba. Él estaba confinado por el gobierno de López Contreras en Barcelona por ser de extrema izquierda. La policía finalmente fue a buscarlo al apartamento de Mercedes e Isaac para llevarlo al vagón que lo conduciría a Francia. Ellos lo acompañaron en el automóvil hasta el vagón.

El Morrocoy Azul

El Morrocoy Azul fue concebido como un tabloide jocoso que servía de crítica mordaz, tanto a la cotidianidad venezolana como a sucesos destacados del acontecer internacional. Uno de los blancos era el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, a quien le confirmaron el apodo de “Chapita”. En general, el semanario arremetía contra regímenes de fuerza, fascistas o imperialistas, y contra la nota política de la actualidad nacional.

Miguel Otero Silva, además de fundador, era el director de la revista, conjuntamente con Francisco José Delgado. Él y todos los que escribían en ella firmaban con seudónimos. El de Miguel Otero Silva era *Lúcido Quelonio*. En *El Morrocoy Azul* colaboraron poetas, humoristas y escritores de la talla de Antonio Arráiz (*Testudo Tabulata*), Andrés Eloy Blanco (*Morrocuá Bleu*), Gabriel Bracho Montiel (*Dominguito*), Francisco José Delgado (*Kotepa*), Manolo García Maldonado (*Onésimo Ónato*), Nelson Himiob (*Zafio Tazón*), Aquiles Nazoa (*Jacinto Ven a Veinte*), Luis Pastori (*Concho Kolate*) y Vicente Emilio Otero Silva (*Morrocófin*). Pardo utilizó distintos seudónimos, “el más frecuente de los cuales fue el de *Morris Coy*”.

El tabloide era “una especie de crónica festiva y crítica de la vida venezolana y, en particular, de los sucesos y personajes del discurrir caraqueño”. Tuvo una gran receptividad. Él dice que “lo leía todo el mundo y que tuvo un éxito grandísimo”. Estaba centrado en el acontecer del día a día, porque –como decía Pardo–, “el humorismo tiene que ser del día”. Por eso, cuando en un momento dado Aquiles Nazoa propuso hacer una antología de *El Morrocoy Azul*, él se opuso porque le pareció que, fuera de contexto, nadie iba a entender el chiste. “Un chiste explicado no es un chiste”. En el momento toda Caracas sabía a qué se refería la ilustración.

Por ejemplo, la oportunidad en que se publicó una ilustración con una etiqueta que decía Miranda. Todo el mundo entendió que era un nombramiento, pero era distinto tener que explicarlo diez o quince años después: “Esto quiere decir que el general Medina nombró a este señor Castro León presidente del estado Miranda con desagrado público. Eso no le causa ya gracia a nadie”.

Isaac Pardo inventor de la Chapa

Isaac Pardo inventó la Chapa de *El Morrocoy Azul*. La inventó e hizo muchas de sus chapas siempre dirigidas hacia aquellos que actuaban en la función pública de forma que podía dar lugar a burla. Además, existía “la Gran Chapa de *El Morrocoy Azul*” que, como él me comentó, “era una condecoración que se le otorgaba a una persona, que sobre todo en materia política, había dado motivos para hacerle alguna broma pesada, entonces se le imponía la Chapa de *El Morrocoy Azul*”. Sobre las “chapas” Isaac Pardo tiene muchas anécdotas. En las conversaciones que sostuvimos y que yo recojo en *El Otoño luminoso de Isaac J. Pardo*, él cuenta, por ejemplo, que “la Alcaldía de La Vega casó a dos mujeres, una de ellas era una lesbiana que se vestía de hombre. El Alcalde como que venía bajando de la luna, porque se presentaron para casarse y él las casó; por supuesto le cayó la Gran Chapa al Alcalde. Claro, esto pasó hace muchos años. A lo mejor hoy no habría habido chapa”. En otra oportunidad, Andrés Eloy Blanco “escribió un ‘Ratón Pérez’, y

terminaba: lloraban porque el ratón Pérez se cayó en la Aurora y la cucarachita lo llora”. Esto se refería a que en la esquina de La Aurora de la Pastora las filtraciones subterráneas socavaron el cerro y un día pasó un camión y el piso se hundió con camión y todo. Había mucha curiosidad por saber quién escribía las chapas y mucha gente se interesó enviando cartas a la redacción. Entonces a Pardo se le ocurrió la idea de no dar el nombre pero sí “la vera figura del que escribía las chapas” y puso un retrato de Jack Johnson, que fue el “primer campeón de boxeo del mundo, negro (...) La gente lo reconoció porque fue sensacional que un negro conquistara el campeonato. Eso no había sucedido nunca”. El otorgamiento de la Gran Chapa requería de consideraciones importantes, por lo que –como se comentó anteriormente–, el decreto terminaba siempre en latín: “Di magna chapa morroqus azulis concedemus”.

También ocurrió que en un momento dado no pasaron cosas que justificaran tal otorgamiento y entonces Pardo dijo, ingeniosamente, que la Gran Chapa había desaparecido. Que se la habían robado y por eso no podían otorgarla. Cuando finalmente vino la oportunidad de incluirla de nuevo en el tabloide la explicación fue: “supimos que la habían empeñado en una casa de empeño de Caracas. La pudimos rescatar y se la concedemos a este señor”.

Poeta macarrónico

Pardo siguió escribiendo en *El Morrocoy Azul* hasta que “la publicación fue vendida a un personaje muy vinculado política e ideológicamente al régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez”. Esto no implicó el abandono del humor llevado a la página. Él dice que los versos serios que escribió en su vida los hizo para el libreto musical *El Tirano Aguirre* de Evencio Castellanos, “porque yo no soy poeta. Yo sé hacer versos, pero no ser poeta, tener una inspiración poética”. Algunos de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial fueron relatados en verso humorístico por Isaac J. Pardo y se pueden encontrar en *El Morrocoy Azul*. Yo tuve la suerte de oírle recitar fragmentos “en un italiano macarrónico, como el latín”, de La Saboyanina:

Ópera italiana,
época la actual,
La Saboyanina
la rubia princesa
recoge una carta
di sopra la mesa
la lee, la estruja,
la rompe, la bota,
hora: H30
día: setembre J

Refiriéndose así a las siglas del desembarco de las fuerzas aliadas. Luego la carta de Montgomery a la Saboyanina, etc. Y ya en el tercer acto los acontecimientos se vinculan a la censura del momento:

La comisione de la censura
se agita inquieta
se ruboriza,
lanza un decreto con gran premura
y el acto cuarto desautoriza.
Dice el decreto con entereza,
que se prohíbe per inmorale
mostrar nel cuarto, con gran crudeza,
la rendicione incondicionale.

Conviene recordar que todo esto sucedía mientras Pardo se dedicaba a tiempo completo al servicio de la Medicina pública. La escritura y el humor fueron compañeros inseparables durante toda su vida.

El inicio de una carrera literaria

El romance y El Cid

Isaac Pardo publica su primer ensayo de investigación literaria en el N° 36 de la *Revista Nacional de Cultura*, correspondiente a enero-febrero de 1943. El tema era “Viejos romances españoles en la tradición popular venezolana”. Este mismo ensayo, revisado y con dos apéndices adicionales, se publicó de nuevo en *Archivos Venezolanos del Folklore*, Año IV-V. Tomo III, n° 4, 1955-56. Posteriormente esta última versión se recogió en *La Ventana de Don Silverio*, publicado por Monte Ávila Editores en 1978.

Aquí se aprecia ya la vena de investigador que caracterizó la obra literaria de Pardo, así como el interés por el origen de lo que va a ser la nación venezolana, presente en su libro *Esta tierra de gracia*.

Inicia este ensayo, muy significativamente, recordando a Bernal Díaz del Castillo quien, en su *Conquista de Nueva España*, menciona que “allá por el año de 1519 y navegando por las costas de México, llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero (...) y recitó a Cortés unos versos frente a las costas mexicanas que “eran el eco en ultramar de un poderoso canto que llenaba en aquellos momentos el ámbito de España y expresaba (...) la quintaesencia de su alma: los romances”.

Desde la infancia, en que su madre le recitaba el *Cantar de Mio Cid*, la presencia del romance nunca lo abandonó. Todo romance, en sus particularidades formales, de una u otra forma, desciende del *Poema de Cid*. Pardo resalta este hecho, tanto en palabras de don Andrés Bello como de Menéndez Pidal.

Aparte de la conexión emotiva que Pardo pudo tener con el romance, está también el reconocimiento de su importancia en relación a la historia de España y al momento del Descubrimiento.

Aunque en la segunda mitad del siglo XVII decae el interés por el romance, a Pardo le sigue interesando por el vínculo que tiene con los pliegos a bajo costo y no sujetos a la censura, que llegaban a las colonias. Aunque en Venezuela, de acuerdo a sus consultas, no han quedado rastros de esos pliegos, Pardo dice en ese ensayo que “el romance arraigó dondequiera que se habló español”. En la América Española, los que más estudiaron su difusión fueron los colombianos “don Rufino José Cuervo y don José María Vergara”. Menéndez Pidal realizó en 1903 diversas “investigaciones sobre el romance por diversos países de América”, pero en ellas no hace referencia a Venezuela.

La amistad con Menéndez Pidal

La publicación de este ensayo le valió la amistad con Menéndez Pidal, quien solicitó que le enviaran el ensayo. Hubo un primer contacto por correspondencia en el que Menéndez Pidal le “correspondió con un retrato suyo y una dedicatoria animándole a que siguiera en la investigación sobre el romance”. Años más tarde, en 1968, cuando él y Mercedes viajaron a Europa, en Madrid lo conocieron personalmente. Tenía ya 90 años. Pardo guardaba un recuerdo sobrecogedor y extraordinario de aquel encuentro. Cuenta que “era un hombre pequeño. Me dijo que él estaba interesado en ciertos problemas de la Conquista venezolana, las encomiendas”, pero no conocía ningún trabajo sobre ese tema. El doctor Pardo le consiguió algunos y se los envió. A ambos les unía por encima de todo “su devoción cidiana”. Menéndez Pidal era considerado “el padre de *El Cid*”. “No se podía escribir sobre *El Cid*

sin pedirle permiso a Menéndez Pidal”. En ese encuentro Pardo le manifestó a Menéndez Pidal el deseo de salir desde Burgos y “hacer todo el recorrido de *El Cid* hasta Valencia”. La lectura de *El Cid* de Menéndez Pidal fue un incentivo para que escribiera unos “borradores, que no sé si los llegué a terminar, posiblemente no, sobre el episodio de ‘Las Arcas de Arena’, donde *El Cid* les enseña a unos supuestos judíos unas arcas rellenas de arena como si estuvieran llenas de oro”. Este episodio fue un asunto muy debatido que trajo enfrentamientos.

Él siempre insistió que el héroe que él admiró primero, antes que Pinocho, fue *El Cid*. “Y, por supuesto muchísimo antes que Salgari y que todos esos escritores, antes que Julio Verne; esos vinieron muy tarde para mí. Mi héroe era *El Cid* y lo ha sido toda la vida”. El contacto con Menéndez Pidal desde el año 1943 lo impulsó a familiarizarse con el *Cantar de Mio Cid*. De joven siempre le había parecido una tarea imposible, a pesar de la devoción que le inspiraba. Llegó a dominarlo de tal forma que en los últimos años de su vida yo le escuché recitar, tanto *El Cid* de Zorrilla, como la primera parte del *Cantar* en español antiguo. Mercedes le pedía a Isaac cuando iban de paseo al Parque del Este que le recitara a Garcilaso, a Antonio Machado, al *Cid*. Le solía decir: “Mira Isaac, hoy no hemos matado a Don Guido, vamos a matar a Don Guido”. Ella admiraba mucho la emoción que transmitía Isaac al recitar y le decía: “Mira, Isaac, la entonación que tú pones en la expresión cuando tú lees o recitas, tienes que enseñársela a tu nieta chiquita, porque eso no se lo va a enseñar nadie, nadie”.

La fundación del diario *El Nacional*

En agosto de 1943 se funda el diario *El Nacional* y él se convierte en columnista del mismo de manera consecutiva, al menos hasta 1958. Su columna se llamaba “La ventana de Don Silverio” y algunos de esos textos, conjuntamente con el ensayo al que hicimos referencia anteriormente, así como “Rasgos culturales del siglo XVI en Venezuela”, perteneciente a un ciclo de conferencias organizado por la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Vene-

zuela en 1955, al igual que “José Antonio Maitín y su Canto Fúnebre”, publicado originalmente en la *Revista Nacional de Cultura*, 121-122 en marzo-junio 1957 y “Dos obras sobre Juan de Castellanos”, editado como Información Bibliográfica en el *Boletín de Historia y Antigüedades* de la Academia Colombiana de Historia, Bogotá. Vol., LX, N° 701, julio-septiembre de 1973 con la adición de Notas y Apéndices, se recogieron en el libro *La Ventana de Don Silverio*, publicado por Monte Ávila en 1978.

Ministro por minutos en el trance del **derrocamiento de Gallegos**

El golpe del 18 de Octubre de 1945

El pacto de Medina con Acción Democrática en torno a la candidatura de Diógenes Escalante, y la posibilidad a corto plazo de implantar el voto directo y secreto, se viene abajo ante la inminente enfermedad incurable de Escalante. Medina propone entonces a Ángel Biaggini, también tachirense, pero este abogado, considerado con poco peso político, no cuenta con la aceptación de Acción Democrática, que además cree que el regionalismo no debe ser la cualidad primordial. Medina, por otra parte, tenía que jugar muy bien las cartas por la fortaleza que aún conservaban los seguidores del antiguo régimen, y quizá esa es la razón por la cual se inclinara por un andino y también por la cual pensó que todavía no era el momento oportuno para establecer el voto popular y lo pospone para el período siguiente.

Toda esta serie de circunstancias inciden en que un grupo de militares formados en academias del exterior, junto a varios líderes de AD, que desde hacía un año habían formado la Unión Patriótica Militar, irrumpen el 18 de Octubre de 1945 contra el Presidente Medina. Rómulo Betancourt, de treinta y siete años, queda como Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, al lado de militares como Mario

Vargas y Carlos Delgado Chalbaud, al igual que integrantes de AD como Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Gonzalo Barrios y Edmundo Fernández. Todo esto vino acompañado de revanchas y saqueos en contra de los medinistas.

Esta fecha continúa siendo motivo de polémica en la historia nacional. Pardo ha dicho que él no estuvo de acuerdo con ese golpe. Pero también ha dicho que, de acuerdo a un testimonio de Gonzalo Barrios, Gallegos tampoco estuvo de acuerdo con ese hecho. Según Pardo, no podía estarlo porque esa acción él la había “condenado sistemáticamente desde *Reinaldo Solar* y la condenaba nuevamente en *Cantaclaro* y en *Pobre Negro*: el uso de las armas. En esa actitud lo acompañábamos muchos de los que fuimos sus discípulos”. Mientras estaban presos en el Castillo de Puerto Cabello en la época de Gómez, una de las cosas que conversaban continuamente era que “la lucha política no era posible continuarla pensando en los alzamientos, en eso que se llamaba aquí ‘revoluciones’, que eran, simplemente, alzamientos, matanzas de camerinos para adueñarse del poder y para que las cosas quedaran exactamente igual con otras personas; había que cambiar el sistema, había que cambiar los conceptos que teníamos”. Lo ocurrido con ese golpe lo vio Pardo como “un paso hacia atrás en la trágica historia de Venezuela”. En las conversaciones recogidas en *El Otoño luminoso de Isaac J. Pardo* me lo relató así:

Yo no estuve de acuerdo con el 18 de Octubre. Yo hice oposición al 18 de octubre; de eso me quedó una posición muy mala con AD. Yo publicaba artículos y tuvimos una polémica muy agria en El Nacional. Ellos llegaron a una insolencia increíble, incluso en El País, que era el periódico de ellos. Allí había un caricaturista, y un día se le ocurrió poner una caricatura de un individuo con una bata blanca y un gorro, con un letrerito que decía: ‘El doctor Isaac Pardo, candidato a preso político’. Entonces yo escribí una carta de una violencia tremenda a Luis Estaban Rey, que era el Director, diciendo que yo lo conminaba para que él explicara públicamente qué significaba que un partido, que se decía democrático y que estaba luchando por la democracia, amenazara a una persona con hacerla preso político. Eso es una vergüenza. Ellos lograron

apartarnos a Gallegos y a mí con desidias y con verdaderas canalladas. Entonces yo fui muy prudente y me aparté.

Este quiebre, por el hecho de que Gallegos formara parte de AD, significó la ruptura de una amistad entrañable que provenía de los años del exilio en España.

El vínculo con Rómulo Gallegos. La etapa en España

Desde la época en que Gallegos era director en el Liceo Caracas y Pardo estudiante, hasta el reencuentro durante el exilio en España, Pardo no había vuelto a tener contacto con Gallegos. Cuando en 1929 aparece *Doña Bárbara*, Gómez queda fascinado con la obra y en 1930 lo nombra “senador por el estado Apure”. Gallegos toma la decisión de viajar a Guayana para recopilar información para una novela sobre la selva y, de ahí, se traslada de inmediato a Nueva York desde donde “envía una altiva carta de renuncia a la canonjía de senador con la que pretendía comprarlo Juan Vicente Gómez. Y en 1932 se traslada a Barcelona, en España, y ocupa un apartamento en el edificio 193 de la calle Muntaner”.

En Barcelona estaba su editor, Araluce, y estaban también algunos de sus antiguos alumnos del Liceo Caracas. Además de Isaac Pardo, se encontraban Simón Gómez Malaret, Jesús Lavié y Nelson Himiob. Gómez Malaret y Himiob fueron como huéspedes al 193 de la calle Muntaner, de manera de aliviarle los costos a Gallegos y beneficiarse ellos. Ese apartamento se convirtió en el lugar de encuentro en el que se hablaba de la República española y de lo que acontecía en Venezuela. De nuevo se hacían presentes las ideas de lo discutido mientras estaban presos en el Castillo de Puerto Cabello. “Esas ideas fueron las que formaron el eje de nuestras conversaciones políticas con Gallegos: la necesidad de crear el órgano político, de formar el partido, de formar la ideología”. Y por supuesto, también hablaban de literatura. Ese fue el inicio de “una estrechísima amistad entre nosotros y su esposa, doña Teotiste Arocha”.

En 1934 Gallegos va a Madrid a trabajar “para las máquinas registradoras Nacional; allí lo acompañan José Tomás Jiménez Arráiz [...], Gon-

zalo Barrios, los hermanos Enrique y Manolo García Maldonado”. Cuando Isaac Pardo va a Madrid a hacer el doctorado se vuelve a reunir con Gallegos. “Pasaba casi todo el tiempo libre junto a él”. Iban a un bar en la Gran Vía madrileña que se llamaba *El Sahara*, en donde tenía la peña Don Jacinto Benavente. “Ahí la gente se sentaba a tomar cerveza y a hablar. Un día le dije: ‘Rómulo, vamos a acercarnos para oír’. Él me dijo: ‘No, chico, déjame tomarme mi cerveza en calma aquí’. No tuvo contacto con nadie del mundo literario”.

Isaac Pardo tiene muchas anécdotas sobre su estadía en España con Rómulo Gallegos. Cuenta que Gallegos tenía una energía tremenda pero una gran vacilación en torno a su propia obra. “Rómulo una vez estuvo a punto de tirar los originales de *Doña Bárbara* al mar cuando los llevaba a imprimir, y los salvó doña Teo”. A su editor Araluce le retiró los originales de *Cantaclaro* el día que éste le ofrecía un agasajo por esa obra. De nuevo Doña Teotiste lo convenció para que se los devolviera. Pardo achaca estas “dudas sobre su propia obra, porque tenía una crítica de sí mismo muy fuerte”. También era muy retraído. En los momentos en que salían a tomarse una cerveza y entraban en contacto con las tertulias literarias, Gallegos no quiso nunca acercarse, ni siquiera a conocer a Valle Inclán, a quien Enrique García Maldonado quería presentarle. Me cuenta que decía: “A mí de Valle Inclán no me interesan sino sus libros”. Sin embargo, cuando lo conminaron los militares, no tuvo ningún tipo de dudas, acudió sólo y sin espalderos.

Cuando, muerto Gómez, López Contreras invita a Gallegos a ocupar el Ministerio de Educación, dice Pardo que éste “entra en un trance de inquietud, de indecisión, de ansiedad tremenda”. Finalmente aceptó, y Rafael Vegas e Isaac Pardo lo acompañaron en Barcelona hasta que embarcó para Venezuela.

El reencuentro en 1947

Luego de la llegada de los Pardo a Venezuela, siguieron frecuentando a Rómulo y Doña Teotiste. Por cierto, Pardo nunca pudo tutear a

Gallegos, pero sí llamarlo Rómulo. Hablando de la personalidad de Gallegos, Pardo relata que en tiempos del presidente Medina:

Un martes de Carnaval, invitamos a comer en casa a Rómulo, a Rafael Vegas entonces Ministro de Educación, y Elías Toro, Vicerrector de la Universidad Central, con sus respectivas esposas. No recuerdo por qué razón no estuvo presente doña Teo. Hubo tragos antes de la comida y vino en la mesa, de modo que al terminar ya tarde, decidimos disfrazarnos e ir de juerga. Acudimos al famoso Puértolas, que tenía el monopolio de disfrazar a todos los parranderos de Caracas; allí eligió Gallegos una toga y un birrete profesoriales. A los demás nos arregló Puértolas como pudo, pues por el día y a esa hora casi no quedaban disfraces disponibles, y fuimos a parar a un salón de baile llamado Star Light. Todo iba sin tropiezos hasta que Gallegos, sofocado por el calor, se quitó la careta. Aquello fue el acabóse. Corrió la voz: "Rómulo Gallegos, Rómulo Gallegos!" La gente se apiñaba en torno a nuestra mesa y todas las mujeres querían bailar con él. Rómulo, con cara compungida, rogaba a nuestras esposas "¡No me abandonen!", pero se divirtió una barbaridad.

La emoción con la cual Pardo hablaba de Gallegos muestra el fervor y la amistad que los unió. El recuerdo de las conversaciones sostenidas en Barcelona y en Madrid, en torno al compromiso de construir una nación, era un tema recurrente en los diálogos a los que he hecho referencia y que sostuve con él al final de su vida. Gallegos, por su parte, siendo ya Ministro de Educación de López Contreras, acudió a Rafael Vegas y a Isaac Pardo, que todavía estaban en Barcelona, para hacerlos cargo de una misión a cada uno. "A Vegas, un estudio sobre la infancia abandonada y otro a mí sobre higiene escolar". De esa propuesta salió la Casa de Observación de Menores y la "Cartilla Permanente de Higiene Escolar, que seguía al niño durante toda la primaria".

Quizá esto explica el dolor del distanciamiento que se creó a raíz del 18 de Octubre de 1945. El reencuentro luego de esa fecha se dio, siendo ya Gallegos Presidente en 1947, a raíz de la inauguración del Sanatorio Antituberculoso en Maracaibo por el propio Gallegos. Como Pardo pertenecía a la División de Tuberculosis del Ministerio, "hubiera sido una cosa muy mal vista en el Ministerio, sobre todo con el doctor

Iturbe, mi amigo y colega, que había sido el gran luchador, que yo no estuviera presente en la inauguración”. Pardo asistió pero se apartó completamente del grupo oficial, sin ni siquiera saludar a Gallegos.

Después nos fuimos todos en cambote a un gran salón de un bar; entonces, en un extremo estaba él con todo su grupo que lo acompañaba, y yo me coloqué en una mesa en el otro extremo y pedí una cerveza. De pronto él me vio, entonces se apartó del grupo, cruzó toda la sala y se sentó al lado mío, y le dijo al camarero: “una cerveza”. No hubo ni una palabra de explicación ni de nada y volvimos a la misma situación de los dos solos bebiendo cerveza en Madrid. (...) Esa amistad la querían terminar, y lograron hacerlo, pero desde ese momento yo seguí al lado de Gallegos y estuve a su lado en el momento del golpe; la persona que estaba al lado de él cuando le dijeron que le habían dado el golpe, era yo.

Esto sucedió en 1948, el 24 de noviembre, casi a mediodía, me convocó a su casa para ofrecirme el Ministerio de Sanidad en un nuevo Gabinete, con el cual esperaba él superar la crisis. Estábamos solos Gallegos y yo en la salita de la Quinta Marisela cuando Pedro Gallegos, su hermano, llegó para anunciarle que se había producido el golpe de Estado y que varios ministros estaban presos. Hoy soy la única persona que puede dar testimonio de aquel momento tan grave.

Cuando llegó esa noticia, ya Pardo había aceptado el Ministerio por eso, cuando Gallegos le insistió a Pardo que se fuera ante la situación que se vivía y le dijo:

“Vete”. Yo le dije: “No, yo no me voy, yo me quedo con usted”. Me insistía diciéndome: “Chico, pero ¿por qué te vas a exponer tú?” Le respondí: “Porque moralmente yo soy Ministro de usted, oficialmente no lo soy, usted me propuso que fuera su Ministro y yo le dije que sí, yo soy su Ministro, y como su Ministro yo acompaño a mi Presidente”, entonces me dijo: “Y de qué le sirves tú a mi familia en un calabozo?” Le respondí: “Usted tiene razón, dígame ¿qué debo hacer?”.

Lo volvió a ver en la “Academia Militar, donde lo habían confinado”, como médico antes de ser deportado al exterior, pero ni siquiera le

permitieron ir a despedirlo. Años más tarde, en la celebración de sus ochenta años, Pardo y Mercedes, su esposa, lo acompañaron. Gallegos tenía “el aspecto muy desmejorado, estaba haciendo chistes. Pero ya no era el mismo”.

La incursión en la política: **URD**

Uno de los mayores aciertos políticos del gobierno de Medina Angarita fue la legalización de las organizaciones políticas y la apertura hacia la formación de partidos políticos, incluyendo la aceptación del Partido Comunista. Cuando, luego del golpe del 18 de Octubre de 1945 Medina es derrocado, Isaac Pardo y Elías Toro fundan Unión Republicana Democrática en 1946, teniendo en mente también el recuerdo de la República española. URD se crea con la idea de una concepción liberal democrática y de respeto a la dignidad humana, y como apoyo también a la labor de apertura que había realizado Medina. URD, según Manuel Caballero, “reúne a la gente del medinismo”, y Manuel Rafael (“Manolo”) Rivero dice que “se convierte en el ala luminosa del PDV, Partido Democrático de Venezuela”. Caballero opina que el retiro de Isaac Pardo y de Elías Toro de URD se debió a que “Jóvito se metió en una conspiración con Juan Pérez Jiménez”. Rivero cree que Jóvito representaba “una actitud ideológica y de praxis política diversa a la de los fundadores”.

A Isaac Pardo nunca le gustó hablar de la fundación de URD. Cuando le pregunté de manera directa si él fue uno de los fundadores de ese partido, la respuesta fue: “Sí, ese fue un disparate que cometimos.

Fundamos URD. Elías Toro era el iniciador de eso y después los verdaderos fundadores nos retiramos todos juntos de URD". Cuando yo le pregunté sobre Jóvito Villalba, pensando que había sido uno de los fundadores, él respondió:

No, a él se le invitó posteriormente a que se integrara con URD y ahí fue que empezaron las disensiones. "No hubo sangre que llegara hasta el río", como dicen, ni mucho menos, sino distintos puntos de vista entre las dos directivas, la directiva de Villalistas y la verdadera directiva de URD. Nos reuníamos en la casa de Elías Toro y el planteamiento fue muy sencillo: "Nosotros los hemos convocado a ustedes para plantearles la siguiente situación, ustedes se van de URD o los fundadores de URD se van". A lo que nos respondieron: "¡No, chico, ésa es una locura!" Yo añadí: "Un momento, nosotros no vamos a discutir, nosotros no los hemos invitado a discutir. No estamos dispuestos a oír posibilidades ningunas. O ustedes se van de URD o nosotros nos vamos".

Como la petición no fue escuchada, los verdaderos fundadores se fueron. Dos o tres de los que llegaron posteriormente, pero que no fueron los fundadores, se quedaron con Villalba. "Pero, de los fundadores nos fuimos todos. [...] El disparate fue la fusión con Villalba". Años después, luego de la caída de Pérez Jiménez, el mismo grupo que originalmente fundó URD creó Integración Republicana. Pardo sostiene que:

No era un partido, sino una agrupación de opinión. Nuestro propósito fue el de aunar las voluntades, porque cuando cayó Pérez Jiménez empezaron los roces, no sólo de partido a partido sino intrapartido. Dentro de Acción Democrática había enfrentamientos y, en ese momento, eso era una cosa inaceptable. Había que procurar una unión, una concordia, y ésa fue nuestra misión y una vez elegido Rómulo Betancourt, y muerto Elías Toro, resolvimos disolverlo. Ya nuestra misión se había cumplido. Las reuniones de los partidos se hacían en Integración Republicana como territorio neutral, y el moderador elegido por ellos, no impuesto por Integración Republicana, fui yo. Yo era el moderador de las reuniones y siempre en esas reuniones estaba la deslealtad amarga del grupo de Jóvito. Qué lástima, nunca llegaron a nada. Fueron arrastrados allí para que les dieran

puestos. No llegaron a alcanzar ningún brillo. En URD yo comprobé que yo no tenía madera política. Sencillamente que no me gustaba y punto.

El 7 de enero de 1947, coincidiendo con todo aquel clima político, nace su hija Esperanza.

La amistad por encima de todo

Nosotros éramos heterogéneos

En una oportunidad, cuando le pregunté sobre su relación con Arturo Usler Pietri, me respondió que “Arturo formaba parte de otro grupo. Él desde muy joven demostró sus manifestaciones literarias y éstas lo llevaron más a grupos literarios. Nosotros no, nosotros éramos heterogéneos”. Quizá este carácter de heterogéneo hace difícil escribir su biografía de manera lineal. Quiero insistir y recordar que mientras el doctor Pardo participaba en *El Morrocoy Azul* e investigaba sobre el romance, escribía *Esta Tierra de Gracia* y se dedicaba a tiempo completo a sus labores de médico cirujano. Todo esto lo estuvo haciendo durante dos décadas.

Resulta difícil imaginar a Isaac Pardo sumergido en el quirófano, atendiendo pacientes, organizando el Departamento de Tuberculosis como jefe de servicio de El Algodonal, investigando en revistas especializadas y escribiendo textos de su especialización; asistiendo a Congresos de Medicina; poniéndose al día sobre los últimos descubrimientos en lo relacionado a la cirugía torácica pulmonar y a los fármacos para combatir la enfermedad, al mismo tiempo que se ocupaba de fundar un partido político como URD, de lo que pronto se arrepintió.

Investigaba en el campo filológico y en los orígenes de la nación venezolana en la escritura de *Esta Tierra de Gracia*, a la vez que se ocupaba en buscar a quién le iba a dirigir esa semana la chapa en *El Morrocoy Azul*; todo ello sin abandonar la disciplina de su columna semanal en *El Nacional*, y sin dejar nunca de lado las asiduas tertulias con los amigos. Todo esto y más atendió Isaac J. Pardo durante dos décadas.

La amistad fue siempre un elemento central para Isaac y su esposa Mercedes. La confraternidad que se generó en la época del exilio se mantuvo y se amplió a la llegada a Venezuela. Mercedes me comentó que una vez un primo hermano suyo, a quien quería mucho, le dijo que su mujer estaba enferma y ella le respondió: “Chico, ¿por qué no me habías avisado?” A lo que él le contestó: “Mercedes, es que como el grupo de ustedes no hay ningún otro igual en Caracas, porque, primero, no han tenido un desagrado entre un matrimonio y otro, y hay que ver la diversidad de matrimonios que van ahí”. Mercedes me confirmó:

Nunca tuvimos un sí ni un no. Allí había diferentes caracteres, profesiones, de hombres, de mujeres, y todos nos entendíamos. Éramos hermanos de corazón y de alma. Yo recuerdo un día que nombraron a Antonio Arráiz, cuando fueron las primeras votaciones de Venezuela, en tiempo de Medina, para concejos municipales, y salió electo Antonio Arráiz. Entonces nos llama Josefina, su mujer, y nos dice: “Imagínate tú lo que me está pasando, que Antonio ha sido electo y que el Presidente Medina viene a visitarme esta tarde, ¿qué hago?” Le dije: “No te preocupes, ¿qué necesitas?” Y echamos a correr todas nosotras a ayudarle a arreglar la casa, a llevarle sillas, a ponerle una lámpara que le hacía falta, a organizar el obsequio que se le podía dar a Medina. Ése fue el momento en que conocimos a Medina.

Isaac Pardo, quien nos acompañaba durante aquellas asiduas conversaciones que yo solía sostener con ellos, me dijo:

Ésa fue la única vez que yo hablé con Medina mientras él fue Presidente. Luego, durante la dictadura de Pérez Jiménez [...] yo fui a Estados Unidos, enviado en cierto modo por el Ministerio de Sanidad, y entonces yo establecí un contacto amistoso con Medina, que

conservé hasta su muerte. Al llegar Medina a Caracas, una de las primeras personas que fueron a su casa fui yo. El pobre ya estaba inválido. Estuve en su entierro.

Desde la perspectiva de ya pasados los ochenta años, al recordar aquella época y al recordar a amigos valiosos, una palabra le vino a la mente, “amable”, y me dice:

Hay una palabra “amable” que se usa en el sentido de gentil. Se piensa que una persona amable es una persona de buen trato. Amable quiere decir una persona digna de ser amada, una persona tratable es una persona con la cual se puede tratar. Yo digo que hemos tenido la suerte de tener a nuestro alrededor a algunas personas amables como Joaquín Gabaldón Márquez, por ejemplo. Ésa era una persona verdaderamente amable, digna de ser amada. Oswaldo Rodríguez, a quien llamaban “la guaquita Rodríguez”, era un individuo increíble. ¡Qué inteligencia! ¡Qué capacidad! Fue íntimo amigo del maestro Sojo. Ellos eran ambos noctámbulos y paseaban juntos de noche. Él recibía lecciones de música del maestro Sojo y llegó a componer piano. No dejó nada hecho pero logró dominar el piano. Era la persona querida del maestro Sojo.

Entre sus amigos estaban Humberto Díaz Casanueva y Alejo Carpentier. Él “era un hombre sumamente simpático, muy sociable”. Menciona también a Mariano Picón Salas, excelente amigo, y “hombre muy valioso”. Recuerda que con Mariano hacían teatro e ingeniaban inventos. “Él era muy mentiroso, hacía muchas trampas. Con él nos divertíamos mucho”. Sobre Miguel Otero Silva, dice que la relación de amistad fue “una cosa excepcional. Pero no sólo por mí sino por Mercedes. No era amistad, era una cosa fraternal”. Y no hablemos de Rafael Vegas, compañero entrañable desde la época del exilio. Elías Toro, con quien Pardo inició la cirugía torácica pulmonar en Venezuela, “tuvo la desgracia de enfermarse muy joven y entonces él era el que recibía en su casa. A aquella casa llegaban los amigos de la infancia”.

Los hijos de las placitas

Mercedes Pardo guarda la memoria de que cuando ella e Isaac salían

de noche a pasear o al cine, a la salida pasaban a veces por casa de Elías para ver si había luz, incluso a las once de la noche. Si había luz tocaban y “encontrábamos allá a los Arráiz, a los Palacios, a cualquier otro amigo y nos quedábamos en tertulia hasta la hora que fuera. Para nosotros, Elías era más que un hermano, era un personaje”. Recuerda también que “Elías Toro y nosotros jugábamos en la Plaza El Panteón” de chiquitos. Ahí Rafael Vegas les vendía las conservitas que hacía la cocinera de su casa. “Le comprábamos de a centavito las conservitas que hacía la vieja. ¡Éramos de una amistad!”.

En 1950, en uno de sus artículos de prensa de *El Nacional*, titulado “Al margen de Ana Isabel”, Pardo, quizá recordando lo que la “placita” significó para él y su generación, reivindica el papel de las placitas en la reconstrucción de la memoria ciudadana. Ahí dice:

¿Dónde hallar más papeles rotos de romances e historias que en las viejas placitas de Caracas? [...] Se ha hablado de los “hijos de la Enciclopedia”, de los “hijos del positivismo”, hasta de los “hijos de la guerra”. Nosotros fuimos los “hijos de las placitas”. El dato deberán archivarlo los estudiosos por si alguno de nuestra generación alcanza la celebridad y la gloria y por si desean penetrar, siguiendo los vericuetos psicológicos, en la entraña misma del biografiado de mañana.

El murciélago adolescente

Además de las placitas, en la biografía hay que indagar también en el recinto de la casa de la amistad, en las distintas atmósferas de las reuniones entre amigos. Pardo dice que las reuniones eran muy asiduas. “En la casa de Elías Toro nos reuníamos para conversar y cambiar ideas. En la casa de Antonia Palacios, para bromear. Éramos así, como si fuéramos escolares, unos adolescentes”. Una noche en casa de Carlos Eduardo Frías y Antonia Palacios, dijeron: “Esta noche vamos a hacer una reunión de comienzos de siglo, y cada uno se arregla como pueda para interpretar su papel”. En un coche descubierto llegaron “Pedro Rivero y María Cristina Frías, con unos atuendos viejísimos”. Al pasar por Sábana Grande la gente decía: “Adiós carajo, ¿ya comenzó el carnaval?”.

En otra oportunidad hacían cuadros vivos. “Hicimos unos magníficos. Representamos una obra, Hamlet, que provocó en Antonia la ira porque le destrozamos el jardín. Porque para hacer la marcha del bosque, rompimos las ramas de una mata de cayena”. En otra oportunidad se entregaban al juego de las adivinanzas, que consistía, por ejemplo: “haciendo únicamente gestos sugerir una cosa determinada. Un día Josefina Parra empezó a hacer unos movimientos que no entendíamos y le preguntamos: Josefina, nos rendimos, ‘¿Qué es eso?’. Ella respondió: ‘poi si muove’. Imposible adivinar. En esos juegos era donde hacía trampas Mariano Picón Salas”.

Cuenta Pardo que un día, Mariano Picón Salas, Alejo Carpentier y él hicieron de momias y a Alejo le dio un ataque de asma cuando estaba embojotado y hubo que darle auxilio. También recuerda una anécdota que sucedió cuando Carlos Eduardo Frías disfrazado “con unos pantalones de playa, de bañista, sandalias, un platón de latón que parecía de bronce, muy bonito, una cacerola puesta en la cabeza y un gran cuchillo, era un guerrero romano”, salió a abrir la puerta porque sonó el timbre y él estaba cerca, y “un señor al verlo se quedó mudo. Le costó reaccionar y dijo: ‘Seguramente estoy equivocado’. Y se fue en carrera porque debió pensar que esa era una casa de locos: un hombre medio desnudo con una cacerola en la cabeza, un escudo y un cuchillo de cocina en la mano y el traje de baño”.

En algunas de esas reuniones se acostumbraba que alguien recitara y Pardo me comentó que un día él recitó a Garrick, un cómico inglés, muy conocido en la época, un tanto “cursi y romántico”, a quien representó vistiendo un chaleco estrecho y bordado.

Para hablar de lo divino y de lo humano, sin dejar de lado la política, los amigos se reunían a menudo en la proximidad de El Rosal. Ese grupo fue denominado el “Grupo de El Rosal”:

Había personas que se nos acercaban para su admisión en el Grupo de El Rosal. Esto no es grupo, señores, nosotros somos un grupo de amigos que nos reunimos y tratamos de pasarlo bien, tratamos de diversos temas y, por supuesto, la política también la

tratábamos. En ese grupo estaba Elías Toro, Rafael Vegas, Antonio Márquez Cañizales, a quien nosotros le llamábamos Monseñor Castillo. Todo esto eran recuerdos del momento en que estuvimos presos en el año 28. Entonces todo preso tenía un sobrenombre. Augusto Márquez Cañizales era gordo, un hombre reposado, dispuesto siempre a vivir bien. Lo llamábamos “Monseñor”, y a su esposa la llamábamos “La Monsa”. Todavía yo, cuando me dirijo a ella, me dirijo como “La Monsa”. Yo era el “Murciélago” por una circunstancia muy tonta, por una ruana azul que yo me ponía cuando nos llevaban a trabajar en la carretera de Oriente.

El apodo proviene del momento en que luego de los eventos de la Semana de El Estudiante y del tiroteo en el Parque Carabobo en el que le pegaron “un balazo al padre de Inocente Palacios” y no lo mataron de milagro, los detuvieron y los llevaron presos en medio de una lluvia torrencial hasta el día siguiente, cuando los trasladaron a medianoche por la montaña a Guatire o a Guarenas, para evitar el tumulto de las familias que esperaban angustiadas. Como hacía mucho frío, Pardo llevaba puesta una ruana azul. Se dirigían hacia el pueblo de Araira, en donde estaba el campamento. Ahí llegaron al amanecer y al divisar el Araira todos bajaron a beber agua: “Yo venía más atrás corriendo con mi ruana y entre los que estaban abajo, a media luz, uno de ellos dijo: ‘Chico, ¿y quién es ese murciélago tan grande que viene volando?’. Y desde ese momento hasta hoy me quedé ‘El Murciélago’. Para mis amigos, para todos mis compañeros de prisión, para los hijos de mis compañeros, y hasta nietos de mis compañeros. Soy el tío Murciélago de ellos”.

Y Mercedes era la “Tía Murci”. Mariano Picón Salas siempre se dirigía a Pardo como “Murciélago”, incluso en reuniones sociales ajenas al grupo íntimo. Un día Pardo le reclamó el “grito herido” de “Murciélago” en una fiesta en donde estaba la gente sentada en el jardín y ante la angustia de Picón Salas, Pardo le dijo: “Hazme el favor, chico, por lo menos doctor Murciélago”. A lo que Picón Salas respondió: “Tu no cambias, tú siempre eres el mismo”.

1955 año **axial**

Erudito en lenguaje de cuento

En 1955, en pleno período de la dictadura de Pérez Jiménez, se publica la primera obra de Isaac Pardo. *Esta Tierra de Gracia. Imagen de Venezuela en el siglo XVI*, que le vale el premio de Actividades Histórico-Literarias ese mismo año. Posteriormente, en 1956, se le otorga el premio Juan de Castellanos, y el 26 de abril el premio Miles Sherover. *Esta Tierra de Gracia* es el resultado de años de investigación luego de la publicación de “Viejos romances españoles en la tradición popular venezolana” en 1943. En ese mismo año, 1955, aparece también en separata una recopilación del ciclo de conferencias organizado por la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela sobre “Historia de la Cultura en Venezuela”. La separata lleva por título “Rasgos culturales del siglo XVI en Venezuela”. Ese mismo año “es licenciado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social” sin abandonar sus labores en El Algodonal y, finalmente, comienza su desapego del campo de la Medicina para asumir la Presidencia de *El Nacional*.

Con la aparición de *Esta Tierra de Gracia*, Pardo es reconocido, no ya como un cirujano y especialista de renombre, un insigne científico en el campo de la salud pública, sino como una referencia ineludible para

todos los estudiosos sobre el siglo XVI venezolano. En palabras de Miguel Ángel Asturias, *Esta Tierra de Gracia* es “la obra de un erudito en lenguaje de cuento”. Pardo ha dicho y escrito que esta obra:

No es un tratado ni un libro de texto. Comenzó en forma de relatos destinados a mi hijo, que padecía entonces tal y como había padecido yo en mi tiempo, las fatigas de un sistema de enseñanza acartonado. En vez de exangües amontonamientos de nombres y de fechas, traté de darle aquello que apuntaba Américo Castro como esencial cuando se complementan los hechos históricos: “Hay que esforzarse por ver, en unidad de estructura, de dónde arranca y hacia dónde va el vivir”.

Esta cita de Américo Castro define la manera como Pardo va engranando el cuento del origen de la nación venezolana como un relato que atrapa la atención del lector y despierta su curiosidad en torno a unos “hechos remotos que ayudan a explicar y comprender mucho de nuestra personalidad y de nuestra historia”. De la misma manera que la cita de *La Lámpara Maravillosa* de Valle Inclán, que sirve de epígrafe a la Introducción del libro: “Cuando mires tu imagen en el espejo mágico, evoca tu sombra de niño”. Las siete partes en las que está dividido el libro cuentan, como en una historia de hadas, las aventuras y peripecias de esos primeros pasos titubeantes y firmes de los que llegaron, de los que estaban y de los que vinieron después, por las tierras paradisíacas venezolanas. También en la Introducción, Pardo hace notar: “No hay expresión íntima de la vida venezolana que no apunté ya en el siglo XVI. Ni hay problema que no esté planteado entonces en toda su complejidad”.

Este “cuento apasionante” nos conduce de la mano hacia el asombro de las primeras visiones, del primer deslumbramiento, de la visión del Orinoco y de la tierra infinita de su origen. La aventura continúa en las hazañas y traiciones de héroes y colonos en el nombre de Dios hasta llegar a la isla de Cubagua, ahí donde Juan de Castellanos “dice haber visto llevar las perlas a la aduana: ‘Como de trigo sacos al molino’[...] Todo, en verdad, es estupendo, inverosímil, rayano en lo fabulo-

so". El pillaje, antecesor de la viveza criolla está ya presente allí, así como la soberbia que aumenta con la riqueza hasta que todo se acaba. En 1544, el Presidente de la Audiencia de Santo Domingo escribe: "no hay más Cubagua". ¡Con qué amor e inteligencia narra Pardo los peligros del manejo de la inmensa riqueza con la que dotó la naturaleza a la nación venezolana desde el siglo XVI!

Lo que el personaje Martín Tinajero tiene de niño y de cuento está acorde con el narrar "silencioso, manso, recatado y de buen corazón". La mirada comprensiva y "amable" está presente en todas y cada una de las líneas de la obra y, en especial, lo dedicado a la Séptima parte de la misma, a ese crisol de razas que integra el mestizaje: blancos, negros e indios. El capítulo dedicado a los indios estuvo a punto de frustrar el libro. Pardo no acababa de estar satisfecho con el resultado de lo que había escrito y lo destruyó varias veces. Pensaba que:

Tratándose de Venezuela, los indios necesitaban un tratamiento muy especial y les dediqué mucho tiempo, leí todos los estudios, tenía amigos antropólogos que se habían ocupado mucho de los indios, consultaba con ellos. Pues bien, leí todo lo que pude y escribí el capítulo de los indios, y aquello resultó un adoquín, que yo me afligí muchísimo y le decía a mi esposa: "el libro no va a poder salir". Me dijo: "¿Cómo que no va a poder salir?" Le dije: "Sí, porque el libro no puede salir sin el capítulo de los indios y lo que yo he escrito es impublicable. Eso es detestable".

Mercedes, quien estuvo siempre a su lado en todo, le hizo notar su agotamiento y resolvieron irse unos días a la playa. Confiesa que el libro "lo escribí en medio del mayor trabajo de mi profesión, que era médico y cirujano. En el más intenso trabajo escribí yo ese libro". Un amigo llegó a preguntarle que ¿en qué momento atendía el hospital, escribía libros y se ocupaba de su esposa? Escribía de noche y los vecinos "se sentían muy molestos porque yo tecleaba en la máquina hasta muy tarde en la noche".

Luego de unos días en la playa, de ir al mar, caminar por la tarde y descansar en el chinchorro, una mañana se despertó "de humor", se

sentó frente a la máquina y en pocos días escribió el capítulo que hoy integra el libro y que, según él, “era una cosa completamente distinta a la que yo había escrito antes”.

Miguel Ángel Asturias: prólogo y desencuentro

Miguel Ángel Asturias escribió el prólogo del libro, pero los Pardo nunca llegaron a conocerle personalmente. El prólogo lo escribió desde Buenos Aires. Estando en París, en el viaje que hicieron en 1968 a Europa, Miguel Otero Silva les dio el teléfono de Asturias y acordaron una cita para tomar el té con él en su apartamento a las cinco de la tarde. Al llegar encontraron la llave puesta en la cerradura del apartamento y el llavero colgando. Se cansaron de tocar y no respondió nadie. No se atrevieron a entrar e informaron al portero de lo sucedido.

A los tres días salieron de París sin haberlo conocido. Posteriormente, Miguel Otero Silva les contó que Asturias se había quedado muy mortificado porque ese día había salido con su esposa a almorzar. Pardo lo cuenta así:

Olvidó algo, regresó para buscarlo y dejó la llave puesta en la puerta. Toda la tarde estuvieron recorriendo los sitios por donde habían estado a ver si ese llavero se había quedado en alguna parte, hasta que llegaron a la casa y se encontraron con que el llavero estaba en la puerta. No nos encontramos Miguel Ángel Asturias y yo. Ni allí ni en ninguna otra oportunidad. No hubo otra oportunidad.

La casualidad

“La casualidad es la que ha determinado el rumbo de mi vida: mi matrimonio”. Isaac Pardo estuvo convencido de este hecho y el haber llegado a ser Presidente del diario *El Nacional* lo vio también como producto de esa casualidad. Él cuenta que una noche de regreso de ver a un paciente encontró en el carro un libro que le había prestado Elías Toro y que él había prometido devolverle esa noche. Al ver el libro se acordó de que no lo había hecho y pensó: “es tarde, si veo luz entro, si no se lo entrego mañana”.

Había luz en la sala de su casa, entré y me encontré que estaban allá Miguel Otero y María Teresa, nos saludamos y de repente María Teresa le dice a Miguel: “¿Tu ves Miguel?, el hombre que tú necesitas es Isaac”. Le dije: “Un momento, Teresita, ¿por qué estás tú disponiendo de mi vida así de esa manera, sin previa consulta? ¿De qué están hablando ustedes?” Entonces Miguel Otero dice: “Papá se lo ofreció y él no quiso”. Les dije: “Bueno, pero acábenme de aclarar de qué están hablando ustedes”. Dijeron: “De la Presidencia de El Nacional”. Le dije: “Miguel, tú estás en un error, el viejo Otero lo que me ofreció a mí fue la Dirección, que es otra cosa muy distinta”. Para ser Director de un periódico hay que tener una práctica de periódico. No es lo mismo presidir una cuestión, que es más que todo administrativa, que dirigir un periódico.

Pardo pensó en aquella oportunidad que la responsabilidad de dirigir un periódico no la podía asumir sin la experiencia necesaria y que para ello no bastaba con escribir una columna semanal. Miguel Otero Silva quiso saber si él estaba dispuesto a aceptar la Presidencia y Pardo aceptó de inmediato. Al día siguiente, a las siete de la mañana, María Teresa llamó a Isaac, conociéndolo, para saber si la respuesta iba en serio o en broma. Isaac le respondió: “Es lo más serio que tú te puedes imaginar”. Acordaron salir esa noche a comer juntos y en esa comida quedó resuelta la incorporación de Pardo a la Presidencia de *El Nacional*. Les pidió que esperaran un tiempo prudencial para que él pudiera hablar con el Dr. Baldó, preparar su salida del Hospital e informar al Ministerio sobre sus futuros planes. Aceptaron esperar. Pardo piensa: “Si yo no hubiera llevado el libro esa noche a la casa de Toro, no hubiera sido Presidente de *El Nacional*”.

El Nacional y las presiones de la dictadura

La Junta Militar de Gobierno que se origina en 1948 luego del golpe contra Rómulo Gallegos la integran el comandante Carlos Delgado Chalbaud, que fue Ministro de la Defensa de Gallegos, y los comandantes Marcos Pérez Jiménez y Luis F. Llovera Páez. En un principio las intenciones de la Junta, a pesar de su actitud represiva, apuntaban hacia la restitución de la democracia, pero la trágica muerte de Delga-

do Chalbaud, ocurrida en noviembre de 1950, convulsiona y modifica el panorama. Algo ya conocido en la historia se repite: se fabrica una Constituyente y cifras electorales que permiten que el entonces coronel Marcos Pérez Jiménez fuese proclamado el 2 de diciembre de 1952 como cabeza de gobierno.

Tanto durante los primeros años de la Junta como luego, en el período de la dictadura a través de la Seguridad Nacional, las libertades ciudadanas se coartan y con ellas la libertad de expresión. El diario *El Nacional* no escapó a estos hechos. El propio Isaac Pardo comenta sobre algunos acontecimientos que condujeron incluso al cierre del periódico. Pardo cuenta que, en un momento dado: “la propia Junta pagó a un empleado del taller para que metiera una cuña irrespetuosa contra la Junta Militar (...). Era un triunvirato. La cuña representaba a tres cochinitos aludiendo a la Junta Militar. A raíz de eso cerraron *El Nacional* y pusieron preso a Miguel Otero”.

Esta situación la salvó el sindicato ante la amenaza de ver a sus empleados en la calle. “A los dos días apareció una cuña todavía peor en *El Universal*. Entonces el gobierno cerró también *El Universal*”.

Cuando Pardo asume la Presidencia de *El Nacional*, en la época de la dictadura, las dificultades se acentuaron. Y la tarea cotidiana de sacar el periódico se convirtió en un rompecabezas por las presiones de la Seguridad Nacional y de su jefe máximo, Pedro Estrada. Pardo recuerda que en el momento en que Inglaterra y Francia se apoderaron por la fuerza del Canal de Suez y los Estados Unidos intervinieron y los obligaron a retirarse, Pedro Estrada le mandó a llamar para comunicarle que la situación mundial era muy grave y que se tenían noticias de que “la flota inglesa del Atlántico estaba siendo trasladada al Mediterráneo. Se pensaba que era la tercera guerra”. Pardo se sorprendió ante la noticia porque no había recibido ningún cable, ni ninguna información al respecto y le dijo: “Es muy tremenda esa noticia que me está dando usted”. A lo que Estrada respondió: “Pues, mire, yo lo que quiero es pedirle que no alarme innecesariamente al público, sobre todo en los titulares”. Pardo le respondió:

"Pero, señor Estrada, permíteme que se lo diga, usted está equivocado, no es *El Nacional* el que se ha señalado en la ciudad como periódico estrepitoso y de titulares amarillistas. En cuanto a noticias, nosotros no las creamos, a nosotros nos sirve REUTER y otras agencias internacionales, algunas controladas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Nosotros no hacemos ninguna noticia. Pero, de todas maneras yo hoy mismo reuniré a la Junta Directiva y le informaré de esto y pediré que en la redacción sean lo más moderados posible". Cuando salí de allí dije no, esto no es verdad. Llamé a Luis Teófilo Núñez y le dije: "¿Tú has sido convocado a la Seguridad Nacional?" Me dijo: "¿A la Seguridad Nacional? No, y ¿por qué?" Respondí: "No, una pregunta, porque a mí me llamó esta mañana Pedro Estrada". Le pregunté después: "¿Ustedes han recibido alguna noticia sobre movilización de la flota inglesa hacia el Mediterráneo?" Me contestó: "No, por aquí no hay noticia de eso". Llamé a Capriles: "¿Tú has sido convocado a la Seguridad Nacional?" Me respondió también que no. Yo me dije: "Qué cosa más rara ésta; esto es un misterio". Entonces dije: "Bueno, para prevenir vamos a ser muy discretos con cualquier noticia que llegue para no mostrarnos alarmistas". Ésa fue la consigna y así se hizo.

Hasta después de la caída de Pérez Jiménez no llegó a enterarse Pardo del por qué Pedro Estrada lo mandó a llamar. En el momento en que asaltaron y saquearon los archivos de la Seguridad Nacional le llevaron a Pardo el expediente de *El Nacional* en donde se hablaba de un movimiento subversivo que se preparaba contra el régimen en el cual *El Nacional* tenía un papel importante a través de las consignas que transmitía a través de sus titulares en clave. Pardo me dijo que "Eso no era verdad. [...] Los informes de todos los especialistas en criptografía dijeron que ellos no encontraron ningún elemento del que se pudiera concluir la utilización de una clave en los titulares de *El Nacional*".

Preso por unas horas

En otra oportunidad me contó también que estaba en su escritorio y se presentaron dos integrantes de la Seguridad Nacional y lo llevaron preso. Le preguntaron, "¿Es usted el doctor Pardo", les respondí: "Sí, señor, adelante, ¿qué se les ofrece?" "Seguridad Nacional, acompáñeme". Lo metieron en una jaula y lo llevaron a la Seguridad Nacional. Lo despoja-

ron de todo lo que llevaba en los bolsillos y lo condujeron a un salón en donde también estaba “Capriles y el cura de Santa Teresa”, además de otras cuatro o cinco personas más. Capriles tampoco sabía por qué lo habían metido preso. Durante un buen rato, sin que nadie les dijera nada, los tuvieron allí. Ellos veían que en el fondo había personas que entraban y miraban, iban hacia un escritorio que había en el fondo de la habitación, hablaban con la persona que estaba allí y luego salían, y así sucesivamente. No entendían muy bien en qué iba a parar todo aquello hasta que finalmente alguien entró y dijo: “¿Usted es el doctor Pardo?” Él respondió que sí y entonces le dijeron: “Usted se puede ir”. Él pidió que le devolvieran lo que le habían quitado al llegar y de inmediato trajeron un sobre sellado que decía doctor Isaac Pardo, lo abrieron para verificar que su contenido era lo que él esperaba, lo revisó y lo aceptó. Lo que no aceptó fue el transporte para llevarlo a donde él quisiera. Se dirigió de inmediato al periódico tratando de entender lo que había sucedido.

En *El Nacional* trabajaba El Gordo Pérez, un fotógrafo que había mantenido relaciones de amistad con una actriz argentina amante de Miguel Sanz, “una de las figuras más crueles” de la Seguridad Nacional. Esto le permitía contar con informaciones que otros no tenían. Pardo lo mandó a llamar para contarle lo sucedido y de inmediato El Gordo le dijo: “Es que eso fue un reconocimiento”. “¿Cómo que un reconocimiento?” A lo que el fotógrafo respondió: “Es que había una declaración contra tí, y toda esa gente que pasaba de aquí para acá y de allá para acá, te miraba y decía: “Sí es”, o “no es”.

Pelea de tigre contra burro en el ocaso de la dictadura

“En una ocasión, Vallenilla Lanz dijo que *El Nacional* no iba a circular más, a menos que hiciera en la página cuatro una franca adhesión al régimen”. Pardo llamó a Luis Teófilo Nuñez de *El Universal* para informarle, él fue “muy cuidadoso”, y le dijo: “Chico, cómo va ser, esta situación se complica cada día”. También llamó a *Últimas Noticias*, y

aunque ya Miguel Ángel Capriles estaba preso habló con su hermano para decirle que estaba “dispuesto a cerrar el periódico”. A lo que le respondió: “Pero, mira Pardo, mi hermano está preso y cualquier cosa que yo haga aquí la va a pagar él allá en la cárcel”. Pardo entendió y le dijo: “Tu tienes razón”. Se dio cuenta de que “estaba solo”, tomó la decisión de cerrar el periódico. Mandó a llamar al personal y se lo comunicó. Tomó los bonos que tenía de la plata de *El Nacional* que había colocado en bonos de La Electricidad de Caracas para mantenerla produciendo y se los llevó a María Teresa Otero para que los guardara en su caja fuerte por si fuera necesario disponer de ella para atender los sueldos de los obreros. Pasó por su casa para informar de la situación a su esposa Mercedes y del peligro en que estaba. Como no quería dejarse poner preso decidió irse a casa de un pariente.

Me voy a tomar la libertad de transcribir un largo testimonio sobre lo que sucedió después. Me parece valioso recogerlo textualmente, tal y como el propio Pardo me lo narró en las conversaciones a las que he hecho referencia, por la importancia que este hecho tiene, no sólo en la biografía de Isaac J. Pardo, sino en los anales de la historia venezolana. Continúo entonces el relato desde la voz del doctor Pardo:

En la noche llegó la hermana de Mercedes. No quiso ir ella porque sospechaba que la estaban vigilando. Habló con su hermana y le pidió que fuera adonde estaba y me dijera que Pedro Estrada había llamado ya tres veces a la casa a preguntar dónde estaba yo. La última vez que Mercedes habló con Pedro Estrada le dijo: “Pero es que él no ha llegado aquí, él no ha llegado”. Pedro Estrada le dijo entonces: “Si usted sabe dónde está su marido, dígame que me llame a este número”. Ese fue el mensaje que me llevó mi cuñada. Entonces yo pensé que con esa insistencia él era capaz de meterse con Mercedes o con mi hijo para obligarme a mí a entregarme. Mi primo me preguntó qué iba a hacer. Yo le dije: “Yo voy a llamar, pero de otro teléfono, no del tuyo, no te voy a comprometer a tí”. Salí de allí, fui a una bomba de gasolina y llamé. Me atendió él mismo, era directo. Me preguntó: “¿Dónde está usted?” Yo le respondí: “Por aquí.” Él se rió y me dijo: “¿Usted sabe donde vivo yo?” Le respondí: “Pues claro que sí, así como usted sabe donde vivo yo porque somos vecinos”. Me dijo: “Hágame el favor de venir a verme a mi casa esta noche

a las doce de la noche". Entonces yo fui a casa a ver a Mercedes y a decirle que no tenía más remedio que hacerle frente a la situación pasara lo que pasara, pero que yo no podía permitir que ella o mi hijo sufrieran un atropello por culpa mía.

A las doce de la noche yo estaba a la puerta de la casa de Pedro Estrada. Ya nos conocíamos. Me dijo que él no había cenado, que si yo lo acompañaba. Le dije que no tenía inconveniente y me ofreció de beber, pero yo no tomaba, que si quería tomar café. Tampoco quise. Café de noche no tomo porque me desvela mucho. Entonces me dijo: "¿Qué es lo que ha pasado?" Le dije: "Una cosa muy sencilla, que el Ministro de Relaciones Interiores, Laureano Vallenilla, ha dispuesto que el periódico no puede salir a menos que haga una adhesión al régimen a través del periódico, y ante esa situación (...) usted entenderá que ésa es una pelea de tigre contra burro. Ustedes tienen todo el poder, el Ministro de Relaciones Interiores es omnipotente. Yo no tengo fuerza para hacer una guerra en esas condiciones y resolví cerrar el periódico. Nosotros tenemos amigos comunes que le pueden decir por qué Isaac Pardo no hace eso. Yo asumo toda la responsabilidad, de modo que usted dispondrá de mí". Me dijo: "No eso no, si fuera eso yo no le hubiera pedido que viniera usted a mi casa. Ese periódico tiene que salir mañana". Le dije: "Eso es materialmente imposible. Ya es casi la una de la noche. ¿Cómo empezar a la una de la noche?" Me dijo: "Pues ese periódico por encima de todo tiene que salir". Le dije: "Usted me crea una situación sumamente difícil, porque entonces es un enfrentamiento con el Ministro de Relaciones Interiores". A lo que me dijo horrores de Vallenilla Lanz. Yo no dije ni una palabra, lo único que dije es que yo no podía retar al Ministro de Relaciones Interiores porque esa sería una guerra perdida desde el comienzo; que eso era lo que el gobierno quería, pues ya estaba cerrado el periódico y listo. Él insistió en que el periódico tenía que salir mañana.

El gerente era Alfredo Conde Jahn y yo sabía dónde estaba él; entonces lo llamé y le dije que estaba en la casa de Pedro Estrada quien insistía que el periódico tenía que salir sin falta mañana. A lo que me respondió que no era posible. "Eso es lo que yo le he dicho al Sr. Estrada, que a estas alturas no hay ninguna posibilidad". Me dijo que lo llamara dentro de un cuarto de hora. Lo volví a llamar y me dijo: "Bueno, mira, podríamos sacar un periódico no antes de las ocho de la mañana, y muy pequeño". El Sr. Estrada acordó que estaba bien, que saliera como fuera pero que saliera. Entonces yo me di cuenta de que había un enfrentamiento entre Pedro Estrada y Vallenilla Lanz y que yo estaba en la línea de fuego de los dos. De ahí me fui al periódico. Una vez en mi oficina se presentó Sanz, que

era el torturador de la Seguridad Nacional, y me dijo que el periódico no podía salir mañana. Le dije: "Mire, yo vengo en este momento de casa del Sr. Pedro Estrada. Hágame usted el favor de llamarle y decirle que usted ha venido a decirme que el periódico no va a salir". A lo que me respondió diciendo: "No, es que yo no vengo de parte de el Sr. Estrada, sino del Ministro de Relaciones Interiores, y ese periódico, por otra parte, no ha pasado por la censura". Le pregunté que quién era el censor y me lo informó. Yo le pregunté a Sanz que si tenía su teléfono y me lo dio. Llamé y le dije lo que estaba pasando. "Hágame usted el favor de decirme lo que debo hacer". Y entonces ese señor exclamó: "¿Qué lleva la página cuatro?" Yo le respondí que la página cuatro llevaba un artículo de fulano de tal sobre tal cosa, la caricatura. Me dijo: "Bueno, ese periódico puede salir". "Pero, ¡un momento! no me lo diga a mí, dígaselo usted al Sr. Sanz, que es el que está aquí en nombre del Ministro de Relaciones Interiores y es el que está diciendo que el periódico no puede salir", y le pasé la bocina. Luego Sanz dijo que estaba bien, que el periódico sí podía salir y salió al día siguiente. Por supuesto, toda Venezuela se enteró de que había pasado algo muy serio porque en el interior no había llegado el periódico. Vino a llegar por la tarde, con unas doce páginas por lo que la gente se dio cuenta de que estaba sucediendo algo.

Eso fue todo un proceso que se me fue confirmando en los pocos días que siguieron, que había un enfrenamiento decidido, una guerra a muerte entre Pedro Estrada y Vallenilla Lanz. Pedro Estrada lo que estaba buscando era el Ministerio de Relaciones Interiores. Vallenilla Lanz era un hombre de confianza de Pérez Jiménez, pero no tenía el equipo que sí tenía Pedro Estrada. Posiblemente él se decía: "Esa situación crítica no la puede resolver Vallenilla, pero yo desde el Ministerio o con el instrumento de la Seguridad Nacional sí puedo hacerlo y entonces voy a ser la cabeza del gobierno de Pérez Jiménez". No habían pasado cuarenta y ocho horas cuando una mujer conocida, muy allegada a los Estrada, a la esposa de Pedro Estrada, a Peter, como lo llamaba ella, me dijo: "Ya sé que estuviste en casa de Peter". Le dije: "Pero qué bien informada estás tú, qué fuente de información buena tienes". "Por cierto —me dijo—, que después de que tú te fuiste, su esposa, Alicia Parés, le preguntó a Peter. "¿Y quien es ese señor que tú has hecho venir a esta hora aquí?" A lo que Pedro Estrada contestó: "Ése es uno de los hombres más ilustres de Venezuela". Entonces me dijo Alicia que si yo quería conocer más íntimamente a Peter. Le dije: "No, mira, realmente no. Mientras él sea el Jefe de la Seguridad Nacional, no me interesa conocerlo. Me interesaría mucho si Pérez Jiménez lo destituye y él se indignara; entonces me interesaría muchísimo conocerlo". A las treinta y seis horas cayó Pérez Jiménez.

La caída de Pérez Jiménez y la transición

Isaac Pardo continuó todavía unos meses en la Presidencia de *El Nacional*. Vivió, desde esa tribuna privilegiada, los acontecimientos de la transición hacia la democracia. Además, se involucró en el proceso de transición constituyendo Integración Republicana como grupo de opinión dirigido a aunar voluntades en un momento en el que lo que hacía falta era la unidad de las fuerzas vivas por encima de intereses particulares. Había que promover la concordia. En los meses anteriores al 23 de Enero de 1958, las luchas intestinas dentro del perézjimenismo condujeron, entre otras cosas, al colapso del mismo. No se podía permitir, que una vez conquistada la libertad, la discordia entorpeciera la vía democrática.

Sobre el momento inmediato a la caída, tanto Isaac Pardo como Mercedes su esposa tienen testimonios que vale la pena relatar. Cuenta Pardo que Vallenilla Lanz se metió en la Embajada de Holanda y Pedro Estrada en la de Santo Domingo. El Embajador de Holanda le informó a Vallenilla Lanz que al no existir tratado entre Venezuela y Holanda que permitiera proteger el asilo, él se vería obligado, si el nuevo gobierno lo solicitaba, a entregarlo, por lo que le sugirió trasladarlo a la Embajada de Brasil. El propio Embajador lo acompañó y dice Pardo que posteriormente el Embajador de Holanda hizo “el comentario de que pocas veces había visto a tres hombres más asustados: Vallenilla, él mismo y el Embajador de Brasil”. Pardo recuerda también que la salida de Vallenilla Lanz de Venezuela le costó la vida a Fernández, muy amigo de Vallenilla, quien lo recibió luego de la Embajada de Brasil.

Se lo llevó a un hato en donde tenía una avioneta, lo llevó a Curazao, lo dejó allá y Fernández bajó y volvió a salir. Él no quiso que lo registraran ni que quedara la constancia de que él lo había ayudado. Se le olvidó ponerle suficiente gasolina a la avioneta y se mató de regreso.

La señora Mercedes recuerda la alegría que produjo la caída de Pérez Jiménez cuando el Dr. Pardo la llamó para informarle y pedirle que fuera a *El Nacional* a encontrarse con él:

Eran como las doce de la noche. Yo solté el automóvil donde pude y fui hasta El Nacional. Empezamos a recorrer las calles de Caracas. La gente bajaba de los cerros. En El Silencio era como una especie de día de carnaval, pero de alegría. Fue fabuloso, verdaderamente. Yo vine llegando a casa a las diez de la mañana. La felicidad fue una cosa increíble, cuando abrieron las puertas de las cárceles, de la Seguridad Nacional. Fue emocionantísimo. La casa de Pérez Jiménez la saquearon enterita.

Luego de ese intenso período Isaac y Mercedes se tomaron unas vacaciones y se fueron a descansar a Barbados, pasando primero por Trinidad y Tobago. Mientras tanto ya La Electricidad de Caracas le había ofrecido un puesto de Gerente de Relaciones Generales en la empresa. Cuando regresó de las vacaciones continuó todavía unos meses más al frente de la Presidencia de *El Nacional* y luego formó parte de la Junta Directiva, pero finalmente decidió aceptar el ofrecimiento de La Electricidad de Caracas y emprender una vida más tranquila y distante del mundo político. Quizá es esa la razón por la cual cuando su gran amigo, y ya presidente Raúl Leoni, le ofreció el Ministerio de Sanidad, él no quiso aceptarlo. Lo que sí aceptó fue la Vice-Presidencia del Consejo Supremo Electoral en 1961, cargo que ejerció hasta 1964. Tampoco abandonó su columna en *El Nacional*.

La etapa de La Electricidad de Caracas

La incorporación de Isaac Pardo a la empresa privada, y el cambio que ese tipo de trabajo implicó en su vida, acentuó la disponibilidad hacia la investigación literaria. La labor como Gerente de Relaciones Generales en La Electricidad de Caracas representó un gran cambio en su vida. Por primera vez no tenía que enfrentarse ni a la tensión del quirófano, ni a la de la presencia pública en la vida política. Podía, por tanto, disponer de más tranquilidad mental para encauzar sus energías hacia el sin número de intereses que siempre lo habían acompañado, sobre todo, la creación y la investigación literaria. En La Electricidad de Caracas Pardo trabaja desde 1959 hasta 1970.

El 26 de julio de 1967, el presidente Raúl Leoni le otorga la Orden Andrés Bello en su Segunda Clase. Y el 28 de noviembre de 1969, el presidente Rafael Caldera le impone la Orden Francisco de Miranda en su Segunda Clase.

La vocación humanística

En los números 121-122 de la *Revista Nacional de Cultura* de marzo-junio de 1957, Isaac Pardo publica “José Antonio Maitín y su Canto Fúnebre”, recogido luego en *La Ventana de Don Silverio*. Ahí Pardo

analiza lo que para Mariano Picón Salas, en su obra *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*, considera la obra que le dio celebridad a José Antonio Maitín (1804-1874), su “*Canto Fúnebre a la memoria de su esposa*”. Y al hacerlo penetra en el gusto proclive de los románticos venezolanos del siglo XIX hacia “el llanto, sobre todo al llanto funerario”. La escritura ligera del autor de *Esta Tierra de Gracia* muestra de nuevo su erudición y fluidez verbal en contraste con la tristeza elegíaca de la obra que analiza. El público, dice Pardo, “gustaba de aquellas ‘pompas fúnebres del romanticismo’ que diría Julio Calcaño”. Sin embargo, diferencia de ese gusto la obra de Maitín al decir que: “Si algunos de aquellos poetas debieron su tristeza a la moda y a la imitación, José Antonio Maitín fue, en cambio, un hombre triste por naturaleza”.

En 1957 se publica también *El Tirano Aguirre. Estampas para una Cantata*. Este libreto que circula en separata fue escrito para el “oratorio profano” del mismo título del maestro Evencio Castellanos.

En 1959, el mismo año que empieza a trabajar para La Electricidad de Caracas, aparece su opúsculo *Juan de Castellanos* en una colección de biografías escolares, como anuncio o anticipo de la obra monumental que aparecerá en 1961, *Juan de Castellanos. Estudio de las “Elegías de Varones Ilustres de Indias”*.

El quijotismo de Juan de Castellanos

Uno de los textos por los cuales Pardo más se sintió seducido fue por la lectura de los ciento cincuenta mil versos que incluyen las *Elegías* de Juan de Castellanos y por la tenacidad con la que Juan de Castellanos, cuando ya llevaba adelantada la mitad de su obra en una prosa “fluida y graciosa”, decide trasladar a versos endecasílabos lo que ya tenía escrito, hasta crear “el poema más largo que existe en lengua castellana [...] y quizás la obra de más monstruosas proporciones que en su género posee cualquier literatura”. Quizá el quijotismo de este esfuerzo atrajo a Pardo al decir que, Juan de Castellanos, “como Alonso Quijano, disponía de una más que mediana hacienda: su prosa. Pero

gustaba de hacer versos. Y un buen día –llevaba escrita gran parte de la obra– desechó lo seguro para lanzarse, con candidez y heroísmo, a una de las más descabelladas aventuras de la literatura universal”.

Pardo admira la erudición de Castellanos, y la observa con picardía por los desfases anacrónicos de sus metáforas que aparecen en el texto. Pero también admira la sensibilidad y humanidad con la cual narra “La inmensa complejidad de horror y de maravilla, de crueldad y de heroísmo, de exterminio y de creación que fue la conquista”. En *Esta Tierra de Gracia*, nos comenta Pardo, que esa complejidad:

Mana profusamente de las estrofas de Juan de Castellanos que al ser dadas a la imprenta fueron despedidas con tiernas palabras: ve con Dios, historia mía,/ salida de mis entrañas...” Así él dice y justifica que “Por sincera, por salida efectivamente de lo hondo de las entrañas, Dios tomó la historia de la mano y hoy es imposible volver los ojos a aquel mundo de leyenda sin dejarlos correr por la obra de Juan de Castellanos. (...) El viejo cura de Tunja elaboró penosamente su inmensa obra como monumento funerario –Elegías– a los héroes que canta. En verdad vino a ser un reflujo luminoso de la cultura que volcó España en Indias, como un bálsamo sobre la cruel herida de la espada.

Ya en una oportunidad dije que “algo debió de ver Isaac Pardo en ese ‘bosque de crónicas rimadas’ del que se dice que, en su momento, pocos lograron penetrar y completar su lectura”. Ángel Rosenblat, en el prólogo a esta obra, destaca la manera como Pardo penetró “en el vasto y complejo mundo de las Elegías” develando entre sus líneas:

La tradición grecolatina, la raigambre hispánica, los elementos barrocos, los valores novelescos, la temática y sobre todo el reflejo de la vida americana (la naturaleza y el hombre) (...) El estudio de la lengua: los latinismos, las voces populares, las frases familiares, los refranes, los indigenismos, que analiza con abundante documentación y con todo el arsenal erudito.

Quizá por eso esta obra encuentra un espacio tan destacado en la “Imagen de Venezuela en el siglo XVI” que presenta *Esta Tierra de Gra-*

cia. Pardo llevaba años trabajando sobre el siglo XVI venezolano y la obra de Castellanos es inseparable de lo acontecido en ese entonces, sobre todo en un lugar tan relevante para la época como Cubagua, sobre la que Castellanos tanto se detiene y que va a ser un símbolo y una metáfora de la Venezuela petrolera. La riqueza de las perlas de Cubagua y su súbita desaparición del mapa político y económico del Imperio español en el siglo XVI fue tan estrepitosa como el hundimiento literal de la ciudad de las perlas.

La publicación de esta obra no agota su interés por Castellanos. En 1973 publica una separata titulada *Dos obras sobre Juan de Castellanos*. Anteriormente, alrededor de 1969, el tomo II de la serie *Historia de Venezuela*, editada por EDIME, incluye su ensayo *Descubrimiento y Conquista*.

De regreso a Europa

Treinta años después de que salieron de España rumbo a Venezuela en plena Guerra Civil española, Isaac y Mercedes regresaron a Europa de vacaciones, en 1968. Posteriormente, cuando jubilaron a Isaac en 1971, volvieron de nuevo a Europa. Ese primer viaje fue muy emotivo para los dos. En las conversaciones que tuvimos, el doctor Pardo apenas me podía narrar lo que representó, para él y para Mercedes, el regreso a Barcelona y a Madrid y el encuentro con las amistades que habían dejado treinta años atrás. La voz se le quebraba con largos intervalos de silencio. Los ojos se le nublaron.

Uno de esos amigos fue compañero de estudios suyo, “Ignacio Pérez Galdós, sobrino nieto de Benito Pérez Galdós”, quien formó parte de la emigración republicana que llegó a Venezuela. Cuando él llegó, los Pardo lo esperaron en La Guaira y lo llevaron a su casa hasta que él encontró una forma de independizarse. Cuando Pardo y Mercedes regresaron a España, Ignacio Pérez Galdós lo puso en contacto con su familia, que los recibieron “con los brazos abiertos”.

Aparte del encuentro con amigos y otros que llegaron a serlo, como fue el caso de Méndez Pidal, o de los que nunca pudieron encontrarse como ocurrió con Miguel Ángel Asturias, el viaje despertó en Isaac

Pardo el deseo de satisfacer la multiplicidad y heterogeneidad de gustos, saberes y sabores de su personalidad polifacética. Seguramente ya el gusanillo de la utopía andaba rondando, puesto que Mercedes dice que en ese primer viaje “Isaac empezó a buscar libros sobre las cruzadas, sobre la Edad Media, sobre lo que le interesaba, y traía libros y más libros. Pitágoras, Platón, todo eso lo tenía él y en los Estados Unidos se la pasaba metido en las bibliotecas”.

Ante esta afirmación se podría creer que Isaac Pardo es uno de estos profesores que se pierden y se aíslan del mundo y de sus tentaciones. Menos mal que ya, a estas alturas, el lector habrá podido comprobar que nada hay más lejos de la realidad que eso. A lo largo de su vida, y esta es una de las características fundamentales de su personalidad, no hubo un momento en el que Pardo, por muchas dificultades y tensiones por las que estuviera pasando, no atendiera también a las tertulias entre amigos, como ya vimos, al buen comer, como veremos, al disfrute de un buen vino, y a tantos otros intereses que nunca interfirieron en su labor diaria. Para todo encontró tiempo y espacio. Sobre todo, siempre supo no tomarse las cosas demasiado en serio, encontrar el lado amable y sonriente de la vida y disfrutar a plenitud de sus gustos, sin dejar de compartirlos con su familia y amigos.

Por las laderas del Rin

El segundo viaje a Europa en 1971 tuvo como primer punto Nueva York-Londres y, luego, Londres-Burdeos. De allí se dirigieron hacia los viñedos de Francia; entraron por Estrasburgo a Alemania, estuvieron en Baden-Baden y cruzaron la Selva Negra y recorrieron todos los pueblos de la zona. Cuando Pardo lo recuerda exclama: “¡Qué bellos son esos pueblecitos! Yo digo que esos son pueblos para enanitos y para princesitas y hadas. Es decir, así como hay casas de muñecas, éstos son pueblos de cuento. Una belleza”.

El recorrido lo hacían en carro y, para visitarlos, había que salirse de la carretera principal, seguir las indicaciones y fijarse bien al entrar en el pueblo cómo retomar de nuevo la vía de regreso. Emocionados

en uno de esos pueblos, se distrajeron y perdieron el camino, por lo que se vieron obligados a pedir ayuda. Pardo cuenta que vio en la ace-
 ra de enfrente a un señor ya viejo al que se le acercó, le saludó cortés-
 mente y le preguntó: “¿Cómo debo ir otra vez a la carretera para Ro-
 thenburg?”. Él dice que el señor se le quedó mirando muy atentamente
 y él pensó: “¡Qué alemán tan atroz debo estar hablando yo, bendito
 Dios!” Pero al no ver a más nadie a su alrededor a quién recurrir, le
 pidió excusas al señor y le “repitió muy claramente cuál era la pregun-
 ta. Se rió”. Al llegar al automóvil muy satisfecho le dijo a Mercedes:
 “¡Moci, abrázame, felicítame, yo acabo de pasar mi examen de alemán
summa cum laude! [...] Mi alemán me lo acaba de entender un mudo,
 estoy orgulloso de que me haya podido entender”.

La primera vez que pasearon por el Rin lo hicieron en barco, posterior-
 mente el recorrido por Alemania lo hicieron en automóvil. Los años
 infantiles de la época del Colegio Alemán acompañaron a Pardo duran-
 te todo el recorrido. Aquel primer contacto con la cultura alemana revi-
 vió en el recuerdo y se acentuó en el primer contacto con un país al que
 sólo conocía a través de sus profesores y lo que ellos le transmitieron.
 Las viejas leyendas y canciones revivieron junto a las nuevas que apren-
 dieron junto al Rin. Él cuenta que frente a uno de los hoteles en donde
 se quedaron: “había una hermosa fuente con una escultura en bronce.
 En el centro se veían unos enanitos. Pude reconocerlos. Eso proviene de
 una leyenda. La leyenda cuenta que unos enanitos fantasmas venían de
 noche, cuando nadie los viera. Pero una mujer, movida por la curiosi-
 dad, se propuso descubrir quién era el que hacía los oficios y descubrió
 que eran los enanos y ellos no volvieron más. Eso me recodaba el cole-
 gio. Todo mi viaje por Alemania fue como revivir los años del colegio”.

Otro día, en un restaurante, unos músicos les preguntaron de dónde
 eran ellos y qué idioma hablaban allí. Cuando se enteraron empeza-
 ron a cantar “La Cucaracha”. Pardo les cortó y les dijo: “En primer
 lugar a mí no me gustan las cucarachas; en segundo lugar, yo no soy
 mexicano; yo quisiera que ustedes cantaran otra cosa, como viejas can-
 ciones alemanas”. Él les sugirió “En las claras orillas...” Esto les sor-

prendió. El guitarrista rasgueó unas notas y le preguntó a Pardo si era así. Pardo afirmó, pero ellos tuvieron que admitir que no podían cantar la canción porque no se sabían la letra. Y Pardo la cantó acompañado del guitarrista. “Estaba el colegio de nuevo en mi memoria. Toda Alemania estaba impregnada de los recuerdos del colegio”.

El vino fresco de Heuiriger, que todos habían estado tomando en aquel restaurante, había empezado a hacer sus efectos en algunas de las mesas: “Todos, hombres y mujeres estaban borrachísimos. [...] Yo les pedí a los de una mesa que se unieran a nosotros. Una de esas mujeres, que estaba muy borracha, me dice: ‘¿De dónde es Usted?’ Le respondí: ‘De América del Sur’. ‘¿Y por qué habla alemán?’ ‘¡Qué pregunta! En América del Sur todos hablamos alemán’”.

De la primera copa del Marqués del Real Tesoro a la firma en el Libro de Oro de Romanée-Conti

La Venezuela en la que Isaac Pardo tomó aquella primera copa de vino del Marqués del Real Tesoro a principios de la década de los años veinte era una Venezuela en la que el vino era algo exótico, los deportes prácticamente no existían, y los baños de mar se realizaban por separado, los hombres se bañaban desnudos de un lado y las mujeres, separadas por una cerca de madera, se bañaban del otro, en unas camisolitas largas. Ni Isaac Pardo, ni los compañeros de liceo que lo acompañaron en aquella primera copa de vino, podían llegar a imaginar el sibaritismo y el grado de sofisticación que guarda la tradición y la cultura vinícola.

En lo que a catar vinos se refiere, aquel primer sorbo de su juventud despertó en Isaac Pardo un gusto que se fue cultivando hasta convertirlo en un gran catador, aunque él nunca quiso admitir que pudiera serlo. Algo de razón había en eso, porque lo que a Pardo le gustaba no era el oficio de catador, a él le gustaba el buen vino.

Me gustaban los vinos. Yo no entendía de vinos. Me gustaba beber vino y a fuerza de beber vino lo llegué a apreciar. Eso para mí fue un pasaporte en los restaurantes de

Francia. Allí veía el menú, escogía un plato y decía: “¿El sommelier está?”. Venía el sommelier y yo le decía: “Mire señor yo he elegido este plato, ¿qué vino me recomienda usted?”. Eso les agrada mucho. Me respondía: “Ah, pues mire, señor...” Yo me ponía a hablarle de vino y él se impactaba mucho de la conversación de los vinos conmigo y me atendían estupendamente.

Aunque tampoco seguía al pie de la letra los consejos del *sommelier*, él siempre mantuvo el disfrute de sus gustos por encima de cualquier imposición. Una vez en el restaurante de Paul Bocouse tuvo que insistir para que el *Beaujaulais Nouveau*, que se sirve fresco, no se lo sirvieran frío porque él siempre tomó el vino tinto a temperatura normal y no le gustaba tomarlo frío, por mucho que los más entendidos impusieran lo contrario. En el vino, como en todo lo que hizo en la vida, nunca olvidó que la verdad reside en el diálogo con el contacto del corazón, que el saber proviene del sabor, y que el saber absoluto no existe como tampoco existe la verdad absoluta. Aunque eso no implicaba que no fuera un gran conocedor de la industria vinícola. En un momento dado a mí me dio una clase magistral sobre los *marc* como base del aguardiente que sacan de la uva exprimida. Me explicó que hay “*marc* de Borgoña, *marc* de Champagne”. Hubo uno de Champagne que probó y que le pareció extraordinario, aunque el que más le sorprendió fue un *marc* Gewürtztraminer. “Qué cosa tan deliciosa, eso es de Alsacia, el Traminer y el Gewürtztraminer”. También disfrutaba mucho de los aguardientes franceses que decía eran los mejores del mundo. Y mencionaba tres: “Poire, Mirabelle y Quetsche”. Tomaba el *whisky* puro, como si fuera un brandy, y de todos, su favorito era el *whisky* de malta. Pero en lo que se refería, no a los vinos, sino a las bebidas, el coñac se llevaba la palma. “El coñac verdadero, el coñac fino es el mejor aguardiente del mundo, digan lo que quieran los amantes de otros aguardientes”. En realidad, me confesó que a él todos los alcoholes, con tal de que fueran buenos, le gustaban.

Y entre los vinos también tenía sus favoritos. En ese viaje por Alemania recorrió varios kilómetros en busca de una botella de un vino del

Rheingau y me explicó en qué parte del Rin exactamente queda. Es una zona de unos cincuenta kilómetros que queda en la convergencia del ángulo recto que forma el Rin al ir de sur a norte y luego de este a oeste y después otra vez de sur a norte hasta desembocar. El espacio de este a oeste corresponde al Rheingau:

Los vinos que se producen allí son una maravilla, una verdadera maravilla. Hay infinidad de vinos del Rin. Los vinos del Rin son innumerables, pero los mejores son los vinos del Rheingau. Muchos científicos se han planteado el porqué de la excelencia de estos cincuenta kilómetros donde se han monopolizado unos vinos tan maravillosos. Y han llegado a la conclusión de que todos esos viñedos están en colinas que vienen bajando hasta la orilla del río, y el reflejo del sol, la acción de espejo que hace el Rin sobre esas colinas, le da un asoleo único que es determinante en esa calidad de la uva del Rheingau.

A esa zona pertenece el vino por el cual Pardo recorrió kilómetros. Por beberse una botella de uno de sus vinos favoritos era capaz de atravesar kilómetros hasta encontrarlo. Esto sucedió en Alemania en su recorrido por el Rin. La botella en sí era el *Trockenbeerenauslese Schloss Vollrads* 1959, según él, un vino *Hors Concours*. En busca de ese vino recorrió la zona, buscó en distintas botillerías porque “en un restaurante es inútil pedirlo”. En una botillería en Frankfurt finalmente la persona que le atendió le dijo: “Mire señor, eso no se consigue sino en Schloss Vollrads”. Y hacia allá decidieron dirigirse. En el camino, antes de llegar, vieron una casa palaciega que pensaron podría ser Schloss Vollrads. Al entrar y preguntar si podían visitar la cava, les dijeron que eso era un hotel. Supieron que esa era “la casa de veraneo de uno de los hijos del Káiser. Por eso tenía aquel aspecto palaciego”. Les informaron que Schloss Vollrads quedaba un poco más adelante al subir la colina. Al llegar les atendió un joven que resultó ser el *Kellermeister*, lo que sorprendió a Pardo por su juventud, pero supo que era el hijo del *Kellermeister* que acaba de morir, por lo que los señores Condes le habían nombrado a él *Kellermeister*. Pardo le contó que desde

América del Sur venía en busca de esa botella y que le habían informado que el único sitio en donde podían tenerla era allí. El *Kellermeister* le informó que en efecto sí tenían ese vino pero les quedaba una mínima cantidad y que no podía venderle ninguna sin la autorización del Conde. “Pero usted se puede comunicar con el señor conde, ¿verdad?” A lo que respondió “Sí señor”. “Bueno, pues comuníquese”. “El joven llamó por teléfono, no fue una pantomima porque yo hablo alemán y entonces me dijo: “Sí señor, se le va a vender”. Fueron hasta el *cabinet* en donde están los mejores vinos que llevan ese sello. Pudo ver en una pared “todo el *Trockenbeerenauslese 1959* que queda en el mundo”. Pardo quiso saber si podía venderle dos botellas, pero no pudo ser. Con cuidado le empacaron la botella. Le entregaron la caja que Isaac cargó como si fuera un bebé. A la salida le dijo a Mercedes: “Mira, mi amor, después de esta aventura del *Schloss Vollrads*, de tener la botella aquí, ¿nos la vamos a beber a pico de botella a orillas del camino? Eso no es posible, ¿por qué no nos devolvemos para el hotel?”. Llegaron en una tarde otoñal a aquel hotel palaciego que tanto les había impactado. Se alojaron en una habitación espléndida y como la temperatura exterior era fría pusieron la botella en el balcón para que se refrescara. Bajaron a cenar y luego de la cena, en lugar de tomar postre, pidieron que les llevaran a la habitación “una bandejita de pastitas dulces”. Y se instalaron en la habitación a tomarse el *Trockenbeerenauslese 1959*. La emoción del recuerdo de ese momento no la pudieron olvidar nunca ni Isaac ni Mercedes. Isaac Pardo, recordando el momento y el viaje me dijo:

Fue un verdadero triunfo. ¡Cómo lo disfrutamos! Íbamos felices y contentos todo el camino hasta Bonn. De allí nos regresamos. Entonces recorrimos el Mosela. ¡Qué vino tan bueno es el Mosela! ¡Qué vino tan rico! Íbamos bebiendo vino por todo el camino. Yo he dicho que tuvo razón quien dijo que el tramo alemán del Mosela se puede recorrer en dos horas o en dos años, que eso depende de los gustos. De ahí pasamos a Luxemburgo y de allí directamente a Reims, al corazón de la champaña.

Del recorrido por los grandes viñedos de Burdeos, Pardo guarda algunas anécdotas que denotan también el gusto por todo lo relacionado con la fabricación del vino. Cuenta cómo, en una bodega, saltó un tapón de barril “en el momento en que estaban trayendo la uva”. Debido a la presión del hongo que invade la uva hasta que finalmente rompe la concha, “ésta pierde líquido y se concentra el azúcar. Eso lo llaman en Francia “noble”. Hay un comentarista que dice que, más que nobleza, parece “pourriture noble”, porque cuando le trajeron un ramito para que probara, “Mercedes tuvo un gesto de asco” y le explicaron que había que probarlo porque eso era puro azúcar.

Continuaron el recorrido hasta llegar a Marsella para luego remontar la ruta vinícola en dirección a Chateauneuf du Pape. Lamentablemente se enteraron de que “ellos no recibían visitas”. Desde Burdeos siguieron visitando bodegas y catando vinos. En todas partes les “obsequiaban un traguito de vino excepto en Mouton-Rothschild que, a pesar de ser Mouton-Rothschild, no le ofrecían a uno ni un vaso de agua”. Una vez visitadas las bodegas de la zona de Burdeos regresaron a Marsella para, de nuevo, tomar la vía hacia el norte en dirección a Lyon y los viñedos de la zona. Decidieron no quedarse en Lyon y pernoctaron en un hotelito en uno de los pueblos aledaños. Isaac le comentó a Mercedes que ya empezaba a estar cansado de “viñedos y de cavas porque todas eran iguales”, a excepción de una, Romanée-Conti, que valía la pena tratar de conocer. Llegaron a Romanée-Conti y les “atendió una señora duquesa muy bien vestida y enjoyada”, pero que no quiso recibirles porque les dijo que ellos no recibían visitas. Pardo le dijo cuánto lo lamentaba y la alegría que le hubiera dado “poder contemplar la cava”. Mostró deseos de ver al *maître de chai*, a lo que la señora también se negó diciendo que ya le había dicho que no. Pardo insistió y le dijo que él entendía francés y que lo que estaba era haciéndole una pregunta que esperaba que ella tuviera la cortesía de decirle sí o no. “¿Puedo ver al *maître de chai*?” Y ella le dijo: “Ahí viene el *maître de chai*”. Pardo se lo agradeció y se dirigió al *maître de chai* para informarle que “lamentaba muchísimo no visitar la bodega, pero que le

pedía el favor,” que le firmara “en el borde del libro donde decía *château*” y le pusiera el sello como constancia de que él había estado allí, que es lo que habían hecho otros *maître de chai*. Aceptó hacerlo y Pardo le dijo:

Son ustedes mucho menos acogedores que en Burdeos. La señora me ha dicho de una manera bastante áspera que no permiten visitas. Mire, en el Haut Brion no sólo nos recibieron sino que el maître de chai nos recibió en grand seigneur y destapó tres botellas para nosotros. Me dijo: “¿El maître de chai de Haut Brion?” “Oui, monsieur, el maître de chai de Haute Brion”. “iMais c’est mon frère!”. Y me dijo: “Usted sí va a visitar la cava”. Para gran ira de la señora, visité la cava con unos compradores [...] ingleses que llegaron al poco rato en un Rolls Royce. La señora estaba enfurecida por ese desacato que había hecho este señor.

Destapó un *La Tache*, un *Richebourg* y un blanco *Mombrachet*, que a Pardo le sorprendió porque pensaba que sólo tenían vino tinto. Les “servían el vino en copas de agua” por lo que en secreto Isaac le decía a Mercedes: “¡Cuidado que nos van a tener que sacar cargados de aquí!”. Una vez que los ingleses se marcharon el *maître de chai* quiso saber qué le había parecido a Pardo lo que había probado. Como él iba anotando todo pudo responderle: “El segundo *La Tache* que abrió usted y el *Monbrachet hors-concours*”. Y le dijo: “*Mais vous connaissez monsieur*”. Entonces el *maître de chai* se dirigió a Pardo y le pidió que firmara el Libro de Oro. Ahí escribió: “Hemos visitado la cava de Romanée-Conti con el recogimiento con que se visita una catedral”. Cuando el *maître de chai* vio la dedicatoria, muy a la francesa, le estampó un beso a Pardo. Este es, probablemente, el mayor triunfo de Isaac Pardo en el mundo de los vinos y lo que le valió el nombramiento de Cónsul de Primera Categoría en Borgoña.

Cónsul en Borgoña

Durante el gobierno de Jaime Lusinchi, Pardo recibió el nombramiento de Cónsul de Primera Categoría en Borgoña en un documento for-

mal, en el que el nombramiento incluye el sello de la Cancillería venezolana. Probablemente hacía falta que otro gozón e irreverente, como lo fue Pardo toda la vida, llegara al Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Venezuela, para que ese nombramiento, que había buscado durante varios años, se pudiera concretar.

Tenía que llegar Simón Alberto a ese cargo para entender la importancia que el humor tiene en la vida y para entender que, nosotros, los venezolanos, caribeños e hispanoamericanos, somos diferentes. La formalidad no puede estar reñida con el acercamiento “amable” a la vida, siempre y cuando eso no perjudique a nadie. Además, tanto Simón Alberto Consalvi como Isaac Pardo son narradores de la relación amorosa y vivencial de la existencia. Para ambos, la palabra posee un peso que no lo tiene para todos, y lo mismo podríamos decir de lo mágico, lo simbólico y lo imaginario. Ambos profesan la tolerancia y saben que no existen verdades absolutas, sino aproximativas, y que lo apolíneo sin lo dionisiaco convierte a los seres humanos en eunucos del pensamiento, incapaces de desarrollar una auténtica creatividad. No hay que olvidar el lado del corazón, ese lado “amable” al que Pardo se refería en relación a la amistad, y el vino es el gran compañero de ese viaje.

No todos los que pasaron por Miraflores o por la Casa Amarilla han podido entender estas cosas. A Leoni también le había pedido ese nombramiento. “Leoni y yo éramos como hermanos de toda la vida”. Trató de convencerlo pero él le decía: “Pero es que eso no existe”. Y Pardo, irreverente, insistía: “Yo lo sé, pero tú que eres el Presidente de la República, tú creas el Cónsul en Borgoña. Lo creas y se lo das a tu amigo te y yo llevo una vida muy feliz allí bebiendo vino”. Una risa pícara le brotaba de los labios cuando me contaba esto. Con Leoni, eso no quedó en nada. Posteriormente, durante el gobierno de Lusinchi, con un vaso de *whisky* en la mano, el Presidente le prometió: “Por supuesto que sí”. Y, “cuando nombraron Canciller a Simón Alberto Consalvi”, Pardo le dijo: “Simón Alberto, aquí no hay escape, ya aquí no hay excusa”. Consalvi le confesó: “Mira, chico, lo que pasa es que a tí no se te ha

nombrado por Gonzalo Barrios”. Y él le dijo: “Ni Gonzalo, ni nada, iyo quiero ser Cónsul!”.

Esta anécdota quedará en los anales de la Cancillería venezolana como sintomática de la importancia que podría tener el gesto de humor en las relaciones dionisiacas internacionales. Seguramente ningún otro Isaac Pardo en el mundo ha logrado un nombramiento semejante.

La cocina

El vino es para acompañar una buena mesa y el espíritu lúdico y dionisiaco de Isaac Pardo estaba muy en sintonía con esta premisa. Isaac era un gran cocinero porque era un hedonista, sibarita y gourmet. Aunque él confiesa que su afición por la cocina fue tardía, y que provenía del médico Gustavo Machado, quien fue un excelente cocinero y publicó un libro de recetas de cocina, *Dime lo que comes y te diré quién eres*, en el que incluyó una receta perteneciente a una de las especialidades de Pardo: “Faisán, gallineta o gallina con higos”. Y además “tuvo el humor de publicarla en la hoja mecanografiada llena de tachaduras y errores que yo le mandé y que terminaba diciendo: ‘Yo me gano primero la vida cocinando que escribiendo a máquina’”. Pardo escribió también la introducción a ese libro.

La buena cocina es costosa y él no tuvo nunca una enseñanza sistemática del tema; era un simple aficionado, pero un aficionado que se interesó por conocer los secretos de aquellos que sí habían dedicado su vida a la cocina, como la cocinera de Gustavo Machado, “que era como su sombra”. O Carmen, la cocinera gallega que tuvieron ellos, “que era muy buena cocinera” y le enseñó muchos trucos de cocina.

Según dice, ella también aprendió de él muchas recetas, aunque luego no comiera ninguna, porque no le gustaba lo que él cocinaba.

Pardo siempre fue un lúdico investigador, quizá porque estaba convencido de que el entusiasmo debía guiar cualquier faena y este espíritu de investigador lo acompañó en todo lo que hizo, incluso en el arte culinario. Curioseó e investigó en el terreno sólido de los que ya sabían y de los que trató de aprender, como lo hizo en las iniciativas a las que se lanzó para crear sus propios platos. Durante un tiempo, los sábados en la tarde iba a casa de “un señor que tenía cerca un negocio de preparación de comidas” para fiestas y ahí aprendió muchos trucos que le sirvieron luego para crear sus propias especialidades.

Además, como en todo lo que hizo en la vida, asumió la cocina en su plenitud, en el sentido de que, después de cocinar, la dejaba tan impecable como la había encontrado. Él lo hacía todo. “Me divertía. Aprendí a hacer algunos platos, uno que otro lo inventé. Me relacioné con buenos gourmets venezolanos”, como fue Gustavo Machado, “ése sí fue un gran cocinero, era un cocinero extraordinario de primera categoría.” Cuenta cómo Baldó “siempre estaba pendiente de que lo invitaran y disfrutaba mucho de la mesa de Gustavo Machado”.

Entre las creaciones célebres de nuestro biografiado estaba el pargo con salsa romesa, preparado con pimentón; el pato con higos; el asado criollo con nueces y el pargo con salsa de ostras y curry. Esa receta la preparó Gustavo Machado para una cena en su casa y, según le comentó a Pardo una cuñada de Gustavo que comió allí esa noche, la receta les gustó mucho a todos.

También modificaba recetas de la cocina tradicional. Tenía su propia versión del *coq au vin* francés así como de la sopa de cebolla. Mercedes y él estuvieron en el *Pied de Cochon* en París, que es donde supuestamente mejor se come la sopa de cebolla, y a donde por tradición la gente solía ir en la madrugada luego de una fiesta a comerla. Pero a él no le gustó la textura del pan gratinado, le pareció que el pan se “volvía una pasta” y decidió crear su propia versión, “que se sirve en un plato con su acompañamiento de queso parmesano, y entonces, en

lugar de ponerle una rueda de pan, que se vuelve un masacote, hacemos taquitos de pan frito [...] se pasa primero el queso parmesano rallado para que cada uno le ponga la cantidad que quiera y luego se le pasan los taquitos crocantes”.

El espíritu **lúdico**

En muchos aspectos Isaac Pardo era como un niño que nunca se desprendió de su espíritu lúdico y que supo jugar con igual aplomo en las más altas esferas del poder, en la cocina de su casa, en la de un amigo, o con cualquier niño angustiado en la sala de espera de un dentista. No había niña con llanto que no se dejara seducir por las pajaritas de papel y los juegos de *origami* que Isaac Pardo era capaz de elaborar con cualquier papel que tuviera a mano y en breves segundos. Las hacía de todos los tamaños, creaba pegajos, toros y toritos en la barrera de un circo. Llegó a ser un experto. Y aquí entramos en otra de las características de la personalidad de Isaac Pardo: buscar siempre la excelencia en todo, así fuera en los juegos de *origami* como en los trabajos de investigación literaria o en su dedicación a la Medicina, o a la cocina. Todo lo que Pardo emprendió en su vida estuvo marcado por la motivación a la excelencia, incluyendo las composiciones humorísticas, sus artículos de prensa, la cocina y las pajaritas de papel.

Él empezó haciendo pajaritas para distraer a su hijo. Cuenta que a su hijo “le fascinaba que yo hiciera una pajarita. Él me miraba atentamente mientras yo la estaba haciendo y, cuando la terminaba, él le daba un golpecito y la espachurraba. Pasó un tiempo y a él no le inte-

resaron las pajaritas y a mí sí. Y yo seguía haciendo pajaritas y pajaritas, aun siendo un médico, y Ricardo Espina fotografiaba las pajaritas”.

Sus pajaritas de papel llegaron a tener tanta fama que, justamente Ricardo Espina, un fotógrafo amigo de él, se convirtió en el “fotógrafo oficial de las pajaritas de Isaac Pardo”. Una tarde que fui a visitarle a él y a Mercedes me mostraron las bellas fotos que Espina realizó de sus pajaritas. Pude ver un pegaso en una nube, una “combinación hecha por él de Leda y el cisne”, un canguro, que parecía quererse salir, luego un toro en el ruedo atacando a un caballo. No faltó el loro, la jirafa, el camello, una “elefanta con un elefantito”, y un elefante con un rinoceronte al lado del ratón. Luego un “cóndor y otra ave de rapiña”. Y una creación de Pardo, un pavo, “una belleza”. Se veía que estaba fascinado con su pavo y me decía: “Aquí tiene usted dos versiones, una muy angulosa y aquí tiene usted una más realista con el gran pecho del pavo”. Una de esas versiones la metió en un sobre y se la envió a Origami en Japón, sin decir quién la enviaba. Un anónimo del mundo enviado por un enamorado de las pajaritas de papel al máximo santuario del *origami*.

Las pajaritas fueron el gran recurso contra el aburrimiento. Como llevaba siempre el bloque de recetas con él, recurría a sus hojas, o bien para tranquilizar a un niño en el dentista, o para matar el tedio en “algún acto académico, que generalmente son muy fastidiosos. Toda mi vida me han parecido muy fastidiosos”. A él no le daba pena, aunque la gente a su lado le mirara con asombro.

Entre aquellas bellas fotos de “pegasos lindos/ caballitos de madera / pajaritas de papel,” como dice el poema de Antonio Machado, cualquiera hubiera regresado a la infancia y a ese momento en el que todos, alguna vez, hemos tratado de hacer alguna pajarita de papel.

Algunas de esas fotos fueron tomadas por Espina, pero ya la mayoría de las que me enseñó las hizo su hijo, Arturo Pardo. Muchas de ellas tenían un maravilloso juego de sombras y volúmenes que le daba un especial realce a esas joyitas de papel hechas con tanto amor y dedica-

ción. Una pajarita de papel acompañaba a otra pajarita de porcelana con la cual parecía conversar.

Isaac Pardo era capaz de sorprender a cualquiera. Le hubiera imaginado haciendo muchas cosas, pero nunca me hubiera imaginado que me iba a ver rodeada de toda una fauna de papel hecha por él mismo. Mi limitada imaginación no llegó a concebirlo como un genio haciendo pajaritas de papel. Tampoco me imaginé que Unamuno también lo era. “Sí, Unamuno era un genio haciendo pajaritas”. En fin, parece ser que el más voluminoso catálogo que existe sobre el arte de hacer pajaritas lo escribió un español que vivía en Argentina en donde “publicó dos folletos sobre pajaritas de papel, que fue a lo que yo tuve acceso”.

Frente a la tumba de Juan Belmonte con paraguas y bombín

Otra de las pasiones de Isaac J. Pardo han sido los toros. En el segundo viaje que hicieron a Europa en 1971, cuando recorrieron los viñedos de Alemania y Francia manejando, venían de Nueva York, Londres, Burdeos. Luego del periplo por los viñedos franceses y por los del Rin, volaron a Barcelona y allí tomaron de nuevo un automóvil y llegaron hasta Sevilla. Allí, en un día lluvioso, una de las primeras cosas que hicieron fue ir al cementerio, comprar unas flores y buscar la tumba de Juan Belmonte. Como habían pasado por Londres, Isaac se había equipado y llevaba una gabardina londinense, un bombín y un paraguas inglés. Le preguntó a dos gitanos que estaban por allí, ¿dónde se encontraba la tumba? y, muy dispuestos, decidieron acompañarle.

Iba con mi paraguas, mis flores y los dos gitanos. Cuando llegamos allí vi una tumbita con una placa de mármol que decía: "Juan Belmonte" y dos fechas. Eso era todo lo que decía. ¿Tú sabes por qué? Porque se suicidó. Y la tremenda España curera no permitía una cruz. Después le hicieron un monumento a Belmonte. Cuando llegamos ya había escampado. Había un árbol ahí cerca. Yo me quité el sombrero, cogí el paraguas y empecé a cubrir la tumba con las flores. Entonces me dice el gitano: "¿Extranjero?" Yo le contesté: "No, yo no soy extranjero". El gitano decía: "ya me lo decía, ya me lo decía..."

Durante la década de los años treinta, cuando vivía en Barcelona, tuvo “la suerte de ver torear a Belmonte”. Los toros era uno de los lujos que se daba en aquella época de estrechez.

Un domingo que toreó Belmonte con Niño de la Palma me quedé, sencillamente, asombrado. Cuando vi salir el primer toro sentí que aquello era un autobús con cachos. Pero no con los cachos de esos toros nuevos que se crían. Cuando yo vi aquel animal, me dije: “¡Pero cómo van a torear esto, cómo van a torear esto!” Yo nunca había visto un animal de ese tamaño. Disfruté mucho viendo aquel par de toreros. Yo no podía creer que estaba viendo a Belmonte. Me parecía mentira. Hasta que llegó el momento de la muleta y realmente mi emoción fue de tal grado al ver lo que estaba viendo que llegó un momento en que dije: “¡Esto no es posible! ¡Esto es mentira!” Ver a Belmonte toreado a aquel animal.

Ese momento permaneció en su corazón y en su memoria como uno de los grandes hitos de la feria taurina. A Manolete nunca lo llegó a ver porque no toreó en Barcelona mientras él estaba allí. Tenía amigos que cuando sabían que iba a ir a Valencia se desplazaban para verlo; iban detrás de Belmonte o de Joselito, pero él, como estudiante, no se lo podía permitir. Desgraciadamente Manolete murió mientras él estaba en España y nunca lo llegó a ver. Vio torear a Ortega, al que “no le gustaba la manolete” porque pensaba que era una payasada. Pero el que le hizo desilusionarse de la fiesta fue el Cordobés. Lo vio en Barcelona y en Madrid. Al principio se dijo: “Bueno, es que tuvo una mala tarde como la puede tener cualquier torero”, pero cuando lo volvió a ver en Madrid, la decepción fue total. “Esto es un payaso”, se dijo, “un hombre osado que no sé cómo no lo mató un toro”. A partir de ese momento dejó de apasionarse por los toros. “Nunca supe ni leí nada sobre la opinión de un torero serio acerca de El Cordobés, pero debieron decir horrores. Era un farsante, un payaso, un payaso del toreo. Estuve entusiasmado mucho tiempo con los toros pero, después, con esa decadencia...”

Él llegó a ver en Barcelona una corrida con los hermanos Bienvenida y toros de la ganadería Miura, que eran ya una rareza. La emoción de Pardo ante esa corrida fue muy grande. Cuenta que aquello sí

fue una legítima corrida; el único que no corrió fue el Presidente porque estaba montado en un palco. Ahí corrieron los peones, los monosabios, los caballos, los toreros, los Bienvenida, ahí corrió todo el mundo; iqué fieras, y qué cosa tan tremenda de animales! La rapidez de aquellos animales era una cosa que infundía pavor. En la primera pica estaba el caballo frente a la barrera en el burladero y vino como una flecha, le metió la cabeza por debajo –ya entonces llevaban los caballos un peto muy grueso– lo levantó con el picador y todo, y lo tiró al otro lado de la plaza. El pánico que había allí era tremendo. Por supuesto fue una corrida malísima. No había torero que pudiera enfrentarse. No había un Belmonte que dominara a un Miura. Para eso se necesitaban Belmontes y Joselitos. Ya Ortega y esa gente no toreaban Veraguas ni Miuras ni nada de esas cosas. Pero conservaban una seriedad.

Cuando en el Nuevo Circo de Caracas vio torear como novillero por primera vez a César Girón, Isaac le dijo a Mercedes que ese muchacho podía llegar a ser un excelente torero. Y lo fue pero el trago lo mató, aunque murió en un accidente de tránsito. Él se enteró de eso por el curador del Museo de la Monumental de Madrid. Cuando en Sevilla visitaron a la Virgen de la Macarena encontraron entre los dones recibidos el traje de luces que lució César Girón “cuando recibió la alternativa en Sevilla”.

Artífice del CELARG. Reconocimientos **y premios**

La amistad entrañable que sostuvo con Rómulo Gallegos le impulsó a apoyar y dar los pasos necesarios para la construcción definitiva de la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, el CELARG, en lo que fue la casa de Rómulo Gallegos en Altamira. En 1977 es nombrado ya Presidente del Museo y Centro Bibliográfico “Rómulo Gallegos”. Desde esa posición supervisó y dirigió lo que posteriormente constituiría la Fundación CELARG en 1985.

Desde el momento en el que se toma la decisión de construir lo que hoy es el CELARG, Pardo luchó para que la casa del escritor, la quinta *Sonia* de Altamira, no se quedara en simple recuerdo intocable de su vida personal, sino que en ese lugar se construyera un centro de estudios latinoamericanos que no fuera memoria anecdótica de su vida, sino homenaje a su obra. Una fundación que pudiera cobijar bajo un mismo manto al Museo Centro Bibliotecario “Rómulo Gallegos” y al CELARG. Esta Fundación se crea con la intención de tener por objeto “la búsqueda de la integración latinoamericana a través de la cultura, así como el estudio y difusión del pensamiento latinoamericano, con énfasis en la obra y vida de Rómulo Gallegos y los valores de las letras y el pensamiento de Venezuela y de América Latina”. Esta labor será

encauzada a través de actividades de investigación, de talleres, de una biblioteca especializada en América Latina y de la creación de los premios “Paz Castillo” y “Rómulo Gallegos”. Con hechos concretos como estos, la Fundación CELARG convertirá ese lugar en lo que Pardo ideó como “la casa de la alegría”.

En 1984 preside la Comisión Ejecutiva Nacional para la celebración del Centenario de Rómulo Gallegos. Y en 1986 es Vocal del Consejo Directivo de la Fundación “Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos” (CELARG). Desde ahí actúa como Presidente Encargado hasta 1988, cuando se ve obligado a renunciar por razones de salud.

En 1973 la editorial Kelly le publica *Información bibliográfica. Dos obras sobre Juan de Castellanos*. En 1974 la Dirección General, Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, le reedita *Biografía de Juan de Castellanos (1522-1607)*, publicado en 1959 por la Fundación Eugenio Mendoza.

En 1975 publica *Descubrimiento y Conquista*, y el número 2 de la *Historia de Venezuela*, cuyo primer número había aparecido en 1969, publicados ambos por Ediciones Edime.

En 1978 se publica *La ventana de don Silverio*, que le vale el Premio Nacional de la Cultura (CONAC) en su mención ensayo, correspondiente al bienio 1977-78. Este libro contiene: *Dos obras de Juan de Castellanos*; *Viejos Romances españoles en la tradición popular venezolana*, *Rasgos culturales del siglo XVI en Venezuela*, *José Antonio Maitín y su canto fúnebre*, artículos de prensa y una nota de la *Revista Imagen*, “Un recuerdo para Antonio Arráiz”.

El 25 de noviembre de 1977 el presidente Carlos Andrés Pérez le impone la Banda de Honor de la Orden Andrés Bello en su Primera Clase.

En 1978-9 recibe el Premio CONAC de ensayo. Luego, el 29 de noviembre de 1983, la Asociación de Escritores de Venezuela le otorga el Premio “Libro del año” por *Esta Tierra de Gracia*.

En 1984 gana el Premio Nacional de Literatura.

El 11 de octubre de 1988 el Gobierno del Distrito Federal le impone la Medalla 50 Aniversario “Maternidad Concepción Palacios”.

En enero de 1989 el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social le entrega la Medalla de la Salud José Ignacio Baldó.

El 10 de diciembre de 1991 la Municipalidad de Caracas le otorga la Orden Diego de Lozada en su Primera Clase.

El 27 de septiembre de 1995 el presidente Rafael Caldera le impone la Orden del Libertador-Gran Cordón.

Recibe también el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Santa María y el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Simón Bolívar. Este último, el 26 de mayo de 1999.

El 18 de agosto de 1999 la Asociación de Médicos Escritores (FMV) le concede el Premio Francisco Herrera Luque.

Fuegos bajo el agua. *La invención **de la utopía***

La aventura de un pensamiento solitario

Nadie podría imaginar, ante la monumentalidad de esta investigación que, como bien dijo Arturo Uslar Pietri en su momento, no se trata, muy al estilo de la tradición criolla, del trabajo de un “equipo de especialistas y de un claustro universitario, sino de un solitario aventurero del pensamiento que se ha lanzado casi solo a este deslumbrante periplo de reconocimiento”.

Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía, es el resultado de la reflexión y comunión intelectual de toda una vida. Es una obra que se fue gestando desde las lecturas que realizó cuando estaba preso en el Castillo de Puerto Cabello, entre 1928 y 1929. En este sentido menciona el impacto que le causó, tanto a él como a sus compañeros, las *Glosas* de Eugenio D’Ors. En el homenaje que le rinde la Fundación La Casa de Bello, primera editora de la obra, Pardo, al agradecer el reconocimiento, hace alusión a aquellas lecturas y sobre todo al estímulo cultural que espiritualmente sembraron y a la esperanza de poder alcanzar él también un día la capacidad de escribir “un libro de temas múltiples, de brillante colorido y, al mismo tiempo, de honda significación”. En aquel entonces, sin saber muy bien en torno a qué podría girar la suso-

dicha obra, lo único que alcanzó a imaginar fue un título: “El traje de Arlequín”. En el transcurrir de los años, la vida fue dando forma a la reflexión y a la curiosidad por todos los aspectos de la cultura. “El traje del Arlequín,” como arquetipo inalcanzable, “se quedó prendido entre las ilusiones juveniles”, pero el germen y la picazón por la aventura del conocimiento no desaparecieron nunca del espíritu vital de Isaac Pardo y más bien el resultado superó, quizá, las expectativas de juventud.

El incentivo de la aventura intelectual llenó “el vacío” de su jubilación. El interés por el siglo XVI, que lo había acompañado en sus trabajos literarios anteriores, regresó en la curiosidad que despertó en él la labor del obispo Vasco de Quiroga en México. La tarea quijotesca que se propuso el obispo de Michoacán, basada en la lectura de la *Utopía* de Tomás Moro que Zumárraga le había puesto en sus manos, inspiró el inicio de la investigación. En un principio la obra se iba a reducir a los Hospitales; posteriormente, el intento de “fray Bartolomé de las Casas de hacer un Paraíso en Cumaná y traer labradores para que se mezclaran con los indios”, también le entusiasmó, aunque Las Casas saliera mal parado del intento. En un principio pensó que como la figura de Las Casas era muy conocida, prefería trabajar sobre Vasco de Quiroga; posteriormente, a medida que avanzaba la investigación y descubría más elementos en torno a la labor utópica en el siglo XVI, el entusiasmo creció. Quiso hacer entonces cuatro estampas: una sobre los dos intentos fracasados de Las Casas, el de México y el de Cumaná; otra sobre Mendieta, otra sobre Vasco de Quiroga y otra sobre las Reducciones de los jesuitas con los guaraníes en Paraguay.

En función de este proyecto empezó a investigar a fondo el libro de Tomás Moro, puesto que no podía escribir sobre esas experiencias sin conocer la obra que las había inspirado. Ahí empezó la verdadera aventura.

El recogimiento del padre Pardo

Para entender la fuente de inspiración del libro de Moro, Pardo tuvo que remontarse a *La República* de Platón, pero se dio cuenta de que en

Platón no se podía quedar, era necesario también profundizar en la era mesiánica del Antiguo Testamento. Este aprendizaje le condujo a indagar en el Cristianismo, en los Padres de la Iglesia y así sucesivamente. “Iba a empujones, a empujones”, me decía. No tenía muy claro adónde iba a llegar; y cuenta que Miguel Otero Silva se desesperaba y le decía: “Hay que detener a Isaac Pardo antes de que llegue a las mil páginas, porque encima vamos a tener que leerlo”. Se detuvo en las ochocientas. Finalmente, a Vasco de Quiroga apenas se le menciona dos veces en el libro.

Durante todos esos años se convirtió en un ratón de biblioteca, en un monje que acudía religiosamente a la biblioteca para comulgar con la historia en el recinto solitario de los libros. Empezó investigando en la Biblioteca Arcaya en relación a la obra de Vasco de Quiroga, pero, “una vez que la investigación se expandió,” si no hubiera sido por la biblioteca del Seminario Interdiocesano de Caracas, que queda cerca de San José del Ávila, le hubiera resultado imposible escribir la parte del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A ese seminario acudió disciplinadamente, todos los días a la nueve de la mañana, durante un tiempo. El portero le entregaba la llave de la biblioteca y le decía: “No se olvide de cerrar, porque la biblioteca no se abre hasta las diez de la mañana”. A esa hora llegaban los seminaristas. Me contó que en una oportunidad el portero le mandó a llamar para decirle: “Mire padre, usted estacionó mal el carro”. Luego de haber movido el carro y haberlo cambiado de sitio, regresó y le informó al portero que él no era sacerdote. Pero los seminaristas, que lo veían a diario, se acostumbraron a saludarlo con un “Buenos días padre”, y él decidió aceptarlo para no estar continuamente rectificando el saludo. Por eso, una vez, le dijo a Monseñor Romero, su amigo: “Don Mario, resolví graduarme consagrado”. Durante ese tiempo en la biblioteca él era el “padre Pardo”.

Estuvo siempre muy agradecido a la labor que pudo realizar en esa biblioteca y al apoyo que recibió de los sacerdotes que la concurrían. Y, también, de nuevo a la casualidad. Un día, uno de los sacerdotes se

le acercó y le preguntó en qué estaba trabajando, a lo que él le respondió que en ese momento estaba trabajando Padres de la Iglesia, pero le manifestó las serias dificultades que tenía al hacerlo por desconocer el latín y el griego. El sacerdote quiso saber si conocía una obra determinada y saber también qué era lo que más le había interesado de los Padres de la Iglesia. Pardo le explicó y él le dijo que sobre ese tema había una obra que él iba a tratar de conseguirle. Al día siguiente se la trajo y cuando Pardo vio ese libro sintió que el panorama se despejaba, que era su salvación. Se lo prestó un viernes y el lunes se lo devolvió. Me confesó que “la parte fundamental del capítulo de Padres de la Iglesia está basada en ese libro. Es una antología extraordinaria”.

La invención de la utopía

Me voy a tomar la licencia, en el caso de *Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía*, para hacer un breve recorrido por la obra a vuelo de pájaro, aunque esto escape a lo que implica la redacción de una biografía. Pero en el caso de esta obra y de nuestro biografiado, me parece importante hacerlo para que el lector, no familiarizado con la obra, tome conciencia de la magnitud del trabajo de investigación que implicó la elaboración de esta obra y de la minuciosidad con la cual Pardo tuvo que adentrarse en territorios accesibles sólo a los especialistas en la materia. Paso a paso fue armando un rompecabezas sobre el que existen pocos antecedentes. No son muchos los que se han dado a la ardua tarea de registrar los distintos aspectos sobre los que se gesta la dimensión utópica en Occidente. Considero que no se puede comprender bien a nuestro personaje sin entender la dimensión de una obra a la que estuvo entregado durante más de once años de su vida.

Esta tarea está muy en consonancia con lo que Pardo ya había planteado en su primera obra en relación a la comprensión de Venezuela. La famosa frase de Américo Castro al contemplar los hechos históricos, que tanto marcó la escritura de *Esta Tierra de Gracia*, dice que hay que “esforzarse por ver en unidad de estructura, de dónde arranca y hacia dónde va el vivir”. En la conformación de lo que ha sido la nación

venezolana, la comprensión del siglo XVI es fundamental. Para comprender la trayectoria de Occidente, tan unida al pensamiento utópico, era necesario remontarse a los antecedentes de la invención humana. Por eso, *Fuegos bajo el agua* es el resultado de una investigación exhaustiva sobre lo que ha sido la trayectoria del pensamiento occidental como motor de la historia, desde sus orígenes hasta el siglo XVI en que el concepto de utopía adquiere nombre propio con la obra de Tomás Moro. Pero esa necesidad de trascender una realidad dada en función de otra mejor, o al menos diferente, que está en la esencia del pensamiento utópico, existe desde la más remota antigüedad.

Precisamente, al iniciar en un principio la investigación sobre la obra de Vasco de Quiroga y observar la importancia que la obra de Tomás Moro tuvo en el pensamiento del obispo de Michoacán, Pardo quiso entender mejor la obra de Moro, y para ello no tuvo más remedio que remontarse a los orígenes de la invención humana, a esos momentos en la historia de Occidente en los que el anhelo de recuperación de la Edad de Oro de la que hablaba Hesíodo, por ejemplo, cuando dijo: “Vivían como dioses [...] no conocían el trabajo, ni el dolor ni la cruel vejez”, configuró en la fantasía humana la posibilidad de un cielo en la tierra. La tensión que intentan conjugar estos dos reinos ha sido una de las características primordiales de la cultura occidental.

Las cinco partes del libro

El libro está dividido en cinco partes y un colofón. En la primera parte se adentra en los antecedentes míticos de la Edad Antigua que conformaron la aventura de Occidente. Esta aventura, como se ha dicho, resulta inseparable de lo que se llegará a conocer más adelante como propensión utópica. Aquí precisa lo que ha sido la conjunción de fantasía e imaginación y devela los impulsos que generaron necesidades míticas, imágenes de tierras prodigiosas, de paraísos, visiones del Edén, del Dorado, de la Edad de Oro y del Reino de los Iguales; las prohibiciones que surgieron por la caída en la Edad de Hierro, la euforia de los ritos de orgías de abundancia desde sus más remotos orígenes.

nes: las fiestas de Cibeles, la Diosa Madre, y Atis, dios de la vegetación, hijo o amante de Cibeles.

Esta primera parte retoma los ritos arcaicos de fertilidad y regeneración de la tierra en el inicio de la primavera después del sueño o de la muerte invernal. De ahí pasa a recordar a Hesíodo y el Mito de Pandora en el inicio de la Edad de Hierro, vínculo entre la esperanza y la nostalgia de la Edad de Oro como elementos determinantes en la historia de Occidente. Se detiene en Gilgamesh o en *El Libro de los Muertos*, y de ahí llega a Dionisio y a esa Grecia Antigua que “produjo belleza en carne, en piedra, en verso, en música y danza, en las creaciones sutiles del intelecto y, como asiento y morada de toda aquella belleza, creó la ciudad o el Estado”. Hasta entrar de pleno en la Grecia antigua y en el concepto de idea o ideal de Platón. Este concepto en *La República* le hace reflexionar a Sócrates sobre el paralelismo entre el individuo y el Estado, paralelismo por el cual el hombre “podía llegar a ser justo en forma semejante a como el Estado lograba serlo: haciendo que los diversos órdenes que lo componen llenen cabalmente sus respectivas funciones”.

La obra de Platón adquiere una relevancia especial en esta primera parte del libro, como antecedente de lo que ha sido la construcción del Estado ideal a lo largo de la historia occidental. Tanto el elemento social que se manifiesta en la organización de la polis, como el papel del individuo en ella a través de la educación como “fundamento de la vida en sociedad”, se encuentran en la palabra del filósofo poeta. Éste piensa, como seguramente también lo pensaba Pardo, que la “‘verdadera mentira’ es la ignorancia sobre la naturaleza de las cosas. La otra mentira, la de la palabra, no es mentira pura. Es apenas reflejo de un estado de ánimo y, a veces puede ser provechosa”. La construcción del Estado en función del bienestar humano no podrá lograrse a menos que “los filósofos sean reyes y los reyes se conviertan en verdaderos filósofos”.

Del mensaje de Sócrates continúa por el mundo antiguo hasta Luciano, a quien tradujo Tomás Moro, y quien se aventuró más allá de las

columnas de Hércules en busca de los límites del Océano, adelantándose a lo que será siglos después la aventura colombina.

La segunda parte del libro se centra en el Antiguo Testamento y en la esperanza mesiánica que imponía Yahvé a Israel y a Judá a través de la redención de sus pecados, por ser el pueblo escogido por la estirpe de David para acceder a la Tierra Prometida. Junto con los antecedentes anteriores, esto constituye el inicio, en Occidente, de la visión individualista de pueblo elegido, como elemento separado del resto de los humanos y como el único en donde el Mesías, el prometido Rey, llegaría para indicar el camino hacia la Tierra Prometida. A partir del Judeocristianismo, la esperanza apresada en la caja de Pandora adquiere dimensiones de trascendencia divina y se alimenta de las promesas hechas a la casa de David, la tribu elegida, símbolo de la casa de Israel. “David”, “trono de David”, “casa de David”, “hijos de David”, vinieron a ser símbolos mesiánicos.

La esperanza mesiánica, de la que hablaba la profecía de Natán en la Biblia, alimentará las promesas de la casa de David. El pueblo elegido para alcanzar dichas promesas tuvo que pasar por numerosas pruebas, expiaciones que imponía Yahvéh a Israel y a Judá por sus pecados y que duraron siglos. Durante todo ese tiempo, los judíos mantuvieron la ilusión de llegar algún día a superar los males que aquejaban a la humanidad y poder así alcanzar el bienestar eterno. Con esa esperanza el pueblo elegido de Israel soportó con la mayor entereza las distintas plagas que le caían encima, porque las asumieron como pruebas necesarias para alcanzar la plenitud y brillar “como la luz del cielo,” de acuerdo a la bendición de Henoc. Pero después del libro de Malaquías, en donde se “cierra el ciclo de los famosos profetas antiguos hacia el año 475 aC”, Pardo hace notar: “¿Cuál había sido el resultado de aquella larga, accidentada y penosa busca de la felicidad emprendida por el hombre al abandonar el Paraíso? Las promesas mesiánicas hechas al pueblo elegido como recompensa por la justicia a que lograra elevarse a través de la virtud y el sufrimiento, y aún como don gracioso de Yahvéh en muestra de su misericordia y su

poder, ¿hasta dónde habían logrado transformar la esencia misma del hombre?”

Durante casi tres siglos, después de Malaquías, los mensajes proféticos y mesiánicos desaparecieron, hasta que los esenios retomaron de nuevo la justicia divina y el alcance de la luz eterna. La llegada de la secta de los esenios fue reseñada por dos judíos: “Filón, filósofo de Alejandría, y Flavio Josefo, historiador romanizado,” y constituye “la primera agrupación dentro de la cultura judeo-cristiana de que se tenga información escrita y relativamente abundante sobre su organización comunitaria, con abolición de la riqueza y de la propiedad privada y con vida minuciosamente reglamentada, en afanoso empeño por alcanzar la perfección espiritual y, consecuentemente, la felicidad. Aquella agrupación fue un antecedente de las órdenes monásticas, y su régimen se reflejará en la concepción utópica de Moro.

En la tercera parte retoma el inicio de la era cristiana y de la pobreza como elemento esencial para alcanzar la vida eterna. En el “deber ser” del mensaje de Jesús está implícito el anhelo de perfección al que han aspirado muchas utopías. “Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”, que repite de una cierta forma aquello de “Sed santos, porque yo, Yahvéh, vuestro Dios, soy santo”. La *Regla de Oro* para alcanzar esa perfección o esa santidad la sintetiza Jesús en los dos primeros mandamientos de la Ley: Amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo.

Los Mandamientos de la Ley y las *Bienaventuranzas* del Sermón de la Montaña constituyen la “quintaesencia del Evangelio”, del Nuevo Testamento, de esa nueva era que ha marcado en forma tan determinante el devenir de Occidente y del mundo en general. En este mensaje la pobreza se instala de nuevo como centro de la bienaventuranza. Tanto los pobres que alcanzan la pobreza para lograr la perfección, como los que aceptan la que les tocó vivir, así como aquellos que “viven una pobreza que mana del corazón como expresión de humildad, de mansedumbre, de sumisión a Dios, de confianza en él”. Jesús fue muy tajante a este respecto: no se puede servir a Dios y al dinero. Es

necesario desligarse de los bienes terrenales para que el corazón del hombre no quede a ras de tierra. “Para elevarse hasta Dios era necesario transformar los bienes materiales en bienes celestiales”.

El cumplimiento de la Ley a través de los Mandamientos no basta para alcanzar el camino de perfección, por eso Jesús dijo: “Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes, y dáselo a los pobres...luego ven y sígueme”. La virtud podía conducir al cielo, “pero la perfección consistía en seguir al Maestro en medio de una voluntaria y completa pobreza”:

El judeo-cristianismo instala en Occidente la idea de progreso como posibilidad siempre en ascenso, como meta de trascender una realidad dada en función de otra mejor o al menos diferente, que está en el eje de la concepción utópica.

La puerta que conducía al Reino estaba abierta, y el renacer o resucitar de los hombres mediante la conversión venía a ser el comienzo de la era mesiánica en este mundo. El momento en que habría de sobrevenir el acontecimiento maravilloso, nadie podía decirlo, ni los ángeles, ni el Hijo. Sólo el Padre lo sabía. Ante la proximidad del Reino y por la incertidumbre de la hora, había que estar alerta y dispuesto, en todo momento, como las vírgenes prudentes, como los servidores fieles atentos a la llegada del amo.

A sabiendas de que “Mi reino no es de este mundo”, para este mundo quedaba la “purificación mediante la caridad y la vida ascética, y la lealtad a Jesús y a su doctrina, aún a riesgo de la persecución y del martirio”.

Esta parte proporciona una relación de los *Hechos* de los apóstoles y de los distintos libros que interpretaron la doctrina de Jesús; investiga las *Epístolas*, los libros sagrados y algunas de las interpretaciones que los entendidos hicieron de algunos de sus textos. Al hacerlo presenta un recorrido por los primeros siglos del Cristianismo y por las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, y hace énfasis en aquellos pasajes que se relacionan con las prerrogativas del pensamiento utópico. Hace especial hincapié en lo referente a la propiedad y a la pobreza, ya que éstos son elementos claves en la obra de Moro. Se detiene en las visio-

nes que sobre estos temas tuvieron San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, Teodoro de Ciro, San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Gregorio Magno, San Clemente de Alejandría, San Hilario de Poitiers y otros. También revisa las herejías y las creencias de las distintas sectas que surgieron en aquellos primeros siglos de incipiente cristiandad, en especial aquellas cuyas ideas se centraban en la vida comunitaria, que es otro de los elementos en los que se ha centrado la utopía.

San Clemente de Alejandría, en su tiempo, se opuso a “Carpócrates y sus seguidores heresiarcas que predicaban un comunismo total, inclusive de las mujeres, en forma todavía más radical que la propuesta por Platón en su República”. Algunas de estas herejías surgieron en el siglo IV, cuando ya el Cristianismo había llegado al Estado con el emperador Constantino y la Iglesia comenzaba a disfrutar de una economía acomodada. *De ahí que algunos de los textos patrísticos mantengan un “timbre casi elegíaco, de nostalgia por un segundo Paraíso perdido”, el del idealismo comunitario de los primeros cristianos.*

La reflexión de los Padres de la Iglesia no deja de lado las miserias de la sociedad de su tiempo, ni la posibilidad de construir una mejor, “nos legaron fragmentos más o menos extensos, por lo que se asomaron unas veces a la Edad de Oro, otras a una república de posible realización”.

En esta parte, aparecen también las órdenes monacales, tan importantes en el desarrollo del pensamiento de Occidente. En su origen, “las fuentes del monacato cristiano están, sin duda, en la mística aspiración de unirse a Dios mediante una auténtica imitación de Cristo”. Entre los primeros están los eremitas y anacoretas, pero de esta vida en solitario surgieron luego otras órdenes que estructuran de manera muy rígida y concreta la vida en comunidad, como lo harían posteriormente tantas visiones de estructuras utópicas cerradas. El primero que recibió la orden de un ángel de reagrupar a los monjes dispersos fue el fundador de los cenobitas. Esta “congregación comprendía veinticuatro órdenes, designadas según las letras del alfabeto griego”, y poseía reglas estrictas en relación a la estructura de la vida comunitaria.

En Asia Menor “San Basilio, nacido hacia 330 en Capadocia, en la ciudad de Cesarea, de la que había de ser obispo”, concibió allí una “*Ciudad Nueva*: una gran iglesia con casa para el obispo y la clerecía, hospital y refugio para indigentes y viajeros, núcleo en cuyo contorno iría asentándose la población con preferencia a la ciudad antigua”. Fue un adelantado que “en la senda de los cínicos, proclama con Filón de Alejandría que ‘entre los hombres no hay nadie esclavo por naturaleza’”.

La figura de mayor trascendencia en la creación monacal de Occidente es San Benito de Nursia (480-547). Este monje, que pregonaba que “la ociosidad es enemiga del alma”, se propuso “reglamentar el fuerte linaje de los cenobitas” en la vida comunitaria del monasterio, bajo la dirección de un abad que debía servir de ejemplo e imitación de Cristo. Todos los monjes hacían voto de castidad y de pobreza. El monasterio tenía normas muy minuciosas y claramente establecidas a las que todos los monjes debían someterse. La obediencia era un imperativo ineludible. “Obediencia traducida no sólo en actos, sino en actitud del espíritu, aceptada íntimamente ‘sin tibieza, sin murmuración y sin réplica de resistencia’ [...] que le llevará al monje a cumplir cuanto se le ordene, así sea superior a sus fuerzas”. La disciplina de la *Regla* era tan estricta que incluso la risa era motivo de condena.

Esta rigidez no podía durar mucho. En el transcurso de los años se fue relajando y modificando. “La primera gran reforma se inició en el siglo X a partir del monasterio benedictino de Cluny, en Borgoña”, para obligar de nuevo “el retorno a la observancia estricta de la *Regla* en cuanto a los votos de castidad, obediencia, estabilidad con disminución del tiempo dedicado al trabajo manual en beneficio de la oración y el estudio”. La reforma reestructuró la organización y eliminó la autonomía de los distintos monasterios, que llegó en el siglo XII a cobijar a más de mil monasterios. La autoridad del abad de Cluny, en ese entonces, “llegó a igualar la autoridad del papa” y el poder económico de la orden se constituyó en una potencia.

Los cistercienses, a finales del siglo XI, surgen para “reparar las desviaciones en que para entonces había incurrido Cluny” y con San Bernardo de Clairveaux llegan a tener 343 abadías. Estas órdenes marcaron la sociedad de su tiempo desde muy distintos ángulos, hasta el punto que resulta difícil una comprensión amplia de la Edad Media sin el vínculo con la vida monacal y sin el pensamiento de San Agustín y sus planteamientos en *La Ciudad de Dios*.

Si en la tercera parte se vio cómo el cenobio cristiano incidió en el fundamento del pensamiento utópico, en la cuarta parte del libro Pardo se adentra en la política medieval de aquella Alta Edad Media en que sólo dos estamentos eran posibles: “clérigos y laicos frente al mundo”. La complejidad que fueron adquiriendo las órdenes de los clérigos no es menor que la que desarrollaron los laicos, ni la que poseía el entorno. Todo esto es el caldo de cultivo de esta parte del libro que abarca los más diversos aspectos de la Edad Media.

Ahí está Inocencio III, cuyo pontificado (1198-1216) representa “el punto culminante de una inmensa parábola que arrancó a comienzos del siglo IV con el Edicto de Milán”; están las cruzadas; los movimientos milenaristas, Joaquín de Fiore, Eude de la Estrella; las Órdenes Militares, como los Hospitalarios y los Templarios, y está también una estampa de lo que era la vida mundana en la sociedad mercantil, el despertar del comercio y la génesis de la condición de libertad que representó el surgimiento de la burguesía.

Aquí asistimos en forma detallada a lo que ha sido la historia política de enfrentamientos y luchas por la hegemonía y el poder en un momento en el que religión y política eran una misma cosa. No hay que olvidar que en el combate contra el infiel, en las cruzadas, “Gregorio VII otorgó remisión de los pecados a quienes muriesen combatiendo por Cristo”. Pero a la lucha de la Santa Sede por la hegemonía de la cristiandad se sumaron también numerosos intereses y corrientes encontradas.

Las Órdenes Militares jugaron un papel preponderante en las cruzadas. Estas órdenes “crearon organizaciones casi perfectas en las que el

cristiano lograrse satisfacer a un mismo tiempo las ansias del creyente y los impulsos del guerrero”. Además, llegaron a adquirir un poderío económico considerable. “Cuando Egipto puso fin en 1291 al reino y a los principados cristianos de Palestina, las órdenes militares quedaron sin oficio”. La riqueza de los Templarios-banqueros, el poderío acumulado y el anhelo de crear un Estado dentro del Estado hicieron que Felipe el Hermoso, rey de Francia y el papa Clemente V, llegaran a un acuerdo para acusar a los Templarios “de herejía, de estar islamizados, de entregarse a ritos esotéricos, blasfematorios e indecentes, de magia y de idolatría”. No se ha llegado a saber si hubo algo de cierto en todo eso, pero seguramente la verdadera razón “fue el poder económico y militar de una temible organización transnacional”.

El nacimiento de la burguesía viene acompañado de la ciudad burguesa y de los concejos municipales para el gobierno de las comunidades o burgos. “La fuerza o baluarte del burgués estuvo en la corporación o gremio” y no hay que olvidar que “*universitas* quiere decir gremio [...] encaminado a garantizar la adquisición de conocimientos”. La exuberancia del saber que se desarrolló en distintas partes de Europa dio origen a la universidad. Estos centros habían tenido ya antecedentes en la España de la reconquista, en la Escuela de Traductores de Toledo, desde donde irradió el saber al resto de Europa. Pero el que logró armonizar la razón con la fe, en la propia universidad de París que había rechazado a Abelardo, fue Santo Tomás de Aquino.

Esta parte del libro concluye con una revisión de los poemas y narraciones que podrían situarse como antecedente más cercano de la utopía, entre ellos *Le Roman de la Rose* de Guillermo de Lorris que introduce el tema de la Edad de Oro en donde el amor “leal y delicado” reinaba entre los hombres y “no existían la codicia ni la rapiña”. Algunos de los pasajes de este poema se anticipan en quinientos años a lo que será “la segunda parte del *Discurso* de Rousseau sobre la desigualdad de los hombres”.

La idea del País de Cucaña se remonta “muchos siglos atrás, como lo demuestran varios fragmentos de Luciano reproducidos hacia el final

de la Primera Parte de esta obra". Cucaña era la "Edad de Oro de los holgazanes y glotones", concebida en momentos de hambrunas y penurias. La execración del oro del País de Cucaña "aflorará vigorosamente en Tomás Moro", como también lo hará la bufonada acusadora "en contra de las formas innobles de enriquecimiento así como de la corruptora distribución de beneficios en pago por las bajezas de la vida real".

Los relatos medievales sobre el lejano Oriente, como la *Isla de los Brahamanes*, apuntaban, en palabras de Jacques Le Goff, recogidas por Pardo, "hacia el mundo primitivo de la Edad de Oro y el sueño de una humanidad feliz e inocente, anterior al pecado original y al cristianismo. El aspecto más curioso del mito indio en el Occidente medieval es, quizá, el de ser aquel el mundo del buen salvaje".

En paralelo con la hiriente realidad que vivía la mayoría de la gente en el medioevo, la vida cortesana estaba refinadamente representada en los artificios y exquisitesces teatrales de la *vida bella*. Las *Cortes de Amor*, los juglares y trovadores; la frivolidad de las damas ociosas, el temple, el valor, la hidalguía y el orgullo de los caballeros, todo formaba parte de los juegos de sociedad. Del amor y la pasión inquebrantables, y del heroísmo temerario, brotarán las semillas de "los libros de caballerías que enloquecieron a don Quijote". El afincamiento de las lenguas vulgares "derrumba la barrera lingüística que encerraba celosamente el legado de la Antigüedad, la palabra de Dios y los frutos del pensamiento medieval como bienes para uso exclusivo de minorías cultas". Para regocijo y reflexión de las masas populares el saber será divulgado en "román paladino" en las tabernas, en las ferias y en la voz de los juglares y en el de los predicadores. Todo esto preparó el camino para la vulgarización del saber que se extenderá con la invención de la imprenta.

La quinta parte la dedica Pardo a Tomás Moro y a su libro, *Utopía*. En esta parte no me voy a detener puesto que el personaje y la obra son ampliamente conocidos. Sí quisiera hacerlo en cambio en el colofón que cierra el libro porque aquí, además de mencionar algunas de las

experiencias que la *Utopía* de Moro desató en el siglo XVI, como los Hospitales de Vasco de Quiroga, que fue el inicio de la motivación de *Fuegos bajo el Agua*, presenta una revisión de lo que ha sido la moderna concepción de la utopía en el siglo XX en contraste con acepciones anteriores. La visión rígida, autárquica y cerrada de la utopía desaparece para dar paso a una mucho más abierta y democrática. No hay que olvidar aquí que muchas de las que fueron las utopías del ayer, como la jornada laboral de ocho horas, o la incorporación de la mujer en igualdad de condiciones a la vida política y social, son una realidad en las sociedades democráticas occidentales.

La historia de la utopía es inseparable del deber ser histórico y, por tanto, está estrechamente vinculada a la intencionalidad y resultado del desarrollo histórico. El determinismo que prevaleció hasta bien entrado el siglo XX hacía creer que el control y la imposición de normas de conducta y de estructuras rígidas conducían hacia metas específicas. Hoy se ha visto que esto no es así. Por tanto, las características de la propensión utópica actual son diferentes y ajenas al concepto de perfección, de absoluto, o de búsqueda de un cielo en la tierra. Son mucho más modestas, quizá por la nefasta experiencia de la utopía marxista que acabó siendo la más grande distopía del siglo XX. El paraíso del proletariado no se llegó a dar y el sueño de Marx de una utopía científica se convirtió en una dictadura que acabó con la vida de millares de ciudadanos. Ya Teilhard de Chardin lo había dicho: “lo peligroso que se torna el hombre cuando fascinado por un Absoluto, pretende transferirlo del sereno mundo de las ideas a la vida práctica”.

Pardo presenta las visiones de varios autores que han trabajado el tema y observa que hoy, según Munford, “el propósito de toda institución utópica es ayudar a cada uno a ayudarse a sí mismo”. Arnhelm Neusüss observa que los sueños utópicos “cambian según la situación histórica y el contexto social”. Fred L. Polak dice que “la utopía es siempre históricamente relativa. Lleva en sí los gérmenes de su propia eliminación en el transcurso del tiempo”. El absurdo y la fantasía son elementos hoy a tomar en cuenta incluso en el mundo de los nego-

cios, por eso Ruyer afirma que “el ejercicio utópico, como la invención, implica una ruptura de las combinaciones habituales”. Alvin Toffler ante los grandes cambios de la era tecnológica, en *La Tercera Ola*, indica: “La responsabilidad del cambio nos incumbe a nosotros. Debemos empezar por nosotros mismos aprendiendo a no cerrar prematuramente nuestras mentes a lo nuevo, a lo sorprendente, a lo aparentemente radical. Esto significa luchar contra los asesinos de ideas que se apresuran a matar cualquier nueva sugerencia sobre la base de su inviabilidad”.

Buckminster Fuller, en *Hacia la utopía*, señala que “lo que se denomina habitualmente *creatividad*, consiste en realidad en una *combinación* única y sin precedentes en el uso de principios descubiertos por el hombre y que existen *-a priori-* en el universo”. El libro termina con una reflexión del “yo y mi circunstancia” para encontrar una “respuesta creadora al problema del porvenir”.

Ya a estas alturas el lector se habrá dado cuenta de que aquella aspiración que tuvo nuestro biografiado de adquirir y transmitir una comprensión de la cultura, la logró plenamente. Me ha parecido importante revisar sus planteamientos, aunque esta revisión no le haga a *Fuegos bajo el agua* la justicia que se merece, pero al menos quizá incite a que el lector se motive, también él, a acompañar a Pardo en esta aventura.

¡Esa palabra **no se dice!**

¡Esa palabra no se dice! (1991) salió “en su vejez”, como él refiere, y se refiere al juicio que se abrió contra el diario *El Nacional* por la publicación de “El Inquieto Anacobero”, un cuento de Salvador Garmendia que se publicó en el *Papel Literario* el domingo 11 de enero de 1976. El cuento está “estructurado con la supuesta conversación de un grupo de hombres en el entierro de un amigo, conversación sostenida en términos parecidos a los usados por cualquier grupo de caraqueños –adultos, jóvenes o niños– cuando charlan de manera informal y en tono festivo”. Fue también reproducido en la revista *Resumen*, el 25 del mismo mes y del mismo año. El texto del relato utilizaba términos como “coño, vaina, carajo, culo, singándose, burdel, cojonuda, peló bolas, carajita, arrecho”. Estas expresiones despertaron el repudio del Bloque de Prensa Venezolano, el cual publicó un comunicado el 13 de enero en el que manifestaba su preocupación por unas expresiones que “lesionaban los principios morales de la sociedad venezolana”. Esto despertó una polémica y abrió un juicio sin precedentes en contra de *El Nacional*.

Numerosas personas fueron convocadas a declarar en los tribunales, entre ellos el propio Salvador Garmendia, el entonces director de

El Nacional, Oscar Palacios Herrera, el jefe de redacción José Moradell, el del Papel Literario Luis Alberto Crespo, el director de la revista *Resumen*, Jorge Olavarría, e intelectuales de la talla de Ángel Rosenblat, Alfredo Armas Alfonso, Gustavo Díaz Solís, Fernando Paz Castillo, Isaac Pardo y otros. Pardo dice que “la lista de personas propuestas por el doctor Romero de Pasquali al Juez de Instrucción para que fuesen interrogadas sobre la materia era mucho más extensa y contenía hasta el Presidente de la República”.

¡Esa palabra no se dice! revive aquel juicio y recoge sus declaraciones de manera revisada y ampliada en tono jocoso, muy al estilo de lo que fue *El Morrocoy Azul*. En nuestras conversaciones, a las que ya he hecho referencia, Pardo me comentó que:

esa demanda fue del grupo del periódico que quería eliminar a El Nacional, silenciarlo, y aprovecharon eso para hacer un escándalo. Consiguieron un abogado perezjimenista que se hiciera cargo de eso y ahí pues se abrió un proceso. A mí me causaba una gracia interior que se aplicara un código criminal para aquellas cuatro o cinco palabras que aparecían ahí. Desde luego eso tenía un trasfondo que no era pudor sobre el lenguaje. Aquello, repito, fue un ataque a El Nacional para causarle un daño. Entonces el bloque de prensa pagó a este hombre para que se hiciera cargo. ¡Hay que ver la lista que él pedía para que fueran interrogados!

Medio en broma, medio en serio, le solía decir a Salvador Garmendia: “Salvador, tú tienes conmigo una deuda impagable en la vida, tú eres el único hombre que a mí me ha llevado a un tribunal”. Como el juicio no tenía fundamento permaneció en secreto sumarial durante más de ocho años, hasta “el 14 de abril de 1984, cuando el Juzgado Segundo de Primera Instancia en lo Penal autoriza la expedición de copias de los recaudos”. Desde el 5 de abril de 1976 se había declarado terminada la averiguación sumarial. El razonamiento de Isaac Pardo al respecto es que si rechazaban el caso de inmediato “se echaban encima a toda la prensa”. Ya que el bloque de prensa inició eso “encabezado por don Eleazar”, por eso lo engavetaron y cuando ya la gente se

había olvidado del juicio, el “jurado dijo que no se había cometido delito alguno”.

Me gustaría transcribir un comentario que me hizo y que recojo en *El otoño luminoso de Isaac Pardo*, porque me parece muy ilustrativo del argumento que tenía Pardo sobre el libro y el cuento. Me decía que allí:

Había un personaje que era un militar borracho y que causaba escándalo en los night clubs. Eso se creía era una ofensa a las Fuerzas Armadas. Esa parte está tratada en el libro de una forma muy seria. Yo le pregunto: “¿Quién le ha dicho a usted, señor, que eso era un mal ejemplo para las Fuerzas Armadas?, ¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa?, ¿dónde vive usted?, ¿en qué mundo vive usted?” Una vez en una fiesta en una casa que tenía un hermoso jardín, tuve la necesidad de ir al interior de la casa, cuando veo que de ahí sale un altísimo militar que era nada menos que el Ministro de la Defensa. Yo sabía quién era él, supongo que él ignoraba quién era yo. Abre los brazos así y yo digo, se ha equivocado de persona, y me quedo viéndolo. No, no se había equivocado de persona, tenía que caer en algún lado y vino a caer en mis brazos. Yo lo tuve que abrazar y menos mal que había una poltrona cerca, y entonces yo lo acomodé en la poltrona, y me fui silenciosamente y lo dejé ahí. En otra ocasión, fue un sacerdote de sotana en un estado de borrachez agresiva. Yo no sé cómo no le di una bofetada a él porque la había tomado conmigo, peleón y grosero. Y ¿por qué no? Eso lo digo yo en mi libro, ¿no son seres humanos los soldados y los curas? De modo que el general Cucurucho no es una ofensa a las Fuerzas Armadas, porque en ellas debe haber mucho cucurucho; así se llamaba el personaje del cuento de Garmendia.

El libro surge a raíz de unas glosas a su declaración que empezó a escribir para divertirse y divertir a unos amigos. Un amigo, que estaba apasionado con aquello, lo grababa “y nos reíamos mucho, y se hacían comentarios”. La decisión de tomar en serio el texto y publicarlo se dio para que todo eso no quedara en el olvido. Dice que fue un gesto de soberbia que le hizo pensar: “El hombre que ha escrito *Fuegos bajo el agua* puede escribir lo que le de la gana”.

Poco antes de su muerte en 1998 publica *A la caída de las hojas*, un pequeño libro que recoge reflexiones sobre su origen: *Cédula de Identidad*, y sobre experiencias importantes de su vida, como fueron anécdotas en torno a la Semana del Estudiante y su conmemoración; una entrevista que le hiciera Castro Ocando Hernández, publicada en *El Universal*, el 24 de diciembre de 1994; el muy emotivo artículo que escribió a la muerte de Miguel Otero Silva, y que sólo publicó un año después, el 28 de agosto de 1986 en *El Nacional*, cuando se dio cuenta de que las palabras de ese texto correspondían plenamente a la despedida que quería darle a su entrañable amigo; la conferencia *Sinrazón y razón de la utopía*, que dio el 27 de octubre de 1983 en la Academia Nacional de la Historia; el texto *Visión personal de Rómulo Gallegos. El hombre que yo conocí*, que publicó Pequiven en el Homenaje a Rómulo Gallegos en el centenario de su natalicio 1884-1984, y la conferencia de Graduación de bachilleres y celebración de los XXX años del Colegio Santiago de León de Caracas el 25 de julio de 1980.

Prácticamente hasta los últimos días de su vida, Isaac Pardo mantuvo su mente clara y su espíritu lúdico. En los últimos años se había dejado crecer la barba y se apoyaba en un bastón al caminar, pero este

aspecto realzaba todavía más la picardía del que está consciente de que el final se acerca, lo ha aceptado y se sabe reír de su impotencia. Cuando lo iba a ver hacía chistes sobre su decadencia física y me ofrecía una copita de jerez para alegrarnos la vida y recordar tiempos mejores. Ya la situación del país no estaba en su mejor momento y el interrogante de cómo habíamos podido llegar a una coyuntura semejante, merodeaba la conversación. Su opinión era que “los venezolanos somos un pueblo inmaduro y esa riqueza fabulosa que cayó sobre Venezuela sin haberla trabajado nos ha hecho mucho daño”. Él pensaba que los millones y millones de dinero recibido por el ingreso petrolero “sirvió para financiar la corrupción. Aquí todo se ha comprado, la honorabilidad, la buena fe [...], abogados, jueces. Todo está en venta”. Ya pocos años antes de su muerte no veía ninguna salida. La familia, los nietos eran su refugio. Sabía que la posible transformación no la iban a ver ni él, ni Mercedes. Le interesaba mucho saber cómo pensaban los jóvenes y qué perspectivas veían ellos para Venezuela. “¿En qué sentido se están orientando [...] ante la realidad Venezolana?” Con decepción me decía que no obtenía respuesta a esas preguntas. Yo le hacía notar que siempre ha habido jóvenes indiferentes, y que eso seguramente sucedía también cuando él era joven. Estaba consciente de que la gente de calidad y de valores en una colectividad es siempre una minoría, pero también se preguntaba: “¿Cómo coordinar a esa minoría para que tenga influencia sobre la vida nacional? Eso es una obra colosal y, desde luego, no es que yo piense que se necesite el bastón o el fuste, pero se necesita un líder para que se destaque, en cada una de las ramas, para que atraiga voluntades en torno suyo. Esto es necesario como elemento cohesionante y eso es lo que yo no veo. ¿Quiénes son los que sobresalen?”

Ante la falta de respuestas y la cercanía del ocaso de su vida, de manera inteligente escogió la memoria y la alegría familiar; se refugió en el entusiasmo de un pasado en donde todo estaba por hacer, y en el cual la preparación y dedicación de él y de sus compañeros obtuvieron logros no igualados en la historia venezolana. Su humor inteli-

gente le alejó de la amargura. Hasta sus últimos días supo encontrar la palabra ingeniosa que reía y hacía reír. Él, como buen “hijo de la risa”, supo darle a la risa el digno lugar que se merece en el bienestar humano.

Yo lo visité prácticamente hasta que la vejez le impidió levantarse de la cama. Pero ese período, afortunadamente, duró poco. Murió el 2 de marzo del año 2000 a los noventa y cuatro años de edad en el apartamento de la Corniche de Altamira, donde había vivido los últimos veintiocho años junto con Mercedes, su esposa y compañera incondicional de toda una vida. Tres años más tarde, el 7 de julio de 2003, murió Mercedes.

- La Casa de Bello. **Homenaje a Isaac J. Pardo**. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1984.
- Aguiar, Asdrúbal; Astorga, Pablo; Badel Madrid, Rafael; et. al. **Venezuela Siglo XX. Visiones y Testimonios**. Caracas: Fundación Polar. Libro 2
- Caballero, Manuel. **De la "Pequeña Venecia" a la "Gran Venezuela"**, Monte Ávila Editores, Caracas 1997.
- **Diccionario de Historia de Venezuela**. Caracas: Fundación Polar, 1997.
- Pardo, Isaac J. **La Ventana de Don Silverio**. Caracas: Monte Ávila Editores, C. A. 1978.
 - _____. **Esta Tierra de Gracia**. Caracas: Editorial Dimensiones, C. A., 1980.
 - _____. **Fuegos bajo el agua. La invención de la Utopía**. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1983.
 - _____. **Fuegos bajo el agua. La invención de la Utopía**. Caracas: Biblioteca Ayacucho. No. 153, 1990.
 - _____. **¡Esa palabra no se dice!** Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.
 - _____. **A la caída de las hojas**. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998.
- Ramírez Ribes, María. **El otoño luminoso de Isaac J. Pardo**. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1999.
 - _____. **La utopía contra la historia**. Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, No. 28, 2005.
 - _____. "Isaac J. Pardo: amistad, utopía y pasión por el conocimiento". En: Revista **ACTUALIDADES** No. 12. Caracas, Fundación CELARG. enero-junio 2005.
- Salcedo Bastardo J.L. **Historia Fundamental de Venezuela**. Caracas, Universidad Central de Venezuela. Organización de Bienestar Estudiantil, 1970.

Isaac, el hijo de la risa	9
Sus antepasados	10
El cultivo y la disciplina de la memoria desde la infancia	13
El Deutsche Schule	13
Erika y la Quinta María de los Teques	15
Los toros y la formación católica	16
De <i>El libro de las mil noches y una noche</i> al vino del Marqués del Real Tesoro	17
La curiosidad del investigador	17
Rómulo Gallegos y el Liceo Caracas	19
Esparcimiento y Carnavales	21
El despertar del amor por la literatura	22
La pasión por la lectura	22
El francesismo de la época	23
Regreso a los clásicos	24
La Semana del Estudiante y la prisión en el Castillo de Puerto Cabello	26
El cierre de la Universidad	26
La Federación de Estudiantes y Araira	27
El exilio	29
Esponsales y partida. Primera etapa: Francia	29
Huelga en La Sorbona	30
La decisión por la tuberculosis	30
El período convulsionado en España	31

El regreso a Venezuela y la entrega	
a la Medicina pública	33
1936: López Contreras y la transición	33
Un desembarque frustrado	34
La reválida de sus estudios	35
El Algodonal	36
Congresos y viajes científicos	37
 <i>El Morrocoy Azul</i> o el humor llevado a la página	 39
Medina Angarita y la conquista de las libertades ciudadanas	39
La posibilidad de reír sin miedo	40
<i>El Morrocoy Azul</i>	41
Isaac Pardo inventor de la Chapa	42
Poeta macarrónico	43
 El inicio de una carrera literaria	 45
El romance y El Cid	45
La amistad con Menéndez Pidal	46
La fundación del diario <i>El Nacional</i>	47
 Ministro por minutos en el trance	
del derrocamiento de Gallegos	49
El golpe del 18 de Octubre de 1945	49
El vínculo con Rómulo Gallegos.	
La etapa en España	51
El reencuentro en 1947	52
 La incursión en la política: URD	 56
La amistad por encima de todo	59
Nosotros éramos heterogéneos	59
Los hijos de las placitas	61
El murciélago adolescente	62

1955 año axial	65
Erudito en lenguaje de cuento	65
Miguel Ángel Asturias: prólogo y desencuentro	68
La casualidad	68
<i>El Nacional</i> y las presiones de la dictadura	69
Preso por unas horas	71
Pelea de tigre contra burro en el ocaso de la dictadura	72
La caída de Pérez Jiménez y la transición	76
La etapa de La Electricidad de Caracas	78
La vocación humanística	78
El quijotismo de Juan de Castellanos	79
De regreso a Europa	82
Por las laderas del Rin	83
De la primera copa del Marqués del Real Tesoro a la firma en el Libro de Oro de Romanée-Conti	85
Cónsul en Borgoña	90
La cocina	93
El espíritu lúdico	96
Frente a la tumba de Juan Belmonte con paraguas y bombín	99
Artífice del CELARG. Reconocimientos y premios	102
<i>Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía</i>	105
La aventura de un pensamiento solitario	105
El recogimiento del padre Pardo	106

La invención de la utopía	108
Las cinco partes del libro	109
¡Esa palabra no se dice!	121
El final	124
Bibliografía consultada	127

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frías / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
59. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de marzo de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejó

Isaac J. Pardo

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

María Ramírez Ribes

Antes de morir, el Presidente Carlos Soublette le recomendó a sus hijos: "Váyanse de Venezuela y no regresen nunca más porque esto no tiene composición". Uno de ellos, Evaristo, se radicó en Chile, casó con chilena, tuvo seis hijos, entre ellos, Amelia. En un viaje circunstancial a Chile, el venezolano Jacobo Pardo se enamoró de Amelia Soublette. De esa unión nació Isaac J. Pardo Soublette, biznieto del Presidente más tolerante del siglo XIX.

Pardo perteneció a la generación del 28. Optó por el exilio, se graduó de médico en España. Cuando en 1948, los militares sublevados hicieron prisionero al Presidente Gallegos, él era el único amigo que lo acompañaba. Hombre de gran cultura y rigurosa formación humanística, disfrutaba del humor y de la irreverencia. Con Miguel Otero Silva, Andrés Bello y Aquiles Nazoa transitó la aventura de *El Morrocay Azul*.

María Ramírez Ribes tuvo el privilegio de entrevistarle. En esas conversaciones el escritor recuenta su vida y evoca el mundo en que vivió. Entre sus obras se destacan *Descubrimiento y conquista de Venezuela*, *Esta Tierra de Gracia* y *Fuegos bajo el agua*. *La invención de la Utopía*. *Es la obsesión de Utopía* el nexo más poderoso que vinculó a Ramírez Ribes con Pardo. Tratando de descifrar utopías, María quiso penetrar su vida; escribió esta biografía donde la reflexión profunda corre paralela al humor e ironía de un hombre sabio. Isaac J. Pardo estuvo vinculado con *El Nacional* desde su fundación en 1943. Durante los años 50 fue Presidente de la Junta Directiva. El capítulo "*El Nacional* y las presiones de la dictadura" relata fragmentos de esa historia, tal como lo refería al recordar los reiterados asedios de la dictadura en su incesante batalla contra la libertad de expresión. Lo que Pardo llamó "pelea de burro contra tigre".

ISBN 980-395-108-4



Simón Alberto Consalvi

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE

